DESCUBRIMIENTO

Y CONQUISTA DE LA AMERICA,

O

COMPENDIO

DE LA HISTORIA GENERAL

DEL NUEVO MUNDO,

POR EL AUTOR DEL NUEVO ROBINSON:

TRADUCIDO DEL FRANCES, CORREGIDO Y MEJORADO

POR D. JUAN CORRADI.

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1803.



HERNAN CORTES.

Conquistador de nueva España.

T.º II.º

RELACION XXI.

Desde la última relacion, cada vez que el padre juntaba á los niños para contarles, como lo tenia de costumbre, ó bien una cosa ó bien otra, daban estos tales voces de alegría, que la casa retumbaba como si se viniera abaxo; y repitiendo á gritos el nombre de Cortés, corrian en tropel y con apresuracion á cercar al padre, agarrándole unos por las mangas, otros por los faldones de la casaca para estar mas cerca de él, en la persuasion de que ya iba á sentarse á la sombra de algun árbol del jardin, ó debaxo del emparrado.

Pero el padre se mantenia inmóvil, y mostrando admirarse de aquel atropellamiento, por último les decia: ¿Niños, estais soñando? Con esto cesaba al punto la bulla, la alegría se amortiguaba, y todos se quedaban rascándose la cabeza.

Pasáronse de este modo algunas semanas, sin que el padre diese el menor indicio de que estuviese en ánimo de continuar la historia interrumpida. ¿Mas cómo remediarlo? Habia tiempo que la familia menuda estaba acostumbrada en semejantes casos á no preguntar jamas el *por qué* de ninguna cosa, pues sabia de una vez para siempre que el padre solia freqüentemente reservarle para sí; y por lo tanto no habia mas remedio que tener paciencia.

Un dia los tres niños mas pequeños, que eran Fernando, Carlota y Luisito, despues de haber dado sus lecciones acostumbradas, estaban sentados charlando en el umbral de la puerta del jardin, no léjos del padre, que estaba acechando á un páxaro para cogerle.

¿Sabeis, dixo Fernando, lo que yo quisiera? ¿Qué? respondió Carlota, ¿que papá principiase á contarnos algo de Cortés? Lo has acertado, dixo Fernando. Yo tambien lo quisiera, añadió Luisito. ¿Sabeis lo que digo?

replicó Carlota levantándose, que si los tres fuéramos á ver á papá, y se lo suplicáramos mucho, quizá nos complaceria. Nos ha dado gusto tantas veces..... ¡Cómo me alegraría! exclamó Luisito. Venid, prosiguió Carlota, tomando de la mano á los otros dos niños, venid, y lo veremos.

Con esto se presentáron al padre, que como ya habia oido la conversacion, estaba resuelto antes que llegasen á condescender con sus deseos; y así no les costó mas que una palabra el conseguirlo. ¡Gracias! ¡gracias! exclamáron entonces los tres, corriendo á todo correr á dar á los demas tan agradable aviso. *De Hernan Cortés, de Hernan Cortés*, iban gritando por el camino; y en un instante se halláron todos al rededor del padre, preguntándole á una voz si era cierto.

Apenas oyéron que sí, empezáron á dar tales brincos y voces, y á hacer al padre tantos halagos y caricias, que aturdido el pobre, tenia que valerse de ambas manos para no quedar ahogado.

NICOLAS. Mirad á la izquierda la California.

ANTONIO. Y á la derecha la Luisiana y parte de la Florida.

EL PADRE. ¿Y este mar de la izquierda cómo se llama?

HENRIQUE. El mar del Sur, ó el Océano pacífico.

MATIAS. Y aquí á la derecha está el golfo de México.

EL PADRE. Muy bien: pongamos aquí el mapa para tenerle presente quando sea menester.

Navegó pues Fernandez de Córdoba hácia aquella parte de tierrafirme, que se llama Yucatan; y así que alcanzó la costa, la fue siguiendo hasta llegar á la ensenada de Campeche, cuya situacion está aquí señalada en la carta.

LUISITO. ¿Es allí donde se cria el palo de ese nombre, que tanto sirve para los tintes?

EL PADRE. Allí mismo. Dió fondo Fernandez de Córdoba en diferentes parages, donde tuvo con los naturales

algunos choques sangrientos, cuyos pormenores pasaré ahora por alto para llegar presto á sucesos de mayor entidad. Los habitantes de aquellas comarcas pareciéron de mas razon, y mejor discurso que todos los demas Indios conocidos hasta entonces. Tenian armas defensivas y ofensivas, consistiendo las unas en rodelas, y ropas acolchadas de algodon, y las otras en lanzas, hondas, flechas y espadas con corte de pedernal. Llevaban en la cabeza grandes penachos, y la cara pintada de diversos colores. De toda la América, esta fue la primera tierra donde se empezáron á ver las casas con alguna regularidad, y fabricadas de cal y canto. En las varias refriegas que tuviéron, no siempre estuvo la ventaja por parte de los Españoles: en una de ellas se hiciéron prisioneros á dos Indios muchachos, que luego tomáron en el bautismo los nombres de Julian, y Melchor, y despues fuéron de mucha utilidad, sirviendo de intérpretes para tratar con los Americanos.

Un dia que los nuestros desembarcáron para hacer aguada, se allegáron á ellos cincuenta Indios á preguntarles si iban de donde salia el sol. Respondióseles que sí; y entonces conduxéron á los Españoles á uno de sus templos, que llamaban adoratorios, en el qual viéron varios ídolos de figuras extrañas y monstruosas, y todavía manchados de sangre fresca. Saliéron al punto diez hombres con ropones blancos, los cabellos negros y recogidos por detras, y en las manos unos braserillos de barro, en que echaban una especie de goma, llamada copal. Incensáron con ella muy bien á los Castellanos, intimándoles al mismo tiempo, sopena de muerte, que evacuasen inmediatamente el pais; y los Españoles, juzgando arriesgado el oponerse, volviéron á embarcarse sin la menor dilacion.

LUISITO. ¿Qué significaria semejante sahumerio?

EL PADRE. Era entre los Americanos supersticiosos un medio, con el

qual pensaban ponerse á cubierto de los maleficios y las bruxerías, en que estaban preocupados casi todos aquellos pueblos salvages. Quizá de haber advertido que los sahumerios fragrantes disipan los vapores infectos, deducirian la opinion de que por el mismo medio podrian destruir, ó apartar las influencias de los espíritus malignos.

Habiendo igualmente tomado tierra en otra provincia de aquella costa, cerca de Pontonchan, fuéron acometidos por un número inmenso de Indios, que de todas partes se arrojó sobre ellos con tanto furor, que dexáron en el campo de batalla quarenta y siete muertos; y los demas, que con gran trabajo se refugiáron á los navíos, quedáron todos heridos, incluso el Capitan, que lo fue mortalmente.

A conseqüencia de tan terrible desastre, acordáron volver lo mas presto que fuese posible á la isla de Cuba, donde Francisco Fernández de Córdoba, á pocos dias de haber dado cuenta individual de su expedicion al

Gobernador, murió de las heridas.

Muy satisfecho Velazquez, por los nuevos descubrimientos hechos en su nombre, determinó llevar la empresa adelante. A este fin dispuso que se aprontasen quatro embarcaciones, cuyo mando en xefe confirió á cierto Juan de Grijalva, hombre de valor y experiencia, mandándole expresamente, que se ciñese á descubrir, sin fundar establecimiento ni colonia alguna.

Tomó tambien este la derrota de Yucatan; pero decayendo insensiblemente, á impulso de las corrientes, algunos grados al sur, dió en una isla, llamada de Cozumel, cerca de la costa oriental de Yucatan. Desde allí prosiguió hasta Pontonchan, donde fue desbaratado Fernandez de Córdoba, cuya venganza, aun mas que su necesidad, le hizo saltar á tierra; y dexando vencidos y amedrentados aquellos Indios, continuó su descubrimiento.

Navegó la vuelta de poniente sin apartarse de la tierra, y fue descubriendo en una costa muy dilatada, y

al parecer deliciosa, diferentes poblaciones, con edificios de piedra, que causáron no poca novedad, y que á vista del alborozo con que se iban observando, tomaban el aspecto de grandes ciudades. Con esta ilusion, pareciéndoles á algunos soldados, que aquel pais tenia mucha semejanza con el nuestro, le llamáron Nueva España, nombre que despues ha conservado.

Siguiendo la costa nuestros navíos, llegáron á la boca de un rio, que los naturales llamaban Tabasco. Denomináronle los Españoles rio de Grijalva, en obsequio de su Capitan; pero dexáron el nombre de Tabasco á la provincia por donde corre.

Era tal la hermosura y fertilidad de todo aquel pais, que Grijalva no pudo resistirse al deseo de reconocerle con especial cuidado. Saltó pues en tierra con la mayor parte de su gente armada; y sin hacer caso de una tropa de Indios, que con voces y ademanes daban á entender la dificultad de internarse, se acercó en buen órden, hasta

ponerse en parage de ofender, y ser ofendido. Entonces mandó hacer alto, y tratando de que supiesen los naturales que iba de paz, les envió con este mensage á los dos muchachos Indios, Julian y Melchor, los mismos que hizo prisioneros Fernandez de Córdoba en la primera entrada de Yucatan.

Resultó de esta embaxada el que los Indios, á quienes ya habia llenado de admiracion la diferencia de los hombres, sus armas y trages, quedasen mas asombrados al oir semejante declaracion. Acercáronse con todo unos treinta; y Grijalva, despues de recibirlos con afabilidad y cariño, les declaró por medio de los dos intérpretes, como él y todos aquellos soldados eran vasallos de un poderoso Monarca, que tenia su imperio donde sale el sol, y en cuyo nombre iban á ofrecerles la paz y grandes felicidades, si se convenian en reducirse á su obediencia.

Oyéron los Indios la propuesta con señales de atencion desabrida; y

uno de ellos, imponiendo silencio á los demas, respondió á Grijalva con entereza y resolucion: que no le parecia buena la paz que se les ofrecia envuelta en vasallage, ni podia dexar de extrañar, como cosa intempestiva, el que se les hablase de un nuevo señor, hasta saber si estaban descontentos con el que tenian; pero que en el punto de la paz ó la guerra hablarian con sus xefes, y volverian con la respuesta.

Despidiéronse con esta resolucion, y dexáron á los Españoles igualmente admirados que cuidadosos.

A poco volviéron con señales de paz, diciendo: que sus Caciques la admitian, no porque temiesen la guerra, ni porque fuesen tan fáciles de vencer como los de Pontonchan (cuyo suceso habia llegado ya á su noticia), sino porque dexando los nuestros en su arbitrio la paz ó la guerra, se hallaban obligados á elegir lo mejor; y que en prueba de la sinceridad de sus expresiones, traian un regalo

abundante de bastimentos y frutos de la tierra.

Llegó poco despues el Cacique principal con moderado acompañamiento de gente desarmada; y hechas las recíprocas demostraciones de cortesía y amistad, sacó de un cesto, que traian sus criados, una magnífica armadura de oro, guarnecida de piedras, y adornada con vistosos plumages de varios colores, y presentándosela á Grijalva con otras producciones del pais, le dixo: que su fin era la paz, y el objeto de aquel regalo despedir á los huéspedes para poder mantenerla.

Respondió Grijalva á las atenciones del Cacique con otros tantos presentes, que fuéron recibidos con mucho aprecio, y consistian en ropas y vestidos europeos, y prometió obedecerle, como con efecto lo hizo, levantando las áncoras lo mas presto que pudo.

Prosiguiendo los Españoles su navegacion, sin perder de vista la costa, aportáron á una isla cerca de tierra,

donde tambien encontráron edificios de cal y canto, entre los quales algunos de mayor extension, á manera de templos. Entráron á reconocerlos, y halláron en ellos diferentes ídolos de horrible figura, y mas horrible culto, pues cerca de las gradas donde estaban colocados, habia seis ó siete cadáveres de hombres, recien sacrificados, con las entrañas abiertas. Horrorizados al ver semejante espectáculo, diéron á esta isla el nombre de Isla de Sacrificios; y cada vez mas se fuéron confirmando en la opinion de que reynaba en todos aquellos paises la bárbara costumbre de sacrificar hombres á sus ídolos; porque poco despues de haber salido de allí diéron fondo en otra isla, que en honor del General llamáron de San Juan, distinguiéndola de la de Puerto-Rico con el sobrenombre de Ulúa, por haber oido á un Indio pronunciar repetidas veces la palabra culúa, y tambien en ella viéron cadáveres de hombres sacrificados.

En donde quiera que tomáron tier-

ra, halláron abundancia de oro, cuya vista, y la de tantas fertilísimas provincias, como descubriéron al paso, excitó en muchos el deseo de establecerse en aquella costa; pero Grijalba, observando exâctamente la instruccion recibida por Velazquez, se ciñó á tomar posesion, en nombre del Rey, de las tierras que fue visitando, sin pensar en establecer colonia alguna.

Continuó de esta manera costeando, hasta llegar á la provincia de Panuco, última region de Nueva España, por la parte que mira al golfo de México. Allí cerca de la boca de un rio fue acometido con tal ímpetu por una tropa de Indios, que se vió precisado á hacer en ellos una horrible carnicería. Trató á continuacion de proseguir recorriendo la costa; pero estorbándoselo la violencia de las corrientes, tuvo por fin que dar la vuelta para Cuba.

En donde apenas puso pie á tierra, quando Velazquez, sintiendo que no hubiese fundado alguna poblacion en aquellas comarcas en que le hiciéron

buena acogida, le reconvino severamente, sin querer acordarse de las órdenes en contrario, que él mismo le habia dado.

CARLOTA. ¡Vaya, que el tal Gobernador era gracioso!

EL PADRE. Seguramente que procedia con mucha extravagancia y falta de razon; pero me es muy sensible tener que deciros, que esto sucede á menudo en el mundo. A veces hombres fatuos y caprichosos nos imputan por delito nuestra misma puntualidad y exâctitud en el cumplimiento de nuestras obligaciones; mas ¡oxalá que siempre que nos reconvengan sea por este motivo! porque entonces para indemnizacion, gozarémos de la dulce recompensa, que nos ofrezcan nuestra conciencia y la certeza halagüeña de que el eterno remunerador de las buenas obras aprobará aquella misma conducta que vituperáron los necios.

Mañana continuarémos.

NICOLAS. Yo entendí que papá nos liria algo de Cortés, y extraño que ni

siquiera una palabra nos ha hablado de él.

EL PADRE. Quando se va á representar un drama, ¿qué es lo que se hace primero?

NICOLAS. Subir el telon.

EL PADRE. Pues, ¿comprehendes ahora? Lo que yo he hecho hoy ha sido justamente levantar el telon de mi historia: mañana se presentará en la escena el mismo Cortés.

LUISITO. ¡Qué gana tengo de que llegue mañana!

RELACION XXII.

EL PADRE. Ea, hijos, ya está levantado el telon: la representacion se va á principiar, y presto saldrá el héroe que ha de hacer en ella el primer papel. Estimulado el inconseqüente Velazquez de su ambicion, determinó continuar en su nombre aquel descubrimiento, y sacar de él toda la utilidad que parecia ofrecerle. Con este objeto mandó alistar á toda priesa diez

navíos de ochenta á cien toneladas.

CARLOTA. ¿Qué significa eso de toneladas?

EL PADRE. Me alegro que tu pregunta me dé márgen para explicaros un término, de que se hace uso en las gazetas y en todas partes, quando se habla de navegacion. Por esta palabra entiende la gente de mar, no un tonel qualquiera, sino el peso de dos mil libras, ó veinte quintales; y así el decir que un buque es de cien toneladas, significa que puede llevar doscientas mil libras de carga.

Armadas pues, y abastecidas las embarcaciones, se halló Velazquez indeciso y rezeloso en la dificultad de nombrar General que las mandase. En unos hallaba que temer, en otros que desear; este le parecia pusilánime, aquel demasiado valiente y advertido...

FEDERICO. Pues, ¿por qué no gustaria de un hombre de mucho valor y sagacidad?

EL PADRE. Porque juzgaba, que un hombre intrépido y astuto, despues de

tomar posesion del pais descubierto, se cansaria de estar sujeto á otro, y trataria de apartarse de su obediencia: rezelo que molestaba en extremo su ambicion, y por el qual deseaba encontrar á una persona tan resuelta que supiese desembarazarse de las dificultades, y tomar partido en los accidentes; pero tan apagada que no fuese capaz de dar zelos, ni tener otra ambicion que de la gloria agena.

MATIAS. Parece que el Señor Velazquez no era muy lerdo.

ANTONIO. Antes yo digo que lo era mucho.

MATIAS. ¿Y por qué?

ANTONIO. Porque manifestaba ser cobarde, interesado y ambicioso á un mismo tiempo. Si queria percibir todo el honor y la utilidad de la empresa, debia exponerse solo á las incomodidades y á los peligros que habria que arrostrar.

EL PADRE. Contemplo que Antonio tiene mucha razon; porque en vez de buscar á un hombre de un carácter ser-

vil, habia de haber procurado hallar un sugeto de experimentada probidad, con quien partir las utilidades de la expedicion; y de esta manera hubiera asegurado el éxîto del negocio y la duracion de su autoridad. Es cierto que la fortuna le deparó un soldado, que parecia haber nacido á propósito para semejante empresa; pero por desgracia no supo servirse de él.

FERNANDO. ¿Y quién era?

EL PADRE. El que desde ahora principia á ser el primer personage de nuestra historia.

ALGUNOS. ¿Cortés acaso?

EL PADRE. El mismo: pero es necesario que yo empiece por pintaros el carácter y circunstancias de este hombre célebre

Nació Hernan Cortés de padres ilustres en Medellin, villa de Extremadura. Manifestó desde sus tiernos años intrepidéz en los peligros, paciencia en los trabajos, viveza, resolucion, y con especialidad gran deseo de distinguirse: qualidades todas que ca-

racterizan al jóven que algun dia ha de sobresalir.

Apenas dexó los estudios, pensó en entrar en una carrera, que con el tiempo pudiese conducirle á un término glorioso; y como entonces llamaban la atencion las Indias, resolvió pasar á ellas, haciéndose compañero de aquellos hombres valerosos, que menospreciaban riesgos y fatigas para enriquecer la patria con nuevas posesiones, y adquirir para sí mismos fama y riquezas.

Veinte años tenia quando se embarcó para Santo Domingo; y ya en este primer viage quiso la fortuna hacer prueba de su entereza, amontonando contra él peligros y trabajos; pero como ni los excesos, ni la pereza, ni la holgazanería habian enervado las fuerzas de su cuerpo, ni las de su espíritu, venció quantas dificultades y riesgos se le presentáron. El trabajo era para él una diversion; sufria con constancia el hambre y la sed, y miraba con indiferencia la muerte, quando el morir

hubiese sido necesario. ¿Qué supondrian pues todas las adversidades de esta vida para un alma encerrada en semejante cuerpo?

LUISITO. Papá, ¿estoy yo en tiempo todavía para poder llegar á ser lo mismo?

OTROS. ¿Y yo? ¿y yo?

EL PADRE. Creo que sí; pero conviene darse priesa, porque quando el árbol ha quedado torcido desde pequeño, jamas llegará á tener el tronco derecho. Lo propio sucede con el hombre, que desde niño ha contraido alguna mala costumbre, ó viciosa inclinacion: será inútil quanto haga despues para elevarse; inútilmente intentará vencer los perniciosos hábitos adquiridos, pues estos sobrepujarán siempre tanto, que al último caerá desde qualquier grado á que haya subido, confundiéndose entre la turba obscura de aquellos hombres sin mérito, que dexan el mundo en el mismo estado en que le encontráron, sin haber contribuido en nada á mejorarle.

LUISITO. Si por lo menos no se nos olvidara todos los dias lo que nos proponemos.....

ALGUNOS. Este es el punto.

LUISITO. Yo muchas veces me he propuesto querer ser un hombre grande; pero quando ménos lo pienso, ya se me pasa de la memoria.

EL PADRE. No es dificultoso encontrar un remedio para eso. Yo os he de proporcionar un arbitrio, por el qual os acordeis de vuestra resolucion varias veces al dia.

FERNANDO. ¡Oxalá! ¿Y quál ha de ser?

EL PADRE. He de mandar escribir en una tabla en letras de oro muy grandes estas palabras: *Acordaos del fin que os habeis propuesto.* Haré luego que la cuelguen en la pared del aula, frente de la puerta, y de este modo cada vez que entreis se os presentará semejante recuerdo; pero ha de ser con la condicion de que siempre que fixeis la vista en él, habeis de decir para vosotros: Mi fin es ser un

hombre bueno y honrado, es necesario pues que ahora mismo trabaje con eficacia, tanto para aprender alguna cosa conducente á ello, como para evitar todo lo que pueda apartarme de tan sublime propósito. Dios mio, dame tu auxîlio para mantenerme firme en mi determinacion. Si así lo hiciereis, hijos mios, os aseguro que adelantareis á grandes pasos en el camino de la sabiduría, y llegareis á ser hombres instruidos, útiles, y dignos de aprecio.

LUISITO. Yo quisiera que ya estuviese puesta la targeta.

EL PADRE. Lo estará muy presto.

Llegó Cortés á Santo Domingo quando todavía mandaba en aquella isla D. Nicolas de Ovando, pariente suyo, para quien llevó cartas de recomendacion. Su figura desde luego prometia mucho, pues era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas dotes comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio carácter, que le hacian amable; porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y dis-

creto en las conversaciones, y partia con sus compañeros quanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos.

Por estas excelentes qualidades halló grande agasajo y aprecio en todos, y tan agradable acogida en Ovando, que le admitió entre los suyos, ofreciendo cuidar de sus aumentos con particular empeño: pero como su inclinacion guerrera y genio altivo le estimulaban á cosas mayores, pidió licencia para empezar á servir en la isla de Cuba, donde se traian entonces las armas en la mano.

Allí acreditó en breve su valor y talentos, y consiguió dar á conocer de tal manera su capacidad, que Velazquez no tardó en conferirle la vara de Alcalde de la villa de Santiago, capital de Cuba; empleo que servian entonces las personas de mas cuenta, y que solia andar entre los conquistadores mas calificados.

Tal era el hombre que propusiéron á Velazquez para General de la

armada; y fue tan bien recibida la propuesta, que con efecto en él recayó el nombramiento. Todos los que estaban en ánimo de entrar en aquella expedicion se alegráron infinito de que se les hubiese dado un xefe tan intrépido, capaz y bien quisto: el mismo Cortés tuvo tal complacencia en que se le proporcionase ocasion de exercitar sus talentos, que gastó casi todo su caudal en comprar vituallas, armas y municiones, para ayudar al apresto de la armada, y sobre todo en atraer y ganar con liberalidades la gente que habia de seguirle.

Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, á los quales se agregáron luego otros ciento, ademas de algunos voluntarios de las familias mas ilustres: personas todas que anhelaban por distinguirse, y cuyas cabezas estaban llenas de las inmensas riquezas que se prometian de aquella jornada. Estando ya todo en punto, y los vientos favorables, mandó Cortés levantar anclas, y la esquadra salió del puerto en 18

de Noviembre del año de 1518.

FEDERICO. ¿Con que veinte y seis años despues del primer descubrimiento de la América?

EL PADRE. Cierto. El parage en donde primeramente habia de tocar la armada era la villa de la Trinidad; desde allí debia pasar á la Havana para recoger mas gente, y aumentar las municiones de boca y guerra: puertos entrambos de la isla de Cuba, que podeis ver en el mapa primero.

Hasta el punto en que Cortés dió la vela, se mostró Velazquez contento con su eleccion, no obstante que ya varios envidiosos habian procurado infundirle desconfianza. Pero apenas le vió volver las espaldas al puerto, quando se le representáron las cosas con otro semblante. Ocurríale que Cortés podria abusar de la autoridad que él mismo le habia conferido, y faltando á la obediencia, adquirir para sí el pais que iba á conquistar en su nombre. Causó en él tal efecto esta reflexîon, que los émulos de Cortés conociéron

fácilmente el mal de que adolecia Velazquez, y aprovecháron con tanta destreza la ocasion de atizar aquel fuego, que presto introduxéron del todo en su alma pequeña la envidia, la desconfianza y el arrepentimiento, por manera que ya no le fue posible dominarse.

Con efecto, despachó inmediatamente órden al Alcalde mayor de la Trinidad para que así que llegase allí Cortés, le desposeyese judicialmente de la Capitanía general, suponiendo que ya estaba revocado el título con que la servia, y nombrada persona en su lugar. Llegó semejante contratiempo á noticia de Cortés, el qual no reconociéndose culpado en nada, tuvo por conveniente no prestarse á la órden; y asegurando al Alcalde que solo una equivocacion podia ser causa de aquella repentina mudanza del Gobernador, le pidió que la suspendiera. El Alcalde, que por su misma generosidad estaba poco inclinado á ser instrumento de semejante violencia, y que

por otra parte veia la dificultad de executarla, condescendió con la peticion de Cortés, quien escribió al Gobernador Velazquez, quejándose amigablemente de su desconfianza; y sin dilacion se hizo á la vela para la Havana.

Tuvo que detenerse en ella algun tiempo, tanto para juntar los refuerzos que esperaba, quanto para proveerse de otras varias cosas que parecian indispensables en una empresa de aquella naturaleza. Gastáronse en estas prevenciones no pocos dias; y no sabiendo Cortés desperdiciar el tiempo, mandó que entretanto se sacase á tierra la artillería; que se limpiasen y probasen las piezas; que los soldados se habilitasen en el uso de los fusiles y las ballestas, y se enseñasen á formar un esquadron, dar una descarga, y ocupar un puesto. Y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer, por falta de hierro para corazas, cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de chupas,

que llamaban escaupiles: invencion de la necesidad, que aprobó despues la experiencia, dando á conocer que un poco de algodon floxamente punteado, y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos, de que usaban los Indios, porque perdian la fuerza entre la misma floxedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe. Este conocimiento, y la circunstancia de ser mas ligeras, y menos engorrosas en un clima tan cálido, diéron motivo á que despues fuesen las únicas de que se sirviesen en América los soldados europeos: de esta manera en la necesidad tuviéron casi siempre su origen los inventos mas admirables y de mayor utilidad.

Ya todo estaba pronto. La armada se componia de once embarcaciones, de las quales, la mas grande, que seria como de unas cien toneladas, porte que en el dia tiene el mas pequeño navío mercantil de dos palos, se destino

para servir de capitana: habia otras tres de sesenta á ochenta toneladas, y las restantes eran poco mas que unas lanchas.

Por lo que toca á la gente, su número se habia aumentado hasta seiscientos diez y siete hombres, entre los quales ciento y nueve eran maestros, pilotos y marineros. De todos estos soldados, solo habia trece con fusiles, treinta y dos con ballestas, y los demas estaban armados de espadas y picas: tan limitado era todavía el uso de las armas de fuego. Los principales artículos de este armamento consistian en diez y seis caballos, diez piezas de artillería y quatro falconetes, que son unos cañones de corto calibre, larguísimos y delgados, de que en el dia no se hace uso. Estas eran todas las grandes fuerzas, y el formidable aparato, con que nuestro Cortés iba á marchar á un pais desconocido, para hacer en él la guerra á un poderoso Monarca, cuyo reyno floreciente era mucho mas vasto que todas las provincias

juntas que entonces estaban baxo la denominacion de España. Este Monarca era el Emperador de México, de cuyo poder y grandeza tendreis en adelante noticias mas extensas.

Irritado entretanto Diego Velazquez de que á pesar de sus órdenes expresas, hubiesen dexado pasar de la Trinidad á Cortés, se quejó amargamente del Alcalde, á quien habia encargado la diligencia, y hostigado mas que nunca de sus rezelos, se apresuró á tomar las medidas mas eficaces, á fin de que no se le escapase segunda vez. En cuya conseqüencia, despachó á la Havana un sugeto de confianza con nuevas cartas para el Gobernador, que allí tenia puesto, en que le mandaba, sin dexarle arbitrio, que quitase luego la armada á Cortés, y se le enviase preso con toda seguridad.

Cortés, por fortuna, tuvo noticia del riesgo con bastante anticipacion para poder evitarle. Presentóse pues á sus soldados, de cuya aficion estaba seguro, y descubriéndoles la nueva

persecucion que le amenazaba, les pidió su dictámen acerca de lo que habia de hacer. Conviniéron todos unánimes en que no debia pararse en la inconstancia del Gobernador, ni dexar un mando legítimamente adquirido, y mucho menos ponerse él mismo en manos de un juez injusto y desconfiado. Suplicáronle ademas encarecidamente, que tratándose de una expedicion de tanta importancia, no los privase de un xefe en que tenian puesta toda su confianza, y al qual seguirian hasta la muerte entre las fatigas y los peligros de la guerra.

No puso Cortés mucha dificultad en concederles lo que él mismo deseaba: dióles gracias por el afecto que le mostraban, y mandando luego levantar anclas, se hizo inmediatamente á la vela.

Con esto, levantando anclas tambien el padre, conduxo á los niños, que en semejantes ocasiones desplegaban comunmente todas las velas, hácia una glorieta, donde los aguardaba la

cena campestre de todas las noches.

RELACION XXIII.

ANTONIO. ¿Quál era propiamente la parte del imperio de México, adonde se dirigia Cortés?

EL PADRE. Habiendo acordado seguir exâctamente la misma derrota que Grijalva, navegó desde luego á la isla de Cozumel, en donde se le proporcionó la ocasion de poner en libertad á un Español, á quien un naufragio habia arrojado á aquella costa, y que desde entonces estaba esclavo de los Indios. Llamábase Gerónimo de Aguilar, y en ocho años que habia pasado entre aquellos salvages, habia perdido todas las señales de europeo, y tomado de tal conformidad la figura, el color, las costumbres, y el idioma de los naturales, que apenas se le pudo conocer por Español. Iba desnudo como ellos, aunque no sin algun género de ropa, que hacia decente la desnudez; ocupado el un hombro con

el arco y el carcax, y terciada sobre el otro una manta, á manera de capa, en cuyo extremo traia atado un libro de devocion. Por lo que él dixo, se supo que habian naufragado con él en aquella costa otros diez y nueve hombres mas: que siete muriéron luego de hambre y de trabajos, y los otros cayéron en manos del Cacique de la tierra, hombre cruel, que al instante sacrificó cinco de ellos á sus ídolos, y despues se los comió, mandando encerrar los restantes en una jaula, para cebarlos con el mismo objeto: que habiendo conseguido escaparse, anduviéron errando por los bosques, alimentándose con solo yerba y raices; y que por fin diéron con unos Indios, que los llevaron á otro Cacique, enemigo del primero; el qual, aunque los trató con menos inhumanidad, los hacia trabajar mas de lo que alcanzaban sus fuerzas; por cuyo motivo no tardáron en morir todos, menos Aguilar, y un marinero, llamado Gonzalo Guerrero: que los dos se hiciéron des-

pues mucho lugar, favoreciéndolos mas las ocasiones de acreditarse, porque en varias guerras que hubo con otros Caciques comarcanos, se debiéron á su valor y consejo diferentes victorias, con que lográron el valimiento de su amo, y la veneracion de los Indios. Guerrero, ademas de estar casado con una señora principal, tenia un puesto de mucha consideracion, y de tal suerte se habia connaturalizado en aquel pais, que á la llegada de los Españoles, no solo no quiso abandonarle, sino que tampoco se dexó ver, quizá de vergüenza, por tener horadados los labios, las narices y orejas, y pintado el rostro y algunas otras partes del cuerpo, al estilo de aquellos salvages.

Abrazó Cortés con demostraciones de mucha bondad á Gerónimo de Aguilar, vistiéndole con sus mismas ropas; y advirtiendo que por su larga mansion en aquella tierra, sabia el idioma, se alegró sobremanera de haberle encontrado, considerando que

podria serle útil en lo sucesivo para tratar con los Indios.

Desde Cozumel se adelantó Cortés hácia la provincia de Tabasco, cerca de donde desagua en el mar el rio de Grijalva, esperando hallar allí la misma acogida que su antecesor, de quien tomó nombre el rio; pero se equivocó, porque los naturales, al ver los navíos, se presentáron en numerosas quadrillas, resueltos al parecer á estorbar el desembarco; y fue inútil el enviarles Aguilar, á fin de que los requiriese con la paz, porque no le dexáron hablar, y tuvo que volverse sin haber adelantado cosa alguna.

Quanto menos esperado habia sido este accidente, tanto mas sensible fue para Cortés, cuya intencion no era dar principio por allí á sus conquistas, sino llegar con la mayor brevedad posible á la costa mas inmediata al centro del grande imperio de México, para comenzar en él á poner en execucion lo que se habia propuesto. Pero por este contratiempo se veia en la preci-

sion, ó de ceder á las amenazas de los Indios, ó de principiar con hacer en provincias tan remotas una guerra, que por ventajosa que fuese, no dexaria de costarle tiempo y gente; dos cosas de que seguramente no tenia tanta abundancia, que pudiese despreciarlas; y si se retiraba, temia con razon que los Indios, tomando su partida por una señal de cobardia, se hiciesen mas insolentes.

Parecíale de tan peligrosas resultas esta contingencia, que despues de un maduro exâmen, juzgó indispensable acometerlos; y como le impidiese la noche poner por obra al momento su resolucion, determinó aguardar al dia siguiente, ocupándose entretanto en dar las disposiciones que tuvo por necesarias.

Luego que llegó la mañana, se colocáron los navíos en forma de media luna, que se iba disminuyendo en su mismo tamaño, rematando en las lanchas; y con este órden, para el qual daba sobrado término la grandeza del

rio, se prosiguió la entrada. Antes de venir á las manos, quiso Cortés tratar nuevamente de ajuste, á cuyo fin dispuso que se adelantase Aguilar segunda vez, y volviese á requerir á los Indios, dándoles á entender, que de ellos dependia la paz ó la guerra; pero respondiéron á este segundo mensage con hacer la seña de embestir, y dirigiéron sus canoas contra los navíos.

Puestos en distancia proporcionada al alcance de sus flechas, principiáron el ataque, dexando caer tal lluvia de ellas, que anduvo algo apresurada en los nuestros la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa. Recibida la primera descarga, mandó Cortés á su gente, la qual hasta entonces se habia mantenido quieta, que usase de sus armas; y bastáron los primeros tiros de la artillería para poner fin al combate; porque aterrados los Indios al oir el ruido espantoso de aquellos rayos, y al ver su mortal efecto, se arrojáron precipitadamente al agua, valiéndose de toda su habilidad y sus fuerzas pa-

ra salvarse á nado: con esto los baxeles españoles se acercáron á la ribera, y sin otra oposicion, se executó el desembarco.

Pero aun quedaba mucho que hacer; pues los Indios que escapáron del rio se juntáron con otros muchos, que estaban emboscados, y mientras Cortés ordenaba su gente, se adelantáron hácia él con muestras de querer repetir sus ataques; mas Cortés sin turbarse prosiguió formando sus filas, hasta que puestos los soldados en órden de batalla, cerró con el enemigo con tanta intrepidéz, atravesando pantanos y bosques, que aturdidos los Indios al ver aquel modo de guerrear, aquellas armas y aquel denuedo, que todo para ellos era asombroso y terrible, no osáron hacer mayor resistencia, y tomáron apresuradamente la fuga. Refiérese de Cortés, que en esta ocasion peleó al frente de los suyos con tanto ardor y tal embebecimiento, que desde el principio de la accion perdió en el lodo un zapato, y combatió hasta el

fin con el pie descalzo, sin conocer la falta ni el desabrigo. De resultas de esta derrota se refugiáron los Indios á Tabasco, ciudad fortificada...

NICOLAS. ¡Ciudad fortificada!

EL PADRE. Sí; pero todas sus fortificaciones consistian en una fila de estacas, clavadas en el suelo, y apretadas entre sí con tal disposicion, que las aberturas servian de troneras para despedir las flechas. Era el recinto de figura redonda, y al juntarse el círculo, dexaba hecha la entrada, cruzando por algun espacio las dos líneas, que componian una calle angosta en forma de caracol.

A pesar de que el peligro parecia muy grande, no titubeó Cortés en determinar meterse por aquella tortuosa senda; pero al entrar en la ciudad halló el ingreso, no menos que las calles, igualmente atajadas con estacas, y los habitantes dispuestos á hacer frente segunda vez. Aunque tambien en este combate fuéron derrotados de nuevo los Indios, hubo que dar otra batalla

en la plaza del pueblo, en la qual se juntáron, haciendo la mas porfiada resistencia; pero vencidos y desbaratados tambien esta vez, huyéron á los bosques, dexando la guerra concluida, y la ciudad de Tabasco en poder de los Españoles.

No quiso Cortés seguir el alcance, manifestando con esto que no hacia la guerra por sed que tuviese de sangre, sino por cumplir con su obligacion. El botin fue sumamente inferior á las esperanzas, porque los Indios habian llevado á los bosques casi todo lo mas precioso que tenian, dexando únicamente las provisiones de víveres, que no pudiéron llegar con mas oportunidad para los Españoles, cansados y hambrientos.

Alojóse aquella noche el exército en tres adoratorios, que estaban situados en los parages mas elevados de lo interior de la plaza; y Cortés despachó sus patrullas, y distribuyó sus centinelas para precaverse contra qualquier sorpresa, visitando él mismo los pues-

tos con tanto cuidado y desvelo, como si estuviera delante de un exército enemigo y veterano. Por la mañana mandó reconocer la campaña, y la halláron desierta, y al parecer segura; no obstante, teniendo por sospechosa tanta quietud, envió algunos trozos de gente á explorar mas adelante, y volviéron con la desagradable noticia de haber avistado un número inmenso de Indios, dispuestos, segun las apariencias, á renovar las hostilidades.

Una situacion tan apurada hubiera desalentado al hombre de mas valor; porque ¿quién sabe lo que podia un exército casi cien veces superior en número, y compuesto de hombres reducidos á la mayor extremidad, y precisados á pelear por su patria sus templos, su vida y su libertad? Conocia Hernan Cortés todo el peligro que le cercaba; pero acostumbrado á saber vencerse, y dominar sus pasiones, aparentó tal serenidad, como si se hubiera tratado de un negocio de poquísima ó ninguna importancia: exemplo que

bastó para infundir en sus soldados igual intrepidez, y tanta confianza, que gustosos se dexáron conducir á cierto parage, donde pudo tomar una posicion, que juzgó la mas ventajosa, con relacion al corto número de su gente.

Allí formó en órden de batalla su pequeño exército, al abrigo de una eminencia que le guardaba las espaldas, y colocó en lo alto la artillería, á fin de que pudiese obrar con mas efecto. Emboscóse luego él mismo con la caballería, para dexarse caer de repente sobre el enemigo, quando fuese necesario; y con estas precauciones le estuviéron silenciosamente aguardando.

Llegó con efecto... Mas para que podais de una vez formaros una idea del modo de guerrear de aquellos pueblos de América, os haré, antes que comience la batalla, una descripcion circunstanciada de sus armas, pertrechos de guerra, y del órden que observaban en los combates. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de anima-

les, ó correas torcidas de piel de venado, y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescado. Usaban tambien un género de dardos, que jugaban ó despedian segun la necesidad, y unas espadas largas que esgrimian á dos manos, á manera de montante, hechas de madera, en que ingerian, para formar el corte, agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, y habia Indios pedreros, que revolvian y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes, eran colchados de algodon, petos, y rodelas de concha Los demas iban en carnes, y todos ellos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro, para hacerse horribles á sus enemigos. Ceñian las cabezas con unas como coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto, persuadidos tambien á que el penacho los hacia mayores.

Los instrumentos y toques de guerra correspondian á las armas, pues consistian en flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de caxas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo.

Aunque desconocian el arte de pelear en filas cerradas, guardaban cierto método, distribuyendo la gente en pequeños trozos, con su xefe cada uno; y su táctica era como la europea en punto de no emplear todas las fuerzas de una vez, sino que dexaban algunas tropas de reten, ó para hablar militarmente, un cuerpo de reserva que socorriese á los que peligraban.

Embestian al principio de la accion con ferocidad, dando espantosos alaridos; pero si el enemigo hacia rostro, y conseguia desordenar á los primeros, sucedia entonces, que aturdidos con la confusion, y embarazados en la misma muchedumbre, quedaba derrotado en un instante todo el exército, y resultaba una fuga general.

De este modo era la milicia de los

Indios, y con este aparato se iba acercando aquella inundacion de gente, que venia al parecer anegando la campaña. Esperábanla á pie firme nuestros Españoles; y llegados ya los Indios á distancia proporcionada, embistiéron con tal impetuosidad y tan de tropel, que no bastando las armas de fuego y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que hacia en ellos la artillería, porque como acometian tan cerrados, derribaba compañías enteras; pero estaban tan obstinados, y tan en sí, que en pasando la bala, se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al ayre puñados de tierra, para que no se viesen los que caian, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Resistiéron los Españoles quanto pudiéron á fuerzas tan superiores; pero harto grande era el furor del enemigo, y el número de los que se agolpaban ciegamente unos sobre otros

para que fuese mas larga la resistencia. Ya estaban rotas las filas en varias partes, y todo indicaba una próxîma derrota; quando Cortés, que no pudo acudir ántes al socorro, por haber dado en unas acequias, salió á la campaña al frente de su caballería, y embistió con todo aquel exército, que, segun dicen, ascenderia á quarenta mil hombres. Tan terrible como nueva fue semejante sorpresa para los Indios, quienes creyendo desde luego que el caballo, el ginete y la lanza componian un solo monstruo, se aterrorizáron en términos, que principiáron á pelear con menos furia, ó por mejor decir, con una tibieza que indicaba que ya les faltaba el aliento. Recobráronse con esto los Españoles, y los Indios, cargados por todas partes, tomáron finalmente la fuga con tal precipitacion, que arrojaban las armas, mirándolas como impedimento de la ligereza.

Satisfecho Hernan Cortés con haberles dado á conocer segunda vez su

superioridad, no permitió que se ensangrentase mas la victoria: solo dispuso que se hiciesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para volver á entablar negociaciones de paz. Quedáron muertos en el campo de batalla mas de ochocientos Indios, y fue mayor el número de los heridos, al paso que de los nuestros solo muriéron dos soldados, y fuéron heridos setenta.

El dia siguiente mandó Cortés, que se traxesen á su presencia los prisioneros, los quales viniéron temerosos, creyendo encontrar en el vencedor la misma crueldad, de que usaban ellos con sus rendidos: mas su júbilo fue extremado, quando viéron que el General los recibio con grande benignidad, y que por medio de Aguilar les dixo que ya estaban libres, regalándoles ademas algunas buxerias. Arrebatados de gozo, corriéron á dar noticia á los demas de la generosidad con que habian sido tratados, y resultó de todo esto lo que de ordinario

resulta del buen proceder y de la clemencia, esto es, que rindiesen las voluntades unos hombres, que poco antes solo escuchaban los impulsos del furor y de la venganza.

Con efecto, no tardáron en acudir al alojamiento de los Españoles muchos de ellos con ánimo pacífico, y cargados de maiz y otros bastimentos, de que fuéron largamente recompensados. Poco despues envio el Cacique á solicitar la paz, por medio de embaxadores, que traian varios regalos para facilitarla. Concediosela gustoso Cortés; y como luego vino el mismo Cacique en persona, quedo confirmada con presentes que fuéron de reciproco agrado. El dia siguiente volvio con veinte Indias, bien adornadas, al uso de aquella tierra, las quales, dixo, traia de presente al General para que cuidasen de su regalo y el de sus compañeros, por ser diestras en hacer el pan de maiz. Entre ellas iba una India principal, de buen talle y mas que ordinaria hermosura, que recibio des-

pues con el bautismo el nombre de Marina. Era hija de un Cacique, á quien fue robada, y vendida luego al de Tabasco: habiendo aprendido en breve el idioma español, sirvió muchísimo en las negociaciones con los Mexicanos, y contribuyó no poco á las conquistas de Cortés, quien, segun refieren, tuvo en ella un hijo que se llamó D. Martin.

Mientras el Cacique estaba conferenciando con Cortés, oyéron casualmente relinchar los caballos, de lo qual asustados los Indios, preguntáron qué tenian aquellos tequanes, que queria decir en su lengua cosas fieras. Respondioseles que estaban enojados, porque no habian castigado severamente al Cacique y á sus vasallos, por haberse atrevido á hacer la guerra á los cristianos. Apenas oyéron esto, quando á fin de aplacarlos traxéron mantas para que se echasen en ellas, y les presentáron de toda clase de aves para que las comiesen, suplicándolos al mismo tiempo con gran sumision, que les

perdonasen, con promesa de que en adelante serian amigos invariables de los Españoles, á quienes tratarian siempre con veneracion y cariño.

Por último, resueltos los nuestros á proseguir todavía mas adelante, hácia la costa occidental de aquella tierra, se dieron sin dilacion las disposiciones para el embarco. Mañana, por poco que sea favorable el viento, los veremos partir.

FERNANDO. ¿De qué viento necesitan?

EL PADRE. Observad el mapa. Aquí está Tabasco; á este lado Veracruz, que es adonde tratan ahora de ir; con que ya es fácil acertarlo.

FEDERICO. Del viento este.

EL PADRE. Ea pues, tened cuidado para avisarme quando el viento oeste, que hoy corre, gire al este; y así que esto se verifique, darán inmediatamente la vela; pero hasta entonces se mantendrán en el puerto.

RELACION XXIV.

Largo tiempo duró el oeste, á pesar de que los niños impacientes iban incesantemente á mirar la veleta, para ver si variaba; hasta que por fin un dia, entre seis y siete de la mañana, quando justamente acababa el padre de levantarse, oyó en el patio una algazara, que en un instante se difundió en toda la casa. Provenia esto de que algunos de los mas deseosos de oir la continuacion de la historia, se habian levantado muy temprano todos aquellos dias para ir á reconocer los vientos; y como aquella mañana advirtiesen que corria el que ellos apetecian, iban de quarto en quarto, gritando con todas sus fuerzas: *el este, el este;* y lo mismo que si creyeran que el padre la noche antes se hubiese vuelto sordo, se entráron de tropel en su aposento, atronándole los oidos con las repetidas palabras de *este, este*. Aturdido el padre, se tapaba con ambas manos las ore-

jas, y daba lástima ver cómo con el tono mas lamentoso los suplicaba, que tuviesen compasion de los timpanos de sus oidos. Pero léjos de enternecerse aquellos picaruelos, continuaban con mas ardor en saltar, reir, y dar voces, hasta que por fin el padre desesperado pegó un brinco por cima de ellos, y dexándose una chinela, se escapó á la sala, para cumplir allí su promesa, en caso de que no hubiese remedio.

No lo hubo efectivamente, porque todos echáron á correr tras de él, y ni uno se halló que estuviese dispuesto, despues de tan larga expectacion, á relevarle de su palabra. Fue preciso complacerlos; y así, despues de haberse restregado bien los ojos, sin atreverse siquiera á desayunarse, dió principio á la continuacion de su historia, diciendo.

Gozoso y contento Cortés con el feliz éxito de una guerra, que podia haber tenido las conseqüencias mas funestas, y esperando igual suerte en

los demas sucesos, partió de la provincia de Tabasco con su gente victoriosa, en seguimiento de la grande empresa que meditaba, mandando gobernar al oeste, cuyo rumbo tomó la armada con el viento este en popa.

Aquí hizo el padre una profunda reverencia, y sin hablar mas palabra, se volvió á su quarto para acabar de vestirse. Diéron voces los niños; algunos tambien fuéron tras él, para traerle otra vez; pero todo fue inútil, porque les dixo: vosotros teniais derecho para exigir que yo cumpliera puntualmente mi palabra; mas como os prometí solo hacer que partieran los Españoles, así que tuviéramos el viento necesario, ya he cumplido mi promesa, y vosotros no podeis obligarme á mas: permitidme pues, que yo sea tan exâcto en el cumplimiento de mi palabra, como lo fuisteis vosotros en sostener vuestro derecho. Esta noche proseguirémos.

Con esto se separó de ellos; y como sus razones no tenian réplica, nin-

guno se atrevió á porfiar, conformándose todos con aguardar con paciencia á que llegase la noche. Con ella volvió tambien el padre, y con gran complacencia de sus tiernos oyentes continuó, sin otros preámbulos, su relacion en esta forma.

Reconoció Cortés en este segundo viage todos los puntos en que tocó ántes que él Juan de Grijalva, y llegó por fin á la isla de San Juan de Ulúa, de que os hablé últimamente. Apenas dió fondo entre la isla y la tierrafirme, quando vió salir de la costa inmediata dos canoas grandes, que en aquella tierra se llamaban piraguas, y en ellas algunos Indios, que se fueron acercando con poco rezelo á la armada, y daban á entender con esta seguridad, y con algunos ademanes, que iban de paz, y con deseo de ser oidos. Recibiólos el General con demostraciones de amistad; pero fue grande su confusion, quando advirtió que Aguilar no los entendia, porque únicamente habia aprendido el idio-

ma de Yucatan, y aquellos Indios hablaban el mexicano. No tardo el Cielo en socorrer esta necesidad. Hallábase alli cerca aquella India de Tabasco, de que hice mencion antes, y que ya llamarémos Doña Marina; y conociendo en los semblantes de entrambos lo que los tenia suspensos, dixo en lengua de Yucatan á Geronimo de Aguilar, que aquellos Indios hablaban la mexicana, que era la natural de ella, y que pedian audiencia al General de parte del Gobernador de aquella provincia. Alegróse Cortés con este descubrimiento, y desde luego fue necesario que Doña Marina hablase á los Mexicanos en su lengua, comunicando despues lo que decian en la de Yucatan á Aguilar, y este luego lo referia á Cortés en castellano; lo qual duró hasta que Doña Marina aprendió este último idioma, en que tardó poco, porque tenia rara viveza de espíritu, y algunos dotes naturales que declaraban la calidad de su nacimiento.

Por medio del indicado rodeo de

hablar, supo por fin Cortés, que Pilpatoe y Teutile, Gobernador el uno, y el otro Capitan general de aquella provincia por el grande Emperador Motezuma, habian enviado aquellos Indios, para que se informasen del intento, con que habian tomado puerto allí los Españoles, y les ofreciesen al mismo tiempo el socorro y la asistencia de que necesitasen para continuar su viage.

Juzgo que no hay necesidad de que os advierta, que semejante modo de producirse indicaba un pueblo, á la verdad, muy diferente de todos los salvages de la India occidental, descubiertos hasta entonces.

Conoció Cortés esta diferencia, y respondió con atencion y urbanidad, que su venida era tratar sin género de hostilidad materias muy importantes á su Príncipe y á toda su monarquía. Con esto despidió á los embaxadores, regasajados antes, y regalados del mejor modo posible; y sin aguardar contestacion alguna, mandó al instante

desembarcar la gente en la playa mas inmediata, y sacar á tierra los caballos y la artillería, acudiendo presurosos los pacíficos naturales á ayudar á los nuestros en la construccion de tiendas y barracas para defenderse de la intemperie del clima.

A los dos dias fuéron Teutile y Pilpatoe en persona, con magnífico acompañamiento, á visitar á Cortés que los recibió con igual aparato acompañado de sus capitanes y soldados, para inspirar á los Mexicanos una idea correspondiente á la grandeza del Monarca, en cuyo nombre iba á reconocer aquellas regiones. Convidólos á comer; y acabado el banquete en que procuro templar la severidad con el agrado, llamo á sus intérpretes y con mucha gravedad y entereza dixo: que su venida era á tratar con el Emperador Motezuma de parte de Don Cárlos de Austria, Emperador del Oriente, materias de mucha importancia, para lo qual necesitaba llegar á su Real presencia, y esperaba ser a

mitido á ella con todos los miramientos, que se debian á la grandeza del Soberano que le enviaba.

Como hay algunos entre vosotros que no han estudiado todavía la historia moderna, es necesario que os entere ahora de quien era Don Cárlos de Austria, á quien Cortés llamaba Emperador del Oriente.

Ya os acordareis que en tiempo de Cristóbal Colon reynaba en España Fernando V, denominado el Católico. Este no tenia mas hijos que una, llamada Doña Juana, que casó con un Príncipe de la casa de Austria, cuyo nombre era Felipe, y tuvo un hijo que se llamó Cárlos, el mismo de que ahora vamos hablando. Porque muerto el Rey Católico, quedó por heredero del reyno este nieto suyo, cuyo padre ya no vivia. Coronóse en España Don Cárlos de Austria, conservando tambien los Paises Baxos, de que habia tomado posesion un año antes; y elegido luego Emperador de Alemania, llegó á ser uno de los Sobera-

nos mas poderosos que ha habido en Europa. Y aunque en España fue el primer Rey de este nombre, y se cuenta como tal, se le llama comunmente Cárlos Quinto, con respecto al imperio de Alemania, porque allí hubo antes que él otros quatro Emperadores de este nombre.

Ahora ya sabeis acerca de este particular lo que basta para la inteligencia de nuestra historia. Prosigamos pues.

Pusiéron mal gesto los dos Mexicanos á la proposicion de Cortés, cuya solicitud conocian que no seria del agrado de Motezuma su amo.

CARLOTA. ¿Qué dificultad podia tener en dar audiencia á nuestro General?

EL PADRE. Desde que los Españoles se presentáron la primera vez en la costa de México, andaba Motezuma muy inquieto, porque se decia en aquella tierra, por antigua tradicion, que en ciertas regiones del Oriente habia unos pueblos poderosos y formi-

dables, que tarde ó temprano invadirian el imperio de México, y se apoderarian de él. No es fácil averiguar qual sería el orígen de esta especie de profecia; pero lo cierto es, que bastó para consternar sobremanera á los Mexicanos, y al mismo Motezuma, desde el punto en que tuviéron noticia que los Europeos andaban por aquella costa: y este fue el motivo por el qual se incomodáron no poco los enviados Mexicanos, al oir la pretension de Cortés de ser presentado á la corte.

Sin embargo, antes de responder definitivamente, procuráron grangearse su aficion con grandes regalos; y animados de las afectuosas expresiones, de que se valió Cortés para manifestarles su agradecimiento, se aventuráron despues á declararle, que su pretension no era asequible. Replicóles entonces Cortés con algun enfado: que de ningun modo prescindiria de ella, pues no podia salir de aquel pais, llevando desayrada la representacion de su Rey. Puso en tanto cuida-

do á los Indios esta enérgica respuesta, que no se atreviéron á replicar; antes le pidiéron que no se moviese de aquel alojamiento hasta que llegase la contestacion del Emperador Motezuma, en lo que se convino nuestro General.

FERNANDO. ¿Los Mexicanos daban efectivamente á Motezuma el nombre de Emperador?

EL PADRE. No; porque entonces hubieran hablado castellano: le llamaban con un nombre, que equivalia á Gran Señor, Rey ó Dueño absoluto; y como era un Soberano tan poderoso, los Españoles le aplicáron el título de Emperador, al qual hacia algun tiempo estaban acostumbrados, porque Cárlos V, que reynaba entonces en España, era tambien Emperador de Alemania, como ya os he dicho.

Andaban á este tiempo algunos pintores Mexicanos, que viniéron entre el acompañamiento de los dos Gobernadores, copiando con gran diligencia sobre lienzos blancos de algodon, todo

lo que se hacia reparable á sus ojos; y habiendo sabido Cortés, que aquellas pinturas se executaban para avisar con ellas á Motezuma de lo que sucedia (pues tal era el modo de escribir de los Mexicanos), resolvió ponerles delante objetos mas vivos, cuya vista pudiese hacer mayor impresion en el ánimo del Emperador. Con este fin formó su gente en órden de batalla, y como por festejo, dispuso varias evoluciones y escaramuzas, segun el modo de pelear de Europa. Al principio estuviéron los Indios embelesados, admirando sobre todo la docilidad y valentía de los caballos; pero apenas oyéron el estruendo de las armas de fuego y de la artillería, fue tanto lo que se asustáron, que una gran parte tomó la fuga, otros se dexáron caer al suelo, y costó mucho poder persuadir á los demas, que lo que veian y oian no era sino una mera diversion para obsequiarlos.

Mucho tuviéron que exercitar su arte los pintores, para expresar fielmente quan espantosa y destructiva

era la táctica europea que ellos mismos habian presenciado. Executáronlo no obstante con no menos esmero que habilidad; y concluidas las pinturas las remitiéron con algunos presentes y baratijas de Europa, por medio de correos muy veloces, á México, que era la capital, para que todo pasase á manos de Motezuma. Por un establecimiento muy útil de aquel imperio habia en todos los caminos principales, desde las provincias mas remotas hasta la capital, ciertos Indios exercitados en correr, distribuidos de trecho en trecho, por cuyo medio sabia el Emperador en corto tiempo todo lo que pasaba en sus vastos dominios.

NICOLAS. ¿Quánto distarian entonces de México los Españoles?

EL PADRE. Unas setenta leguas por el camino mas corto; y con todo en siete dias fuéron los correos con las pinturas, y volviéron con la respuesta de Motezuma. Negaba en ella, como desde luego se creia, la licencia que solicitaba Cortés para pasar á su corte;

pero á fin de templar en parte la aspereza de la negativa, la enviaba acompañada con un regalo digno verdaderamente de un gran Monarca. Estaban encargados de esta comision Pilpatoe y Teutile, quienes principiáron á desempeñarla, adelantándose con las dádivas, para disponer, si podian, el ánimo de Cortés á recibir despues sin enojo la repulsa.

Llevaban los regalos con ostentoso aparato cien Indios, que los tendiéron sucesivamente en el suelo sobre unas esteras de palma, que llamaban petates. Consistian en varias ropas de algodon tan delgadas y hermosas, que no se diferenciaban de la seda: en cantidad de penachos y otras curiosidades de pluma, con que imitaban árboles, animales, y otras hermosas producciones de la naturaleza: venian luego muchas joyas y piezas de oro con alguna pedrería, collares, sortijas, pendientes y otros adornos de mayor peso y de primoroso artificio. Mas así como el sol obscurece á los demas astros, del mis-

mo modo eclipsaban todas aquellas preciosidades dos grandes láminas de hechura circular, la una de oro que representaba la imagen del sol, y la otra de plata en que iba figurada la luna.

Despues que Cortés hubo manifestado su agradecimiento con palabras del mayor respeto, trataron los embaxadores de desempeñar la segunda parte de su comision, diciéndole, que su Soberano no tenia por conveniente que pasasen á la capital tropas extrangeras, ni podia permitir que se detuviesen mas tiempo en sus dominios, y que de consiguiente estimaria que dispusiese quanto antes su partida.

Recibió Cortés el mensage con muestras de desagrado, y respondió con tono resuelto: que no pretendia faltar á la obediencia del grande Emperador Motezuma; pero que su honor y el decoro de su Príncipe no le permitian que retrocediese sin conseguir antes su demanda. Figuraos, hijos, si arquearian poco las cejas aquellos Indios, acostumbrados á la mas

ciega sumision para con sus Soberanos, al ver á un hombre que tenia la osadia de insistir en una cosa absolutamente contraria á la voluntad del Emperador. Parecíales semejante porfia una insolencia tan inaudita, que no acababan de recobrarse de su admiracion; y léjos de atreverse á replicarle, le ofreciéron hacer segunda instancia. Consintió Cortés en esperar de nuevo la respuesta de Motezuma; pero añadió, que sentiria mucho que tardase, y hallarse obligado á solicitarla desde mas cerca.

Qualquiera que fuese la intrepidez y firmeza que habia manifestado Cortés en toda esta negociacion, no dexaba de experimentar interiormente alguna inquietud. Conocia con evidencia, que tenia que hacer con un reyno poderoso y bien gobernado, y que era la mayor temeridad del mundo pensar en sujetar un imperio tan formidable con un puñado de gente. Sin embargo, dos motivos principales le obligaban á no desistir de su empre-

sa, qualquiera que pudiese ser el éxîto de ella: el primero era su zelo de religion, por el qual deseaba vivamente convertir aquellos idólatras, y propagar el evangelio de Jesucristo; y el segundo estribaba en la situacion arriesgada en que se hallaba; porque despues de lo que habia pasado entre él y el Gobernador Diego Velazquez, temia no quedar sin castigo una vez que se restituyese á Cuba: como pues veia que de todos modos peligraba su vida, prefirió aventurarla en una empresa memorable á perderla á manos de un verdugo.

Por desgracia no faltáron algunos en el exército, que hiciesen iguales reflexîones, y siendo justamente los mismos, que en su interior estaban mas por Diego Velazquez, que por Cortés, no se descuidáron en propagarlas, á fin de excitar una sublevacion general, y poner á este último en la precision de volver á Cuba.

Pero harto arraigada estaba en la mayor parte la idea de las inmensas

riquezas que se prometian, para que pudiese hacerles impresion ningun otro discurso; á mas de que se lisonjeaban que la respuesta de Motezuma seria segun ellos apetecian.

Llegó por fin esta deseada respuesta; pero muy diversa de lo que esperaban, porque á pesar del asombro, que causó á Motezuma y á su Consejo la tenacidad de nuestro General, tomáron la enérgica resolucion de persistir en su negativa, y alejar de aquellas costas á los importunos Europeos. Encargósele á Teutile el odioso mensage, que vino acompañado con otro presente tan considerable como el primero.

Cortés esta vez tuvo por conveniente valerse de un tono menos imperioso, y responder con blandura y serenidad: que siendo obligacion de Príncipes cristianos instruir á su próximo en una religion que enseña el camino de la verdadera felicidad, le habia enviado el Rey su amo para sacar al Emperador de México y á sus

vasallos de un error, en que le daba lástima verlos sumergidos; pero que para ello era necesario que hablase personalmente con Motezuma, y por consiguiente no podia de ninguna manera dexar de insistir en su pretension de pasar á la corte.

No bien oyó Teutile esta contestacion de Cortés, quando se levantó apresuradamente, y con un género de impaciencia entre cólera y turbacion le dixo: que puesto que los medios amigables no surtian con él ningun efecto, se veria precisado á valerse de otros mas eficaces, para hacer obedecer las órdenes de su Soberano. Con esto, sin despedirse, ni esperar otra razon, volvio las espaldas, y partió de su presencia con paso acelerado, siguiéndole los que le acompañaban, cuyo exemplo imitó luego el resto de los Indios, de suerte que en breve tiempo todo el pais inmediato al acampamento de los Españoles se halló enteramente desierto.

Si esta inesperada resolucion pu-

en algun cuidado á Cortés, consternó mucho mas á sus compañeros, que acongojados preveian las funestas conseqüencias de semejante accidente; y lo menos que temian era una absoluta falta de víveres, de que los habitantes los habian proveido hasta entonces con abundancia. Aprovecháron los descontentos este general desaliento para obligar á Cortés á restituirse á Cuba; levantáron la voz contra él sin rebozo; le tacháron de temerario y ambicioso, y procuraban apartar á los demas de su obediencia, disuadiéndolos de proseguir una empresa tan arriesgada.

Cortés, que á un valor extraordinario juntaba una prudencia tan grande, que á veces degeneraba en artificio, se valió de sus amigos y confidentes para sondear la intencion del resto principal de su gente; y habiendo averiguado que hacian poca impresion las murmuraciones de los partidarios secretos de Velazquez en los ánimos de la mayor parte, convocó á los descontentos, siendo uno de los principales

un tal Diego de Ordaz, y presentándose á ellos con semblante sereno, les pidió en tono amistoso su dictámen acerca de lo que haria en aquellas circunstancias. Respondió en nombre de todos Diego de Ordaz; y lejos de ocultar su opinion, insistió en que era necesario embarcarse lo mas presto que fuera posible para volver á la isla de Cuba.

Oyóle Cortés con mucho sosiego, y le contestó diciendo: que él no advertia un peligro tal como el que intimidaba á los soldados; pero que no obstante no era su ánimo forzarlos á que le siguieran, y que de consiguiente estaba dispuesto á hacer lo que deseaban.

Con efecto, dispuso inmediatamente que se publicase la jornada para Cuba, y dió las órdenes necesarias para el embarco, no dexando de conocer quales serian las resultas de esta disposicion, preparada ya de antemano con maña; y realmente sucedió lo que se habia prometido. Porque los solda-

dos, que desde el punto que entráron en aquella tierra, no revolvian en su fantasía mas que riquezas y tesoros, sintiéron en lo mas vivo del alma tener que abandonar esperanzas tan lisonjeras, y sin haber conseguido la menor recompensa de los trabajos hasta entonces padecidos, volver á su patria mas pobres de lo que saliéron: idea que causó en ellos tal conmocion, que principiáron á murmurar y quejarse abiertamente del General. Halagaban el oido de Cortés semejantes reconvenciones, porque conocia que por ellas conseguiria el fin de sus designios, para cuyo logro dió márgen tambien á que se aumentara el descontento de los soldados, mandando á sus confidentes que adelantaran las quejas, diciendo públicamente que por pura cobardía, indigna de ánimos españoles, se trataba de atajarlos en el camino de la gloria y de las riquezas; de lo qual resultó una sublevacion general, pidiendo todos á una hablar á Cortés para que suspendiese la execucion del

viage; y esto era justamente lo que él deseaba.

Apenas pues se presentó delante de los soldados, prorumpiéron en reconvenciones y quejas de que por falta de aliento desconfiase del éxito de una empresa, que sin duda alguna extenderia la religion, y proporcionaria á la patria incalculables utilidades, añadiendo, que estaban resueltos á proseguir aquella expedicion con todo empeño; y que si él tenia ánimo de retirarse, podia executarlo con los que se aviniesen á seguirle, que á ellos no les faltaria quien se encargase de acaudillarlos.

Por ofensivas que fuesen tales expresiones en boca de unos subalternos, no dexáron de agradar á Cortés, que las oyó como cosa en que hallaba novedad; y aparentando admiracion, tomó la palabra, para manifestar desde luego á los soldados quan atónito le dexaba semejante resolucion, y asegurarles de que jamas hubiera pensado en desistir de una empresa tan útil co-

mo fundada, si algunos no le hubiesen expuesto que todo el exército estaba clamando desconsoladamente sobre volver á Cuba; y que en este supuesto para complacerle habia tomado, á pesar suyo, la determinacion de abandonar aquella tierra. Interrumpiéronle los soldados, diciendo, que le habian engañado, y que un corto número de pusilánimes habia imputado falsamente á los demas su propia cobardía; pero que ellos estaban tan agenos de semejante baxeza, que sacrificarian gustosos la vida para el logro de los vastos designios que habian concebido; y que así podia conducirlos adonde quisiese, pues estaban determinados á arrostrar con él qualesquiera fatigas y trabajos, y á seguirle hasta la muerte, por grandes que fuesen los peligros á que se expusiese.

Celebró Cortés con semblante que anunciaba valor, confianza y gozo la constancia de sus soldados, y les prometió que satisfaria sus deseos, dando inmediatamente las disposiciones nece-

sarias para poblar en aquel parage, á fin de penetrar luego con el resto del exército en lo interior del pais: resolucion que fue aplaudida con grandes aclamaciones.

Otra circunstancia faltaba para las miras de Cortés: porque aunque es cierto que permanecia con la dignidad de General, toda su autoridad dependia únicamente de la voluntad de los que querian obedecerle. Con el mismo poder que se habian arrogado los soldados para confirmarle segunda vez en su empleo, podian privarle de su autoridad quando se les antojase; y para precaver este caso muy posible, se valió de la estratagema siguiente.

Nombró un ayuntamiento para la poblacion que iba á fundar, y procuró que todos los que le compusiesen fuesen parciales suyos. Establecido el nuevo cabildo, y puesto en posesion con las formalidades acostumbradas, se juntáron los capitulares, con pretexto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumen-

de la colonia: poco despues entró Cortés con respetuoso continente, y el baston de General en la mano; y habiendo pedido licencia para hablar, lo hizo en éstos términos.

Ya, señores, tenemos en este consistorio representada la persona de nuestro Monarca, y por consiguiente obedeceré vuestras órdenes como las suyas propias. No se os ocultará quan necesario es que este exército tenga un xefe, cuya autoridad no dependa de la inconstancia de los soldados: la mia no tiene otro cimiento, pues desde que Velazquez revocó sus provisiones, quedáron dudosos mis derechos al mando; me juzgo por lo tanto en obligacion de renunciarle en vuestras manos, para que trateis de elegir otro General, en nombre del Rey, y segun los poderes que ya teneis, nombrando á la persona que os pareciere mas digna de un cargo de tanta importancia; que yo por mi parte os aseguro que sabré, sin violentarme, acomodar la pica en la mano que dexa el baston,

ofreciendo á mis compañeros el exemplo de la mas ciega obediencia al sugeto en quien recaiga el legítimo nombramiento.

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, y dexándole entregado á los Alcaldes, se retiró á su barraca.

Continuáron entonces los capitulares su sesion, mostrando admitir la renuncia de Cortés; y despues de haber aparentado entre ellos una larga discusion, eligiéron segunda vez al mismo Cortés por General, como ya lo tenian concertado de antemano. Convocados luego los soldados, uno de los Alcaldes les anunció la eleccion que habia hecho el cabildo, y con unánime consentimiento y aprobacion quedó confirmada.

Veamos ahora si tambien vosotros le dais vuestro voto, para saber si he de dexarle que tome á su cargo una empresa de las mas arriesgadas del mundo; mas para esto es preciso que lo reflexîoneis lo menos hasta mañana.

RELACION XXV.

NICOLAS. Ya lo hemos meditado muy bien, papá.

EL PADRE. ¿Y qué habeis resuelto?

FERNANDO. Que Cortés quede por General.

EL PADRE. ¿Y los pobres Mexicanos?

LUISITO. Nada podemos hacer en favor suyo: su suerte está decretada, y si no los sujeta Cortés, será otro, que quizá los tratará con menos humanidad.

EL PADRE. Pues ya que no hay remedio, vuelva Cortés al frente de su exército, y prosigamos nosotros la narracion.

Dió el ayuntamiento á la nueva poblacion el nombre de Villa-rica de la Veracruz, en memoria del oro que se vió en aquella tierra, y en reconocimiento de haber puesto pie en ella el viérnes santo.

ANTONIO. ¿Es la misma de que hablamos baxo el nombre de Veracruz,

quando estudiábamos la Geografía?

EL PADRE. No: presto verémos como luego Cortés tuvo por conveniente trasladar la colonia á otro sitio mas acomodado. Observad el mapa; allí donde dice antigua Villa-rica de la Veracruz es el sitio donde se asentó la primera vez el establecimiento, y unas quantas leguas mas al sur, donde se lee solamente Veracruz, es el parage adonde se pasó despues; pero mas adelante hablarémos de eso.

Principióse por fin á tratar de la marcha, y una feliz casualidad allanó el camino de ella. Viniéron cinco Indios á manera de embaxadores, pidiendo permiso para hablar al General; y admitidos á su presencia, le dixéron por medio de los interpretes lo siguiente.

Que habiendo llegado á oidos del Cacique de Zempoala las hazañas de los Españoles en Tabasco, y siendo amigo de hombres valerosos, los enviaba para solicitar su amistad y benevolencia.

Hiciéronseles varias preguntas, y de resultas vino Cortés á entender una cosa que le fue de mucha satisfaccion. Supo que Motezuma, de quien dependia el Cacique de Zempoala, era Príncipe aborrecido por sus tiranías; que tenia á sus vasallos mas atemorizados que sujetos, y que cansados estos de yugo tan duro, aguardaban con impaciencia una ocasion favorable para sacudirle.

Con dificultad pudo Cortés disimular el gozo que experimentó al oir semejante noticia. No ignoraba quan fácil es trastornar un imperio, aun el mas poderoso, quando los vasallos tienen motivo de disgusto con el Soberano, y no dudó ya del éxîto de una empresa, que sin esta circunstancia hubiera sido una insensata temeridad. Despachó luego á los embaxadores con algunas dádivas para ellos y para su señor, y les ofrecio que presto iria á visitarlos.

Para cumplir su promesa, y al mismo tiempo reconocer cierto distri-

to, que segun informes parecia mas á propósito para sentar la colonia, dispuso su marcha con todo el exército, mandando que la armada se dirigiese á aquel parage sin apartarse de la costa, mientras él seguia el mismo camino por tierra. Llegáron la primera tarde á un pueblo, y le encontráron enteramente desamparado, no solo de los Indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, á excepcion de los adoratorios, en que halláron diferentes ídolos, cuchillos de pedernal, algunos despojos de víctimas humanas, y varios libros mexicanos, que fuéron los primeros que los Europeos viéron en América.

CARLOTA. ¿Y eran verdaderos libros?

EL PADRE. No como los nuestros; pero un equivalente. Estaban hechos de una membrana larga, ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volúmen; parecidos á los nue-

tros por la vista exterior, y dibuxados en lo interior con aquel género de imágenes ó cifras, de que se valiéron los pintores de Teutile. Es regular que contuviesen los ritos del abominable culto de su religion.

Alojóse el exército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad. El dia siguiente continuáron los nuestros su marcha, y á pesar de que estaban ya en territorio de Zempoala, no halláron persona de quien tomar lengua, sí solo una soledad sospechosa, que daba que hacer á la admiracion y al cuidado; hasta que al acercarse la noche descubriéron doce Indios, que venian en busca de Cortés con un regalo de bastimentos que le enviaba el Cacique, pidiéndole no dexase de llegar á su pueblo, que no distaba sino un sol (que en su lengua era lo mismo que un dia de camino), donde tenia prevenido alojamiento y regalo para él y su gente. Admitió Cortés el ofrecimiento, y despachó con regalos á seis de los Indios, que-

dándose con los otros seis para que le guiasen. Aquella noche se hizo alto en un lugar de corta vecindad, cuyos moradores anduviéron solícitos en el hospedage de los Españoles. Movióse por la mañana el exército, y al declinar el dia, estando ya á la vista el pueblo, residencia del Cacique, acudiéron veinte Indios á recibir á Cortés, y hechas sus ceremonias, dixéron, que no salia con ellos su amo por estar impedido, y los enviaba para que cumpliesen por él, quedando con vivos deseos de conocer á huéspedes tan valerosos.

Era el lugar de grande poblacion y tan hermosa vista, que algunos de los soldados de la vanguardia retrocedièron aceleradamente, diciendo á voces, que las paredes eran todas de plata.

ALGUNOS. ¡Jesus, quántas riquezas!

EL PADRE. Pero no habia tal, sino que los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal tan blanca y resplandeciente, que con los reflexos del sol podian causar fácilmente este engaño, y mas en hom-

bres que noche y dia estaban soñando con oro y plata.

Ocupaba las plazas y calles innumerable gentio, que concurrió á ver la entrada de los Españoles, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni se oia otro rumor que el de la muchedumbre. Llegados á la habitacion del Cacique, salió este en persona, y entonces se advirtió que su impedimento era una gordura monstruosa, que le embarazaba en términos, que para caminar tenia que apoyarse en los brazos de algunos Indios nobles, que le daban todo el movimiento. Semejante deformidad, y su imposibilidad de poderse valer en nada, presentaban un objeto tan extravagante, que Cortés tuvo mucho que hacer para reprimir la risa de los soldados, y contenerse él mismo en los términos de la gravedad. Por lo demas su trage era magnífico, consistiendo en una manta de finísimo algodon, salpicada con joyas de mucho precio, de las quales traia tambien empedrados los labios y las orejas.

En nada concordáron con su ridícula figura las primeras pláticas que tuvo con Cortés al recibirle en los brazos: manifestó al contrario mucha penetracion y buen juicio; y despues de unos cumplimientos muy discretos, acabó con suplicar á su huésped qué se retirase á descansar, que despues le visitaria en su alojamiento, para que tratasen mas despacio de los intereses comunes.

En la conferencia que luego tuvo Cortés con él, le dió á entender de propósito, que uno de los fines, por los quales le habia enviado el grande Emperador de Oriente, era el de deshacer agravios, y destruir toda tiranía en aquella parte del mundo; punto que tocado tan advertidamente, infundió ánimo al Cacique para publicar sus quejas contra Motezuma, diciendo que era un tirano cruel y sanguinario, cuyo yugo insoportable deseaban sacudir él y otros vasallos; y se conmovió tanto en la relacion de sus males, que la acompañó con lágrimas.

Consolóle Cortés, prometiéndole su proteccion, y añadió que poco temia las fuerzas de Motezuma, porque las suyas tenian al Cielo de su parte, y natural predominio contra los tiranos.

El dia siguiente prosiguió el exército su marcha hácia Quiabislan, sitio que Cortés habia elegido para sentar la nueva poblacion. Caminaron por una tierra fértil y deliciosa, y al caer el sol descubriéron el pueblo, situado sobre una eminencia de peñascos. Ocupáronlo la mañana siguiente, sin hallar en él persona alguna, hasta que al llegar á una plaza, en que habia unos quantos adoratorios, le saliéron al encuentro catorce ó quince Indios, que despues de muchas reverencias y acatamientos, diéron á entender, que aunque su Cacique y los vecinos se habian retirado, no pondrian dificultad en volver, si se les aseguraba que no recibirian ningun daño. Prometióselo así Cortés, acompañando las promesas con dádivas; y con esta seguridad no tardáron en volver los habitantes, que

el temor habia ahuyentado.

Entró poco despues el Cacique, trayendo al de Zempoala por padrino, y los dos venian en andas ó literas sobre hombros de Indios. A pocas palabras se introduxéron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con las mayores demostraciones de dolor sus tiranías y crueldades. Oyó Cortés con nueva complacencia estos repetidos lamentos, y procuró alentar á los Caciques, prometiéndoles su proteccion y asistencia.

Estando en estas pláticas, entráron algunos Indios sobresaltados, y allegándose á los dos Caciques, les habláron al oido, poniéndolos en tanta confusion con lo que les dixéron, que sin concluir la conferencia ni despedirse, se marcháron apresuradamente. Mandó Cortés que los siguiesen para penetrar la causa de tan repentina turbacion, y no tardó en averiguarla; porque se viéron venir seis recaudadores de Motezuma con mucha pompa y numerosa comitiva de esclavos, algu-

nos de los quales los defendian de los rigores del sol con quitasoles de plumas. Pasáron delante de Cortés y de los demas Capitanes, manifestando indignacion y desprecio; y esta falta de urbanidad irritó de tal suerte á los Españoles, que sin duda partieran á castigarla, si él no los reprimiera, limitándose á enviar á Doña Marina, para que se informase de lo que obraban.

Entendióse por este medio, que habian mandado comparecer delante de ellos á los dos Caciques, á quienes reprehendiéron severamente, por haber admitido en sus pueblos á una gente forastera, enemiga de su Soberano, exîgiendo que en satisfaccion de semejante delito pagasen, ademas del tributo ordinario, veinte Indios para sacrificar á sus dioses.

Desagradó en extremo á Cortés semejante violencia; pero reprimiendo prudentemente la cólera, se contentó con llamar á los dos Caciques, ordenándoles, que léjos de executar los pre-

ceptos sanguinarios del tirano, prendiesen á los comisarios, sin dárseles cuidado de las resultas, pues él tomaba á su cargo la defensa de quanto obrasen por su disposicion. Envilecidos los Caciques en la costumbre de sufrir el dolor y respetar el azote, no se determinaban á entrar en execucion tan violenta; pero Cortés reiteró la órden con tanta resolucion, que no se atreviéron á mayor resistencia. Con esto fuéron presos los recaudadores, sin que pareciese que los Españoles tenian parte en aquella prision; y los Caciques ya enardecidos, pasáron entonces ya á otro extremo, tratando de sacrificar á los Mexicanos encarcelados, en lugar de los veinte Indios que pedia Motezuma. Opúsose Cortés á semejante atrocidad, y dispuso que los presos quedasen baxo la custodia de sus mismos soldados.

Deseando evitar en quanto fuese posible un rompimiento manifiesto con el poderoso Motezuma, le sugirió su ingenio el arbitrio de hacerse un méri-

to con aquel Monarca, y persuadirle á que él no tenia parte alguna en aquel desacato. Con este objeto mandó á la media noche que le traxesen dos de los prisioneros con todo recato, y recibiéndolos benignamente, les dixo, que los llamaba para ponerlos en libertad, encargándoles que asegurasen á su Príncipe, que procuraria enviarle luego los otros que permanecian en poder de los Caciques: hizo despues que los pusiesen en salvo, y el dia siguiente esparció la voz de que se habian escapado.

Entretanto, atraidos de la fama de los Españoles, acudiéron otros Caciques de la serranía inmediata, Xefes de varias tribus de Indios, que todos en comun se llamaban Totonaques; y con las formalidades que se les propuso hiciéron alianza con Cortés, apartándose de la obediencia de Motezuma, y reconociendo por Soberano y Señor al Rey de España.

Hecho este género de confederacion, trató Hernan Cortés de dar asien-

to á la colonia, que hasta entonces se movia con el exército, y eligió un sitio llano entre el mar y Quiabislan, á media legua de esta poblacion, convidando para ello la tierra con su fertilidad y abundancia de aguas y árboles. Dexósele el antiguo nombre de Villarica de la Veracruz, aunque en el dia suele llamarse solamente Veracruz. Antes de que pasemos adelante, observad otra vez el mapa, para imponeros mejor en la situacion de este pueblo.

Dióse principio á la obra, asistiendo todos los Españoles, sin excepcion de personas, con la mano y el hombro á la construccion de las murallas y de los edificios de la nueva poblacion; y el mismo Hernan Cortés, para animar con su exemplo á los soldados, trabajaba como ellos en las tareas ordinarias de albañilería. De esta conformidad se adelantáron las obras con una rapidez increible, y en breve tiempo quedó concluido el recinto de la plaza, que en aquella tierra se llamó con alguna

propiedad fortaleza, por ser bastante para resistir á las armas y máquinas de guerra de los Indios.

En este intermedio llegáron á la capital los dos recaudadores, puestos en libertad por Cortés, y encarecié-ron tanto el beneficio que suponian haber recibido, que Motezuma, no solo mitigó la cólera, mandando suspender la órden que en el primer ímpetu habia dado, de que se juntase un exército numeroso para exterminar á los Europeos, y á los Indios sus partidarios, sino que inclinándole el mismo temor á la prudencia, determinó volver á tentar el camino del ruego y de la dulzura, para deshacerse de aquellos importunos y terribles extrangeros.

Dispuso pues una nueva embaxada con regalos de mucho valor, encargándosela á dos mancebos de poca edad, sobrinos suyos, que asistidos de quatro Caciques ancianos, llegáron al acampamento de los Españoles, quando ya se estaba concluyendo la nueva

poblacion y fortaleza de la Veracruz. Desempeñáron su comision, entregando el magnífico presente, dando gracias al General por la atencion con que habia tratado á los ministros del Emperador, y suplicándole encarecidamente que se ausentase de sus estados, insistiendo sobre todo en que no tratase de pasar á la corte, por ser grandes los peligros y estorbos de aquella jornada. Recibió Hernan Cortés la embaxada con demostraciones de aprecio, y ántes de dar su respuesta, mandó que entrasen los quatro ministros presos, á quienes puso en libertad, contestando luego á los embaxadores por medio de Marina en esta substancia: que sentia el desayre hecho al grande Emperador Motezuma con la prision de sus comisionados, aunque pudiera disculparle el exceso de los mismos comisionados, que no contentos con los tributos ordinarios, pidiéron, sin duda sin consentimiento suyo, veinte Indios para sacrificarlos á sus dioses; pretension

inhumana, y abuso que no podian tolerar los Españoles, por ser hijos de otra religion mas amiga de la piedad y de la naturaleza: que el error de los Caciques quedaba enmendado con la restitucion de aquellos ministros, y que como él se hallaba obligado á mirar por el bien de sus aliados, suplicaba al Emperador se dignase perdonar al Cacique de Zempoala y al de Quiabislan, á los quales no podia negar su proteccion, porque le admitiéron y albergáron en sus tierras quando los Gobernadores Teutile y Pilpatoe le abandonáron desabridamente, faltando á la hospitalidad y al derecho de gentes: que por lo tocante á su partida, ya habia hecho saber al Emperador, que un encargo de grande importancia le precisaba á no regresar á su patria, sin lograr antes una conferencia con él, mayormente quando los Españoles, lejos de conocer el temor, se encendian con los impedimentos, y buscaban la gloria entre las dificultades.

Admirados quedáron los embaxadores de la serenidad y el tono magestuoso con que dió Cortés su respuesta, y partiéron asombrados de tanta entereza, decayendo en su interior la ciega veneracion que tenian á Motezuma, á quien hiciéron una relacion exâcta de lo que habian visto y oido.

Entretanto, hallándose ya la nueva poblacion en estado de defensa, pensaba Cortés seriamente en pasar á la capital, como se habia propuesto. Y aunque parecia que la fortuna se habia declarado por él, en poco estuvo que un contratiempo desbaratase sus vastos designios. Supo que en un adoratorio se iba á celebrar un sacrificio de sangre humana; y cesando á vista de mayor causa los motivos que le obligaban á conservar aquellos confederados, se irritó tanto de que casi en su misma presencia se cometiese tan inhumana crueldad, que con su gente armada marchó al adoratorio en compañía de los Caciques y señores

principales, amenazando meterlo todo á sangre y fuego, si al punto no desistian del bárbaro intento, y los mismos sacerdotes no derribaban los ídolos de tan detestable culto. Echáronse á sus pies aquellos inmundos ministros, dando grandes alharidos; mas no hubo remedio, porque viendo Cortés que se resistian á executar sus órdenes, mandó á sus soldados que lo hiciesen. Los sacerdotes entónces llamáron á las armas, y en breve tiempo se viéron Cortés y su gente cercados de un número tan grande de Indios armados, que hubiera perdido el ánimo el hombre mas atrevido; pero Cortés, sin turbarse, mandó que Doña Marina les dixese en voz alta, que á la primera flecha que disparasen haria degollar al Cacique y á los demas Zempoales que tenia en su poder, y despues daria permiso á sus soldados para que castigasen á sangre y fuego aquel atrevimiento. Corriéron los Españoles á executar las órdenes de su General, y en un instante se viéron rodar desde lo alto de

las gradas; y llegar al suelo, hechos pedazos, el ídolo principal y sus colaterales, acompañados de sus mismas aras, y de los instrumentos detestables de su culto. Dispuso luego Cortés que se limpiase el templo, borrando las manchas de sangre humana, que se conservaban como adorno; y en lugar de los ídolos, se colocó una imagen de nuestra Señora.

Fue grande la conmocion y el asombro de los Indios: mirábanse unos á otros, aguardando por momentos, que baxase fuego del cielo á vengar semejante desacato; pero como fuese vana su expectacion, y los destructores del templo se mantuviesen ilesos y triunfantes, principiáron á vacilar en su creencia, y á fuerza de reflexîonar sobre ello, llegáron á persuadirse de que los mismos Españoles tenian algun género de divinidad, que los constituia superiores á sus dioses. Alentados con esto, tomáron el partido de los mas fuertes, y recogiendo los fragmentos de aquellos ídolos, á quienes

antes habian reputado por inviolables, los arrojáron al fuego con el mayor desprecio. Convirtióse el adoratorio en templo de María Santísima, y aquel mismo dia se celebró el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fue posible, á vista de muchos Indios, que asistiéron á la novedad, mas admirados que atentos, aunque algunos doblaban la rodilla, y procuraban remedar la devocion de los Españoles.

NICOLAS. Papá, ya veo que es fácil adivinar los motivos, por los quales Dios permitió la destruccion del imperio de México.

EL PADRE. ¿Y quáles juzgas que pudiéron ser?

NICOLAS. La extincion de un culto religioso tan abominable. Sin duda Dios por abolir los detestales sacrificios de sangre humana, que celebraban continuamente los Mexicanos, é introducir en aquel reyno su santa ley, permitió que los Españoles le conquistasen.

EL PADRE. Me parece que no vas

descaminado; y aunque pueda haber otras razones, que nosotros ahora no alcanzamos, siempre debemos creer que Dios en esto obró, como en todo lo demas, por motivos sumamente sabios y buenos.

No bien habia salido Cortés del peligro en que le puso su zelo religioso, quando ya se estaba formando contra él otra tempestad, cuyas resultas no le hubieran sido menos funestas. Cansados algunos soldados, y marineros de ir vagando de una á otra parte, y amedrentados al contemplar los riesgos que correrian para llegar á México, fraguáron una conspiracion contra su xefe, en la qual tratáron de apoderarse de un navío, y huir á la isla de Cuba, para dar noticias de Cortés al Gobernador Velazquez. Por fortuna se descubrió la trama antes que tuviese efecto; y presos los conjurados, se dió á los principales motores el castigo que merecian. Con todo, conociendo Cortés que no bastaba esto para evitar que en adelante hubiese

nuevas sediciones en su corto exército, reflexîonó largo tiempo sobre el modo de cortar de raiz semejante inconveniente, y le ocurrió uno, que aunque á la verdad parecia muy seguro, era al mismo tiempo tan peligroso, que qualquiera otro que no hubiese tenido un valor y un corazon igual al suyo, se hubiera estremecido solo con idearle. Tenia yo ánimo de que le adivináseis vosotros; pero me hago cargo de que os devanaríais los sesos inútilmente; pues aunque ya habeis tenido ocasion de conocer á Cortés por un hombre valeroso y resuelto en extremo, jamas os imaginaríais que su intrepidez llegase á términos de privarse con toda premeditacion él mismo y su gente de la esperanza de retroceder, y constituirse en la forzosa necesidad de conquistar el imperio de México, ó de perecer; y este justamente era el gran designio que revolvia en su cabeza. Determinó pues destruir todas las naves, á fin de que aun los mas cobardes se convenciesen de que no

quedándoles ya ningun medio de fuga, era indispensable vencer ó morir.

Pero así como era menester un valor extraordinario para concebir un designio de esta naturaleza, no se necesitaba menos destreza para hacer que lograse la aprobacion del exército. Cortés reunia en sumo grado estas dos calidades, propias de almas grandes, de suerte que lo que resolvia su valor, lo executaba felizmente su prudencia. Principió pues con mandar que se sacasen á tierra el velámen, las xarcias y tablazon que podia ser de servicio: luego dispuso con maña, que exâminando los calafates y carpinteros los cascos de los navíos, declarasen hallarse en tan mal estado, que contemplaban imposible su compostura; y con esta declaracion supo enardecer de tal manera á los soldados, que ellos mismos corriéron espontáneamente á deshacer la armada, único recurso en caso de algun descalabro. Reserváronse solo las lanchas para el uso de la pesca,

y otro buque mayor para el fin que voy á exponeros.

Cortés, como ya hemos visto, habia sido confirmado en su empleo de General por el ayuntamiento, que él habia creado; pero esto en la realidad no significaba otra cosa, sino que él mismo habia autorizado semejante confirmacion. Deseando pues que su autoridad tuviese cimientos mas sólidos, resolvió despachar un navío en derechura á España, solicitando que la corte aprobase sus anteriores operaciones, y le concediese la Capitanía general, sin dependencia de Diego Velazquez, así de la nueva poblacion como del imperio, que trataba de conquistar. No ignoraba que uno de los medios mas eficaces para el logro de su pretension era el enviar muestras de las inmensas riquezas de aquella tierra; pero para que pudiesen merecer la atencion de la corte, era necesario juntar todos los regalos enviados por Motezuma, lo qual no podia verificarse, sin que los oficiales, soldados y marineros consin-

tiesen en ceder la parte que les tocaba. A la verdad el pretenderlo era casi pensar en lo imposible; sin embargo, Cortés se aventuró á ello, y lo que hay mas que admirar es que consiguió su intento. Todos entregáron voluntariamente la parte que les habia cabido, para obtener el permiso de exponer sus vidas á los innumerables peligros de aquella arriesgada empresa: acontecimiento, que si se considera la codicia de los soldados, sin duda tiene pocos iguales en la historia, y que al mismo tiempo manifiesta quan grande era el ascendiente de Cortés sobre sus tropas.

Practicada esta diligencia, trató inmediatamente de la partida. Juntó su exército en Zempoala, el qual constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dexando ciento y cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en Veracruz, y por su Gobernador al Capitan Juan de Escalante, soldado de valor, muy diligente, y de su confianza. Ofrecíronle los Caciques aliados todas sus

tropas como auxiliares; pero Cortés se contentó con quatrocientos hombres, y doscientos Indios de carga para el bagage; porque como en aquel pais no se conocia ningun género de caballería, servia para transportar las cosas de un parage á otro cierta clase de Indios, á quienes llamaban tamenes. Llevóse tambien quarenta ó cincuenta señores principales, á los quales, aunque en apariencia admitió como soldados, los consideraba en su interior como rehenes, fundando en ellos la seguridad de los Españoles que dexaba atras.

Aquí empieza ya la gran jornada de México: sigamos á nuestros atrevidos aventureros, para ver en lo que paran; mas antes conviene que tomemos aliento, porque mis pulmones necesitan de algun descanso. Basta pues por hoy; mañana continuarémos.

Prorumpiéron los niños en sus acostumbradas voces de aplauso, y de esta suerte se acabó la relacion de aquel dia.

RELACION XXVI.

EL PADRE. Partió de Zempoala el exército español el diez y seis de Agosto del año de mil quinientos diez y nueve, y ninguna cosa notable le sucedió en los primeros dias de marcha; porque como los habitantes de las tierras por donde transitaban eran todos de una misma confederacion, miraban á los Españoles como aliados, y por consiguiente los recibian con muestras de amistad, suministrándoles víveres en abundancia. De esta manera llegáron hasta las fronteras de Tlascala, donde es necesario que nos detengamos con ellos algun tiempo, durante el qual exâminarémos en nuestro mapa la situacion de esta provincia.

Tenia el territorio de Tlascala como unas cincuenta leguas de circunferencia; tierra montuosa y desigual, interrumpida de freqüentes collados, hijos al parecer de aquella larga cadena de cerros, que en el dia se llama la

gran cordillera de los Andes, que segun creen algunos atraviesa toda la América, y cuyas montañas se reputan por las mas altas del mundo.

Los habitantes de ellas se distinguian de los demas Americanos por una intrepidez extraordinaria, y una suma inclinacion á la independencia. Habian sacudido el yugo de los Mexicanos, y ya desde largo tiempo formaban una República formidable. Cada partido ó distrito en que estaba dividido el pais, nombraba uno de sus Magnates para que residiese en Tlascala, la capital de la República, donde todos juntos componian un Senado, en el qual residia el poder legislativo de la nacion; de suerte que su gobierno era Aristocrático. Ya supongo que tú, Fernando, sabrás lo que quiere decir eso.

FERNANDO. Sí señor: Gobierno aristocrático llamamos aquel en que el poder se halla en las manos de los principales.

EL PADRE. Con efecto; y este qui-

zá es el único exemplo de una perfecta aristocracia entre pueblos, que atendida la rudeza de sus costumbres, podian muy bien colocarse todavía en la clase de los salvages.

Caracterizaban á esta temible aunque pequeña nacion la intrepidez, el valor, la independencia, y una extremada propension á la venganza. No menos inútiles habian sido los esfuerzos de Motezuma por sujetarla, que las tramas de algunos ambiciosos entre ellos, que intentáron alzarse con el mando: de conformidad, que resistiendo valerosamente á los unos, y desbaratando las otras, habia sido hasta entonces invencible.

Contemplando Cortés quan útil le sería contar entre sus aliados á una nacion tan apreciable y valiente, apenas llegó á sus fronteras, quando trató de enviar á Tlascala una embaxada de paz, al estilo de los Indios, y con todas las ceremonias que usaban aquellos pueblos.

CARLOTA. ¿En qué consistian?

EL PADRE. Voy á deciroslo. Eligió para mensageros á quatro Zempoales, haciéndoles aprender de memoria un eloqüente razonamiento, que compuso de propósito Doña Marina, para que le pronunciasen delante del Senado. Adornáronse luego con el trage de embaxadores, cruzando sobre los hombros una manta de algodon, torcida y anudada por los extremos: llevaban en el brazo izquierdo una pequeña rodela de concha, y en la mano derecha una saeta muy larga con la punta hácia abaxo y las plumas en alto, distinguiéndose por ellas el intento de la embaxada, pues las blancas eran señal de paz, y lo contrario las roxas, que anunciaban la guerra. Con estas insignias partiéron seguros de que serian conocidos y respetados, siempre que no se apartasen de los caminos reales, porque si los hallaban fuera de ellos, perdian la inmunidad de embaxadores, cuyos fueros tenian por sacrosantos los Indios, confirmando esta costumbre con una expresion, equivalente á lo

que nosotros llamamos derecho de gentes.

Llegados los quatro Zempoales á Tlascala, fuéron recibidos como correspondia á su ministerio: se les dió alojamiento, y el dia siguiente fuéron presentados al Consejo, convocado ya para oir sus proposiciones. Estaban los Consejeros ó Senadores sentados por su antigüedad sobre unos banquillos baxos, llamados yopales, de maderas extraordinarias, y hechos de una sola pieza; de los quales se levantáron un poco con muestras de moderado agasajo al ver á los embaxadores, quienes por su parte entráron con las flechas en alto, y las cabezas cubiertas con sus mantas: ceremonia que entre aquella gente era la de mayor sumision. Hecho el acatamiento al Senado, se adelantáron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusiéron de rodillas, y sin levantar los ojos esperáron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el mas antiguo que dixesen á lo que iban; y entonces to-

mando asiento sobre sus mismas piernas, dió principio el mas despejado de ellos á su oracion en estos términos.

„ Noble República, valientes y „ poderosos Tlascaltecas: el Señor de „ Zempoala, y los Caciques de la ser„ranía, vuestros amigos y confedera„dos, os envian salud; y deseando la „ abundancia de vuestras cosechas, y „ la muerte de vuestros enemigos, os „ participan como de las regiones del „ oriente han llegado á sus tierras unos „ hombres invencibles, que parecen „ deidades, porque navegan sobre „ grandes palacios, y manejan los true„nos y los rayos. Son ministros de un „ Dios superior á los nuestros, al qual „ ofenden las tiranías y los sacrificios „ de sangre humana. Su Capitan es „ embaxador de un Príncipe muy po„deroso, que estimulado de su reli„gion, desea remediar los abusos de „ nuestra tierra, y reprimir las vio„lencias de Motezuma. Habiendo ya „ redimido á nuestras provincias de la „ opresion en que las tenia, se ve pre-

„ cisado á seguir por vuestra Repú-
„ blica el camino de México, y quie-
„ re saber en qué os tiene ofendido
„ aquel tirano, para tomar por suya
„ vuestra causa, y ponerla entre las
„ demas que justifican su demanda.
„ Con esta noticia pues de sus desig-
„ nios, y con esta experiencia de su
„ benignidad, nos hemos adelantado á
„ pediros y amonestaros de parte de
„ nuestros Caciques y toda su confe-
„ deracion, que admitais á estos ex-
„ trangeros como á bienhechores y
„ aliados de vuestros aliados. Y de
„ parte de su Capitan os hacemos sa-
„ ber que viene de paz, y solo pre-
„ tende que le concedais el paso por
„ vuestras tierras, teniendo entendido
„ que desea vuestro bien, y que sus
„ armas son instrumentos de la justicia
„ y de la razon, benignas por su propia
„ naturaleza, y rigurosas solo con el
„ delito y la provocacion." Dicho esto, se levantáron los quatro sobre las rodillas, y haciendo una profunda humillacion al Senado, se volviéron á

sentar como estaban para esperar la respuesta. Conferenciáron entre sí brevemente los Senadores, y uno de ellos se la dió en nombre de todos, diciéndoles, que por entonces agradecian la buena voluntad de sus confederados; pero que exîgiendo mayor deliberacion la solicitud del Capitan de los extrangeros, la exâminarian con madurez, y luego responderian definitivamente. Con esto se retiráron los embaxadores, y el Senado se encerró, para discurrir sobre las dificultades ó conveniencias de aquella demanda.

Desde luego fuéron discordes los pareceres: unos estaban por la paz, otros por la guerra. Sostenia y acaudillaba á estos últimos uno de los Senadores, llamado Xicotencal, jóven de grande espíritu, que por su talento y hazañas ocupaba el puesto de General de las armas, pero demasiado solícito quando se trataba de sacar la espada. Sin embargo, al cabo de varios debates prevaleció su dictámen, y se acordó que con supuestos pretextos fuesen

detenidos los embaxadores, mientras saliese el mismo Xicotencal con gente armada á hacer experiencia del valor de los extrangeros, suponiendo que si los venciese, quedaria Tlascala con perpetua gloria, y por lo contrario, si fuese vencido, se echaria la culpa de aquel arrojo á los Otomies, pueblos bárbaros entre los mismos bárbaros, y dependientes de la República.

Pasáronse de esta manera ocho dias; y principiando ya la tardanza de los enviados á infundir rezelo en los Españoles, Cortés con el acuerdo de sus Capitanes, y parecer de los Xefes Zempoales, resolvió pasar adelante, para averiguar mejor los intentos de los Tlascaltecas.

Con efecto, se puso el exército en marcha con todas las precauciones correspondientes, y caminando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco mas de dos leguas, se encontró un gran muro, que corriendo desde el un monte al otro, cerraba enteramente el ca-

mino, dexando solo una entrada angosta y tortuosa, formada por el mismo muro, el qual se dividia por aquella parte en dos paredes, que se cruzaban circularmente por el trecho de unos quarenta pasos; por manera que quando hubiese habido quien le defendiese, les habria costado mucho á los nuestros el expugnarle.

Pasó la gente al otro lado sin desórden ni dificultad, y á corta distancia se encontró con un cuerpo de naturales, armados, que intentáron impedirle el paso. Fue necesario llegar á las manos, y en la refriega perdiéron los Indios muchísima gente, al paso que los Españoles, resguardados por sus escaupiles (arma defensiva de que os he hablado antes) tuviéron solamente dos soldados y cinco caballos heridos, á pesar de que el número de los enemigos era diez veces mayor que el suyo, pues pasaba de cinco mil hombres.

Conseguida esta victoria, se internó Cortés en el pais; y el dia siguien-

te llegáron dos de los mensageros enviados á Tlascala. Venian acompañados de otros de la República, los quales manifestáron gran sentimiento por lo que habia sucedido el dia anterior, imputando aquella imprudencia á la ferocidad de los Otomies: añadiéron que se alegraban que muchos de ellos hubiesen pagado con la vida la pena que merecian, y concluyéron, diciendo que la República deseaba la amistad de los Españoles.

Aunque Hernan Cortés recibió con muestras de agradecimiento las amistosas expresiones de los Tlascaltecas, no dexó de conocer la falsedad de aquel mensage, cuya malicia no tardó en descubrirse. En efecto, al otro dia, prosiguiendo el exército su marcha, llegáron, llorando y maltratados, los otros dos mensageros, y echándose al suelo, se abrazáron á los pies de Cortés, diciéndole como los pérfidos Tlascaltecas, violando el sagrado derecho de gentes, los habian preso para degollarlos sobre las aras de sus dioses;

pero que ellos aquella misma noche habian encontrado el medio de escaparse, y que sabian de cierto que la intencion de aquellos perversos era sacrificar igualmente á todos los Españoles.

Comprehendió Cortés por esta instruccion y el concurso de otras circunstancias el partido que debia tomar, y de consiguiente resolvió buscar al enemigo, exponiéndose valerosamente al riesgo de semejante empresa. Con este fin prosiguió avanzando, y aun no habria andado media legua, quando se vió cercado de un número inmenso de Tlascaltecas, y otros pueblos de aquella confederacion, que todos venian mandados por el atrevido Xicotencal. Dióse la batalla, que fue de las mas reñidas, y poco faltó que un accidente de ninguna entidad causase la ruina de todo el exército español. Un cierto Pedro de Moron, que iba en una yegua de mucha velocidad, se empeñó tanto en el combate, que se separó del resto de la gente; y

viéndole solo algunos de los Tlascaltecas, cerráron con él en términos, que ademas de herirle en muchas partes, le hiciéron prisionero. Y sin embargo de que fue socorrido brevemente por otros caballeros, que consiguiéron su libertad, no se pudo evitar que los Indios matasen la yegua, á la qual cortáron la cabeza (segun dicen de una sola cuchillada), y puesta en la punta de una lanza, la lleváron como en triunfo por todo el exército, para manifestar que aquel monstruo no era invencible, como se lo habian figurado.

Infundió este accidente tal valor en los enemigos, que ya los nuestros, fatigados de la batalla, principiaban á desmayar, temiendo ser derrotados completamente; quando cesáron de improviso los gritos de los Indios, y cayendo sobre aquella muchedumbre un repentino silencio, se oyéron solamente sus atabalillos y bocinas tocar la retirada, la que executáron en breve tiempo, dexando la campaña á los Es-

pañoles, quienes admirados, no comprehendiéron la causa de tan inesperada y favorable novedad.

MATIAS. ¿Y en qué consistiria eso?

EL PADRE. En que habiendo muerto, segun lo que luego se supo por los prisioneros, la mayor parte de los Capitanes enemigos, eran necesarias varias formalidades para nombrar á otros que ocupasen sus puestos, y Xicotencal no se atrevió á dirigir tanta gente sin xefes que le ayudasen. Por otra parte, miraban ya la cabeza de la yegua como una prueba incontrastable de la victoria: el mismo Xicotencal la llevaba delante de sí, y luego la remitió á Tlascala, haciendo presente al Senado de aquel formidable despojo de guerra, que causó á todos grande admiracion, y fue despues sacrificada en uno de sus templos con extraordinaria solemnidad.

Tomó Cortés una situacion ventajosa; se fortificó en ella lo mejor que pudo, y luego trató otra vez de reducir amigablemente á los Tlascalte-

cas. Con este fin envió á su General algunos prisioneros, para que le persuadiesen á la paz, amenazándole con su total exterminio, en caso de que se mantuviese obstinado en hacer resistencia. Partiéron los Indios bien impuestos en el mensage, ofreciendo volver con la respuesta; y efectivamente lo executáron al cabo de pocas horas; pero viniéron sangrientos y maltratados, porque Xicotencal mandó castigar en ellos el atrevimiento de llevarle semejante proposicion, y no los hizo matar, porque volviesen heridos á los ojos de Cortés, y le dixesen de su parte, que al rayar el dia iria á buscarle con un exército formidable, pues era su ánimo prenderle vivo con todos los suyos, y degollarlos luego sobre las aras de sus dioses.

A la verdad la embaxada no era nada halagüeña; pero iba acompañada de cierta circunstancia, que en algun modo podia templar la aspereza de sus expresiones, porque Xicotencal envió al mismo tiempo trescientos pa-

vos y otros víveres, para que sus enemigos pudiesen hartarse antes de ser sacrificados.

NICOLAS. ¿Por qué haria eso?

EL PADRE. Para que sus carnes, con las quales contaba dar un gran banquete, supiesen mejor. Riéronse los Españoles de semejante baladronada, y se regaláron muy bien, á fin de adquirir nuevas fuerzas para el combate del dia siguiente. Cumplió Xicotencal su palabra, y al rayar el dia se presentó con un exército numerosísimo. Empeñóse la batalla con increible tenacidad por ambas partes; y aunque la victoria estuvo algun tiempo indecisa, por fin la táctica y pericia militar de los Europeos sobrepujó al número inmenso de los enemigos y á su obstinada valentía: los Tlascaltecas tuviéron que retirarse, dexando á los Españoles dueños del campo de batalla. No bastó esta tercera derrota para abatir el orgullo de aquellos belicosos republicanos. Sin embargo, esta vez quedáron persuadidos de que los Eu-

ropeos eran todos hechiceros, y que por consiguiente no seria posible vencerlos con los medios ordinarios; pero confiaban en que el arte de sus mismos encantadores llegaria á inutilizar la de sus enemigos.

CARLOTA. ¿Con que tenian hechiceros?

EL PADRE. Tenian ciertos sacerdotes embusteros, que hacian creer al pueblo, que por medio de encantamientos y bruxerías podian saber lo por venir, y obrar cosas sobrenaturales. Consultados estos adivinos ó agoreros, respondiéron que los Españoles eran hijos del sol, quien con su presencia les comunicaba fuerzas superiores á la naturaleza humana; pero que al trasponer este por el occidente, cesaba su influencia, y quedaban aquellos marchitos como la yerba del campo, reduciéndose á los límites de la mortalidad como los demas hombres.

Tuviéron por muy verídica los supersticiosos Tlascaltecas esta absurda respuesta, y determináron inme-

diatamente aprovecharse de aquel importante descubrimiento, acometiendo de noche á los Españoles; mas la precaucion de Cortés era muy grande, para que pudiesen sorprehenderle los ardides de semejante enemigo. Tenia siempre sus centinelas á lo largo, y ponia tal cuidado en que las guardias se hiciesen con todo el rigor militar, que era imposible hallarle desprevenido: por tanto, quando se acercáron los Tlascaltecas, ya los nuestros estaban sobre las armas; y á pesar de que los enemigos embistiéron con el mayor valor y teson, fuéron rechazados tambien entonces con una pérdida considerable.

Aquí fue quando los pobres halláron apurada su sabiduría. Ya todos convenian en que los Españoles eran mas que hombres, porque de otro modo no era fácil comprehender cómo en todas las batallas, en que habian muerto millares de Tlascaltecas, no habia perdido la vida uno de ellos siquiera; pero no alcanzaban á acertar si serian

deidades benéficas ó enemigas. En esta incertidumbre, lo primero que hiciéron fue sacrificar en uno de sus templos á dos ó tres de los principales agoreros, de quienes habian sido engañados, y luego acordáron enviar una émbaxada de paz.

Mientras esto se trataba en el Senado de Tlascala, dispuso Xicotencal repetir el asalto; y para facilitar la empresa, envió al quartel de los Españoles quarenta Indios con víveres, á fin de que observasen la calidad de su fortificacion, y exâminasen por qué parte se podria entrar con mas facilidad. Presentáronse los mensageros con pláticas fingidas de paz, y puestos delante de Cortés, habláron en estos términos: Si sois dioses bravos, aquí teneis quatro esclavas para que comais de ellas; si sois dioses buenos, os ofrecemos incienso y plumas; y si sois hombres, tomad estas aves, pan y frutas para que os alimenteis. Respondióles Cortés, que todos ellos eran hombres mortales; pero que adoraban un

Dios único y verdadero, que los ayudaba, y ayudaria siempre contra sus enemigos: que su deseo era la paz, y que les resultaria mucho daño, si proseguian obstinados en desecharla.

Aunque despedidos con estas palabras, se mantuviéron toda la mañana en el quartel, reconociendo cautelosamente sus murallas, y asomándose por diferentes partes con recatada curiosidad. Advirtiólo uno de los Zempoales, y sospechando que fuesen espías, dió parte de sus rezelos á Cortés, el qual mandó prenderlos al momento, y todos confesáron con poca resistencia, que efectivamente habian sido enviados por su General, para que reconociesen el quartel, pues segun los informes que le llevasen se gobernaria para dar el asalto aquella noche con todas sus fuerzas.

Averiguados de este modo los designios de Xicotencal, previnó Cortés todo lo necesario para la defensa; y luego trató de castigar á los espías, lo que executó en diez y siete de los que

estuviéron mas negativos, mandándoles cortar á unos las manos y á otros los dedos pulgares. Con este escarmiento los envió á su exército, ordenándoles que dixesen de su parte á Xicotencal, que ya le quedaba esperando, y que les habia dexado la vida, para que se aprovechase de las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Causó grande horror en el exército de los Indios semejante espectáculo, y el mismo Xicotencal perdió el ánimo y los brios al ver que se habian descubierto sus designios. Este accidente, y al mismo tiempo un decreto del Senado, por el qual se le quitó el mando, le obligáron á suspender su empresa, y á retirarse á Tlascala.

En esto ya habia dispuesto la Republica su embaxada, que con efecto á los dos dias llegó al campamento de los Españoles. Componíase de quatro de los principales personages, cuyo trage y plumas blancas denotaban la paz: detras de ellos venian sus criados, y despues veinte ó treinta Indios, car-

gados de vituallas. Detenían se de quando en quando, como rezelosos de acercarse, é inclinaban el pecho hasta tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios; y estando mas cerca, subiéron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Introducidos á la presencia de Hernan Cortés, los recibió con afectada severidad, y repitiendo ellos sus reverencias y perfumes, expusiéron, por medio de los intérpretes, su mensage. Imputáron desde luego las hostilidades pasadas á algunos pueblos bárbaros, aliados de la República; ofreciéron la paz en nombre del Senado, de la Nobleza y del pueblo de Tlascala, y concluyéron la arenga, convidando á los nuestros á que pasasen á la capital, donde serian venerados como hijos del sol, y hermanos de sus dioses. Respondióles Cortés con gravedad y tono imperioso, reconviniéndoles por haber desechado la paz con tanta porfia; y despues de haberles afeado su proceder, por el qual no me-

recian que se les perdonase, los despidió, prometiéndoles que olvidaria lo pasado, siempre que ellos diesen pruebas de la sinceridad de sus expresiones.

Apenas se supo en Tlascala esta respuesta, expidio el Senado una órden general, mandando que todos los pueblos inmediatos suministrasen á los extrangeros víveres en abundancia, sin admitir paga alguna, lo que se executó con admirable exâctitud y presteza. Dos dias despues se observó que venia por el camino de Tlascala una numerosa comitiva, y conociendo por el trage de los que la componian, que era una nueva embaxada, se dexó que entrase en el alojamiento, sin manifestar la menor desconfianza.

Venia presidiéndola el mismo Xicotencal en persona, acompañándole cincuenta caballeros de su faccion, magníficamente vestidos. Era de mas que mediana estatura, de buen talle, mas robusto que corpulento; su trage un manto blanco ayrosamente manejado; muchas plumas y algunas joyas,

puestas con elegante simetría: el rostro de poco agradable proporcion, pero que no dexaba de infundir respeto, haciéndose mas reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortés, y hechas sus reverencias, tomó asiento, dixo quien era, y empezó su arenga, confesando que tenia toda la culpa de la guerra pasada, porque se persuadió á que los Españoles eran parciales de Motezuma: que por este motivo iba á ponerse en sus manos, para obligarle con semejante sumision á que perdonase á su República, cuya autoridad traia para solicitar la paz, pidiéndola en nombre del Senado, de la Nobleza y del pueblo de Tlascala, y para suplicarle que honrase luego con su presencia aquella ciudad, donde sería tratado él y todo su exército con amistad y veneracion.

Agradó tanto á Cortés el razonamiento y desahogo de Xicotencal, que no pudo negarse á manifestarle su aprecio; sin embargo, no dexó de vi-

tuperar tambien esta vez con alguna severidad la obstinacion de su República en sostener una guerra injusta; y concluyó asegurándole, que condescendiendo con su instancia, pasaria dentro de pocos dias á Tlascala.

Habia llegado á la sazon otra embaxada de Motezuma con nuevos regalos y nuevas representaciones, acerca del designio de Cortés de ir á Mexico. Parece, no obstante, que el punto principal de aquella comision era por entonces impedir que los Españoles se aliasen con los Tlascaltecas; y con esta mira se extendiéron los embaxadores, ponderando sobremanera la perfidia de aquella nacion; pero Cortés, sin pararse en sus advertencias, les dió á entender que tan poco miedo le causaban las tramas secretas, como las hostilidades manifiestas.

Entretanto, viendo los Tlascaltecas que Cortés tardaba en marchar á su ciudad, infiriéron que los embaxadores de Motezuma habian conseguido infundirle rezelos; y para desvanecer to-

do motivo de desconfianza, acordáron que el Senado entero y los principales fuesen á ofrecerse en rehenes al quartel de los extrangeros. Executóse esto con grande aparato, correspondiendo al asunto el color de los adornos y de las plumas. Venian los Senadores en andas ó sillas portátiles sobre los hombros de ministros inferiores, y en uno de los mejores lugares el padre de Xicotencal, anciano venerable, á quien habian quitado la vista los años, pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavía con la opinion de sabio. Pidió que le acercasen al Capitan de los orientales, á quien abrazó con extraordinario contento; y despues de haberle aplicado por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerle, supliendo con las manos el defecto de los ojos, dió principio á un elegante razonamiento, explicándose, segun uno de nuestros historiadores, poco mas ó menos en estos términos.

„ Ya, valeroso Capitan (seas ó no „ del género mortal), tienes en tu po-

» der al Senado de Tlascala, última
» señal de nuestro rendimiento. No
» venimos á disculpar el yerro de nues-
» tra nacion, sino á tomarle sobre no-
» sotros, fiando á nuestra sinceridad
» tu desenojo. Nuestra fue la resolu-
» cion de la guerra; pero tambien ha
» sido nuestra la determinacion de la
» paz. No ignoramos que Motezuma
» intenta disuadirte de nuestra confe-
» deracion: escúchale como nuestro
» enemigo, si no le considerases como
» tirano, que ya lo parece quien te
» busca para la sinrazon. Nosotros no
» queremos que nos ayudes contra él,
» pues para todo lo que no eres tú,
» nos bastan nuestras fuerzas: solo sen-
» tiremos que fies tu seguridad de sus
» ofertas, porque conocemos sus arti-
» ficios y maquinaciones; y acá en mi
» ceguedad se me ofrecen algunas lu-
» ces, que me descubren desde lejos tu
» peligro. Ya nos ofreciste la paz; si
» no te detiene Motezuma, ¿qué te de-
» tiene? ¿por qué te niegas á nuestras
» instancias? ¿por qué dexas de hon-

„ rar nuestra ciudad con tu presencia? „ Resueltos venimos á conquistar de „ una vez tu voluntad y confianza, ó „ poner en tus manos nuestra libertad: „ elige pues de estos dos partidos el „ que mas te agradare, que para no- „ sotros nada es tercero entre las dos „ fortunas de ser tus amigos ó tus pri- „ sioneros."

¿Quién no hubiera cedido al oir un discurso de esta clase, pronunciado por un anciano como aquel? Cortés no pudo resistirse, y le respondió que los complaceria sin mas detencion que la necesaria para juntar alguna gente, que conduxese la artillería y el bagage. El dia siguiente al amanecer se hallaron á la puerta del quartel quinientos tamenes, tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo. Púsose Cortés en marcha con tanta cautela, y su gente tan bien ordenada, como si tratase de ir á pelear: precaucion que observó siempre aquel prudente Capitan, y que no contribuyó

poco al feliz éxito de sus empresas.

Á manera de triunfo se verificó la entrada de los Españoles en Tlascala el dia 23 de Setiembre de 1519. Era inmenso el concurso de la gente, resonando por todas partes tales aclamaciones y aplausos, que mezclados con la desapacible música de sus flautas y atabalillos, atronaban los oidos en términos, que no era posible entenderse. Arrojaban las mugeres diferentes flores sobre los Españoles, y los sacerdotes, arrastrando las ropas talares de su ministerio, salian á obsequiarlos con el humo de sus braserillos. Dexábanse conocer en el semblante de todos la sinceridad del ánimo, el alborozo y la admiracion. El Senado y los principales del pueblo concurriéron igualmente á dar la bienvenida á sus huéspedes, á quienes apellidaban teules ó dioses, conduciéndolos en derechura al alojamiento que les tenian prevenido, que era la mejor casa de la ciudad, y tan capaz, que consiguió Cortés sin dificultad la conveniencia de tener unida

su gente. Apenas se aposentó en ella, colocó, segun lo acostumbraba, sus guardias y centinelas correspondientes, y continuó siempre con la misma precaucion, no omitiendo tampoco las necesarias quando salia á pasearse por la ciudad. A la verdad no agradaba mucho á los Tlascaltecas semejante cautela, porque la miraban como indicio de poca confianza; pero quando supiéron que aquella era la costumbre de los soldados europeos, quienes aun quando estaban fuera de peligro y en plena paz, continuaban adestrándose en los exercicios de la guerra, á fin de no perder el hábito de manejar las armas quando fuese necesario, no solo se tranquilizáron, sino que les pareció tan útil semejante disposicion, que tuviéron deseos de introducirla en los exércitos de la República.

Conociendo Cortés cada vez mas quan útil podia serle la amistad de aquella nacion, no menos guerrera que generosa, mandó á su gente que se portase con moderacion y justicia, y

se valió de quantos medios supo idear, para mantener en aquellos Indios la confianza y el respeto con que trataban á los Españoles.

Un dia entró en conferencia de religion con uno de los principales de Tlascala, llamado Magiscatzin, procurando persuadirle á que era necesario que abandonasen el culto de sus falsos dioses, y reconociesen y adorasen al Dios único y verdadero de los cristianos; pero Magiscatzin y los demas que le acompañaban respondiéron, que aquel Dios á quien adoraban los Españoles era muy grande, y seria mejor que los suyos; pero que cada uno tenia poder en su tierra, y allí necesitaban de un dios contra los rayos y tempestades, de otro para las avenidas y las mieses, de otro para la guerra, y así de las demas necesidades, porque no era posible que uno solo cuidase de todo. Conociendo Cortés la inutilidad de sus razonamientos, dió lugar para que hablase el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, Religioso Mer-

cenario, que iba en calidad de capellan de aquel exército. Con efecto, hizo el buen Religioso quanto pudo, apuró toda su diligencia y doctrina; no obstante, aunque le escucháron con mucha atencion, apenas acabó su discurso, pidiéron encarecidamente que no saliese de allí la plática de mudar de religion, porque si lo llegaban á entender sus dioses, llamarian las tempestades, y echarian mano de las avenidas para que los aniquilasen.

Desagradó tanto á Hernan Cortés la ciega obstinacion de aquellos Indios, que arrebatado de su zelo religioso, pensaba ya en derribar por fuerza los ídolos, como lo habia executado en Zempoala; pero se opuso el mismo Padre Fray Bartolomé de Olmedo, diciéndole que la religion de Jesucristo no se debia extender á sangre y fuego, sino por medio de blandas amonestaciones y exemplos de integridad y justicia: que mal se componian la violencia y el evangelio, y que él no estaba sin escrúpulo de la

fuerza que se habia hecho á los de Zempoala.

Ahora decidme, niños, ¿os parece á vosotros que estas máxîmas dexan de ser juiciosas y cristianas? Pues luego, ¿cómo podremos leer sin incomodarnos las groseras calumnias de algunos escritores extrangeros, que tienen la osadia de asentar que todos los Españoles que pasáron á América eran unos hombres fanáticos y supersticiosos, que sin penetrar el espiritu del evangelio, creian que no solo era lícito, sino preciso destruir á todos los que no profesaban la religion de Jesucristo, é introducirla por los medios mas violentos? Quando la parcialidad, la malicia ó la envidia dirigen la pluma del historiador, en vez de hallar en sus relaciones una pintura fiel é instructiva de los sucesos pasados, solo se encuentra una caprichosa compilacion de hechos desfigurados, que suelen ser un manantial de preocupaciones y falsas ideas. Con esto basta por ahora: mañana proseguiremos.

RELACION XXVII.

FERNANDO. Hoy sin duda iremos á México, ¿es verdad, papá?

EL PADRE. Puede ser: en fin veremos hasta donde llegamos. Reforzado el exército español con seis mil Tlascaltecas de los mas valientes, estaba ya para ponerse en camino, quando hé aquí que llegan nuevos embaxadores de parte del Emperador Motezuma.

LUISITO. ¡Válgate Dios, quántas embaxadas! ¿Y qué solicitará ahora el Señor Emperador?

FEDERICO. Me parece que volverá á instar para que Cortés no vaya á México.

EL PADRE. No: esta vez las instrucciones de los embaxadores son diferentes. Sin tratar positivamente de si podia ó no podia ir, se ciñéron á suplicarle que tomase el camino por Cholula, en donde de órden del Emperador se le tenia prevenido alojamiento

y víveres para él y toda su gente. Los Tlascaltecas tuviéron por sospechosa semejante proposicion, tanto mas que ya de antemano estaban persuadidos á que Motezuma urdia alguna trama; por lo qual pidiéron encarecidamente á los Españoles, que no se expusiesen al riesgo que podian correr en Cholula.

HENRIQUE. ¿Con que Cholula estaba en el camino de México?

EL PADRE. Sí; pero se podia dexar de pasar por ella, yendo por Guaxocingo, como lo aconsejaban los Tlascaltecas. Observad el mapa; aquí como cosa de una jornada de distancia de Tlascala está Cholula, y allí México.

Agradeció Cortés á sus aliados la buena voluntad que le manifestaban; pero les dió á entender que los soldados españoles no estaban acostumbrados á hurtar el cuerpo á los peligros, por grandes que fuesen: de consiguiente dispuso sin mas dilacion su partida, y marchó en derechura á Cholula.

Recibiéronle los habitantes de aque-

lla ciudad (á lo menos en apariencia) con las mayores demostraciones de amistad y respeto; no obstante, baxo el pretexto de que los Tlascaltecas auxîliares eran enemigos suyos, no permitiéron que entrasen en el pueblo, por cuya razon tuviéron estos que acampar fuera de los muros; y como ya habian aprendido de sus amigos los Europeos el arte de asegurarse con trincheras, fosos y centinelas, no se descuidáron en ponerla en execucion lo mejor que pudiéron.

Los primeros tres ó quatro dias se pasáron en quietud y regocijo; mas luego se fuéron advirtiendo insensiblemente ciertas circunstancias, que parecia que iban confirmando las sospechas de los Tlascaltecas. Principiáron á escasear los víveres, cesó de una vez el agasajo y asistencia de los Caciques; y los embaxadores de Motezuma tenian con ellos y con los sacerdotes freqüentes y recatadas conferencias.

Mientras Cortés procuraba con toda su penetracion y vigilancia indagar

los designios ocultos de los Chulutecas, se descubrió por sí misma la verdad, adelantándose á las diligencias humanas la providencia del Cielo. Estrechó amistad con Doña Marina una India anciana, muger principal; y deseando librar á su amiga de la ruina que aguardaba á los Españoles, la descubrió una terrible conspiracion, tramada contra ellos por sus compatriotas, ofreciéndola un asilo en su casa, y aconsejándola que se separase de los Europeos, cuyo exterminio estaba ya decretado. Doña Marina, como muger que tenia bastante sagacidad, y mucho afecto á los nuestros, se fingió dispuesta á la fuga, y admitió el hospedage con tantas ponderaciones de agradecimiento, que la India, dándose ya por segura, la manifestó todas las circunstancias de la trama, diciéndola, que se acercaba el plazo señalado entre los suyos para destruir á los Españoles: que Motezuma tenia prevenidos á poca distancia veinte mil soldados para acudir quando fuese menes-

ter, y que habian ya entrado en la ciudad á la deshilada seis mil de ellos: que se habia repartido cantidad de armas entre los paisanos: que tenian de repuesto muchas piedras sobre los terrados, y atajadas muchas calles, y en otras abiertas profundas zanjas, en cuyo fondo habian fixado estacas puntiagudas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma tierra, fundada sobre apoyos frágiles, para que cayesen los caballos: que Motezuma trataba de acabar con todos los Españoles; pero encargaba que le llevasen algunos vivos para satisfacer su curiosidad, y al obsequio de sus dioses.

No tardó un punto Doña Marina en dar cuenta de todo á Cortés, el qual sin pérdida de tiempo tomó las providencias necesarias para evitar tan inminente peligro. Llegáron poco despues algunos soldados Tlascaltecas, disfrazados con trage de paisanos, avisando que los de Cholula retiraban á los lugares del contorno su ropa y sus mugeres; señal evidente de que ma-

quinaban alguna traicion. Súpose tambien que aquella mañana se habia celebrado en el templo mayor de la ciudad un sacrificio de diez niños de ambos sexôs; ceremonia de que usaban quando querian emprender algun hecho militar.

Con estas noticias dispuso desde luego Cortés, que se prendiese á la India, y despues mandó venir á dos ó tres de los principales sacerdotes. Fuélos exâminando separadamente, y consiguió que confesasen uniformes el exêcrable designio.

No necesitando ya de mayor comprobacion para verificar el intento de aquella gente, juzgó indispensable hacer un castigo exemplar, para que ni Motezuma, ni sus parciales volviesen á determinarse á formar contra él proyectos de aquella naturaleza. Con este objeto instruyó á sus soldados y á los Zempoales en lo que debian de executar: avisó á los Tlascaltecas, que al primer golpe de arma de fuego que oyesen entrasen en la ciudad, y luego

con diferentes pretextos traxo al quartel á los principales de Cholula. Hecho esto, mandó disparar un arcabuz, con cuya señal se dió principio al castigo que habia meditado.

Inundáron entonces impetuosamente Españoles y Zempoales las calles, y al mismo tiempo entráron los Tlascaltecas, sembrando por todas partes el terror, la desolacion y la muerte. Los habitantes sin caudillos que los dirigiesen, ni podian huir, ni sabian defenderse; y aunque acudió á sostenerlos el refuerzo de Mexicanos que estaba oculto, fue tambien derrotado con poca dificultad; y así estos como los Chulutecas, á quienes no alcanzó el acero enemigo, tuviéron que escaparse á las torres, ó guarecerse en los adoratorios. Dirigióse Cortés contra el mayor de ellos, y mandó á sus intérpretes, que ofreciesen la vida á los que voluntariamente baxasen á rendirse; pero fue tal la obstinacion de aquellos Indios, que solo uno aceptó el partido. La accion, que cometió

entonces Cortés, dexa quejosa la humanidad, y nosotros, horrorizados y compasivos, apartarémos inmediatamente la vista de ella, para no contristar nuestros espíritus con la idea de un espectáculo tan lastimoso. Ordenó que se pusiese fuego al adoratorio, y la turba infeliz de los que le ocupaban fue víctima de las llamas.

Practicóse lo mismo con los demas adoratorios, y en este cruel exercicio se empleáron casi dos dias, durantes los quales continuó la mortandad y el saqueo, executándolo casi todo los Tlascaltecas. En fin, cesó el estrago quando se consideró satisfecha la venganza, saciada la codicia, y consumado el castigo. Dispuso luego Cortés, que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros, así Chulutecas como Mexicanos, á quienes reprehendió su perfidia, doliéndose de que le hubiesen obligado á tan severa determinacion; y despues de ponderar el delito, y asegurar que ya estaba desenojado, mandó pregonar un perdon general,

y pidió á los Caciques que tratasen de que se volviese á poblar la ciudad con los fugitivos, y se restableciese el órden antiguo de las cosas. Con efecto, la veneracion y el respeto que los Españoles infundiéron en los habitantes de Cholula que habian quedado, produxo tambien tal efecto en el ánimo de los ausentes, que en breve tiempo se volvió á poblar la ciudad, y aquel desórden se convirtió de una vez en seguridad y obediencia.

Disponeos ahora, hijos, para marchar á México con ese intrépido y atrevido General, que habeis acompañado hasta aquí; pero antes conviene que presencieis una accion, tan honrosa para su política, como para su humanidad. Antes de partir trató de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascala y Cholula, que hasta entonces habian sido irreconciliables; y como tenia ya tan asentada su autoridad, lo consiguió en breves dias, y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades con las solemnida-

des y ceremonias de su costumbre: cuerda resolucion que ademas de evitar una continua efusion de sangre, le proporcionaba á él mismo incalculables ventajas, pues con esto abria el paso á los de Tlascala, para que pudiesen suministrarle con mas facilidad los socorros de que necesitase, y removia aquel estorbo de su retirada, si el suceso no correspondiese á su esperanza. Este exemplo, hijos mios, os demuestra, que qualquiera buena accion que executamos en beneficio del próximo, raras veces dexa de redundar tambien en nuestro provecho.

Ea pues, ahora vámonos en derechura á México. Haremos nuestra primera parada en una aldea de la provincia de Guaxocingo, donde fuéron recibidos los Españoles con agasajo. El dia siguiente prosiguiéron su marcha por una sierra muy áspera, que comunicaba con una montaña, en que habia un volcan, que con grande admiracion de los Indios reconoció Diego de Ordaz, quando el exército perma-

necia en Tlascala. Iba cuidadoso Cortés, porque uno de los Caciques de Guaxocingo le dixo al partir, que no se fiase de los Mexicanos, pues tenian emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre, y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados el camino real, que baxa desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso, y facilitando el principio de la costa por el parage menos practicable, donde habian aumentado los precipicios naturales, para dexar que se fuese poco á poco empeñando el exército español en la dificultad, y cargarle de improviso. Fuéron venciendo la cumbre, y en lo mas alto halláron poco distantes los dos caminos con las mismas señas que traian; esto es, el uno encubierto y embarazado, y el otro fácil á la vista y recien compuesto. Reconociólos Hernan Cortés, y aunque se irritó al hallar verificada la noticia de aquella nueva traicion, estuvo tan en sí, que sin darse por entendido de cosa alguna, preguntó á los embaxadores

de Motezuma que iban cerca de su persona, ¿por qué razon estaban así aquellos dos caminos? á lo qual respondiéron, que habian hecho allanar el mayor para que pasase su exército, cegando el otro por ser el mas áspero y peligroso; y Cortés con la misma igualdad en la voz y el semblante, mal conoceis, dixo, á los de mi nacion; ese camino que habeis embarazado se ha de seguir, sin otra razon que su misma dificultad, porque los Españoles siempre que tenemos eleccion, nos inclinamos á lo mas dificultoso. De esta suerte frustró aquella nueva traicion de Motezuma, y prosiguió caminando hácia la capital.

Uno de los pueblos principales por donde transitó fue Tezcuco, cuyo Cacique, sobrino de Motezuma, salió de parte de su tio á alguna distancia á obsequiarle, procurando en vano disuadirle de su intento.

Quanto mas Cortés se iba adelantando, tanto mayores motivos encontraba para prometerse que su empresa tendri

un éxito feliz; pues no solo oia por todas partes quejas contra el despotismo de Motezuma, y hallaba Caciques dispuestos á sacudir el yugo de su insoportable tiranía, sino que ya notaba cada vez mas, que aquel débil Monarca habia perdido enteramente el ánimo, porque tan presto enviaba embaxadores, convidándole á pasar á México, tan presto venian otros con órdenes contrarias, mandándole que se detuviese; pero Cortés sin hacer caso ni de los permisos, ni de las prohibiciones continuaba su viage.

Desde Tezcuco pasó á Quitlavaca, y de allí á Iztacpalapa, ciudad de hermosa vista, que ocupaba parte de la laguna en que está situado México, y se dilataba algo mas sobre la ribera, en sitio delicioso y abundante.

FERNANDO. ¿México por ventura está en medio de algun lago?

EL PADRE. Ni mas ni menos que como lo veis aquí en el mapa; y esta laguna, que parece una sola, son dos, separadas por una calzada angosta, con

la particularidad de que el agua de la una es dulce y clara, y la de la otra salobre y turbia: fenómeno, cuya causa aun no está bien averiguada; sin embargo, la opinion de los que hacen consistir esta diferencia en la calidad del terreno salitroso que ocupa la una, parece la mas verosímil.

Admirados y atónitos quedáron los Españoles, quando llegados á Quitlavaca, se ofreció á su vista la asombrosa perspectiva que presentaba la gran laguna de México, interrumpida y hermoseada por varias calzadas y poblaciones, cuyos edificios nadaban al parecer sobre el agua, distinguiéndose con especialidad la vasta capital por la magnificencia de sus altas torres y primorosos capiteles. Parecíales un sueño lo que pasaba por ellos, y causaban tal novedad en sus espíritus la variedad y hermosura de objetos tan extraordinarios, que se les figuraba tener delante de los ojos uno de aquellos paises encantados, que nos pinta la fábula, y cuyos supuestos primores apenas ca-

ben en la imaginacion de los poetas. Desde luego diéron por bien empleados todos los trabajos que hasta entonces habian padecido, contemplándose ya dueños de inmensas riquezas; y en aquel mismo punto perdiéron hasta la idea de aquellos peligros, que antes los habian puesto en la mayor consternacion. Ya estaban dispuestos á emprenderlo todo; y advirtiendo Cortés con especial complacencia la favorable disposicion de sus soldados, no se descuidó en aprovecharla, dirigiéndose con resolucion y confianza por una de las calzadas á la magnífica residencia del gran Motezuma.

A poca distancia de México saliéron á recibir al exército mas de quatro mil caballeros, vestidos con ricas y finas mantas de algodon; y así como iban pasando delante de Cortés, tocaban la tierra con la mano derecha, besándola luego en señal de humillacion y rendimiento. Por ellos se supo que no tardaria en llegar el mismo Emperador en persona; y con efecto, poco despues

principió á dexarse ver la primera comitiva Real, que serian hasta doscientos nobles de su familia, puestos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos del suelo. Luego que llegáron cerca del exército, se fuéron arrimando á las paredes en el mismo órden, y se vió á lo léjos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba entre diferentes labores de pluma sobrepuesta. Seguian el paso de las andas quatro personages de gran suposicion, que le llevaban debaxo de un palio hecho de plumas verdes entretexidas, y dispuestas de manera, que formaban tela con algunos adornos de plata, y poco delante iban tres Magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el Mo-

narca, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle; desacato que se tenia por sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantáron algunos Indios, que alfombráron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que al parecer era indigna de sus huellas. Adelántose Cortés, apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda reverencia al estilo europeo, á que correspondió Motezuma con la ceremonia de mas sumision en aquella tierra, que consistia (como os he referido últimamente) en poner la mano cerca del suelo, y llevarla despues á los labios. Semejante demostracion de rendimiento, tan extraño en aquellos Príncipes, y mucho mas en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, causó no poca novedad entre los Indios, y los confirmó en la opinion de que los Españoles eran teules, que en su idioma significaba lo mismo que dioses.

Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y mientras duraban los primeros cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Agradeció este en extremo el regalo, y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer (entre tanto que llegaban á darse á conocer los demas Capitanes) un collar que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian quatro cangrejos de oro, imitados prolixamente del natural; y él mismo con sus manos se la puso al cuello á Cortés, aumentando con este nuevo agasajo la admiracion y el asombro de sus vasallos.

Tendria Motezuma como unos quarenta años de edad: era de buena

presencia, de mediana estatura, mas delgado que robusto: el rostro aguileño, de color menos obscuro que el natural de aquellos Indios, el cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso: su trage consistia en un manto de sutilísimo algodon, añudado con elegancia sobre los hombros, y cargado de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. Llevaba en la cabeza una corona de oro, hecha á manera de mitra, y por calzado unas suelas tambien de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo, ceñian el pié, y abrazaban parte de la pierna.

Concluidas aquellas mútuas ceremonias de urbanidad, mandó el Emperador á uno de los principales que le servian, que se quedase para acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento, y arrimado á otro, volvió á tomar las andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad con que habia salido.

Entráron los Españoles en México

el dia 8 de Noviembre del año de 1519. Nuestros historiadores ponderan la belleza, órden, y extension de aquella capital, haciendo subir su vecindario hasta sesenta mil familias, repartidas en dos barrios, de los quales se llamaba el uno Tlatelulco, en donde habitaba la gente popular, y el otro México, que por residir en él la corte, dió su nombre á toda la poblacion.

Alojóse el exército en una casa del Emperador, que mandó fabricar Axayaca su padre. Competia en grandeza con el palacio principal, y por sus torreones y paredes gruesas de piedra, tenia cierta apariencia de fortaleza. Algunos escritores sientan que Motezuma se adelantó á esperar en ella á los Españoles, y así que llegáron, tomó de la mano á Cortés, y metiéndole en la sala que le habian prevenido, le dixo: „En vuestra casa estais; comed, „descansad, y regalaos vos y vues„tros hermanos, que luego vuelvo." Lo que no admite duda es, que la primera diligencia de Cortés fue recono-

cerla por todas partes, distribuir cuidadosamente sus guardias, segun lo acostumbraba, colocar la artillería, y fortificar su quartel, encargando á los Oficiales y soldados, que guardasen la misma disciplina y vigilancia que hasta entonces habian observado.

Dexémoslos pues ahora que descansen un poco, conforme la voluntad de Motezuma, y luego pasarémos adelante.

RELACION XXVIII.

EL PADRE. Aquel mismo dia por la tarde pasó el Emperador con mucha pompa y acompañamiento á visitar á nuestro Cortés, que avisado poco antes, salió á recibirle hasta el patio principal con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su quarto, donde le hizo una profunda reverencia, y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortés; hizo seña pa-

ra que se apartasen á la pared los caballeros que estaban cerca de su persona, y Cortés advirtió lo mismo á los capitanes que le asistian. Motezuma entonces, por medio de los intérpretes Doña Marina y Aguilar, dió principio á un elegante discurso, procurando desde luego desvanecer las ideas siniestras, que contra su persona podian haber insinuado á los Españoles sus enemigos. En algunas partes, dixo, os habrán referido que soy uno de los dioses inmortales: en otras, que soy un tirano cruel y soberbio, que aborrezco la piedad y la justicia; pero tan falso es el primer supuesto como el segundo, y la refutacion de uno será bastante para probar la falsedad del otro. Diciendo esto, se desnudó parte del brazo, á fin de que Cortés conociese por su propia experiencia, que era de carne y hueso como los demas hombres, cosa en la qual seguramente jamas puso duda. Continuó luego asegurando que del mismo modo eran falsos los rumo-

res de su tiranía, con que trataban de hacerle aborrecible; y despues de este preámbulo, manifestó su opinion en órden al orígen de los Españoles, y al motivo de su visita, explicándose en esta forma.

„ Corre entre nosotros una tradi-
„ cion sumamente antigua, por la
„ qual sabemos que nuestros antepa-
„ sados viniéron de tierras muy remo-
„ tas á conquistar este pais que ahora
„ está sujeto á mi dominio. Conducía-
„ los el gran Quezalcoal, nuestro as-
„ cendiente, el qual, despues de ha-
„ ber fundado el imperio de México,
„ salió de estas regiones á conquistar
„ nuevas tierras hácia la parte del
„ oriente, y dexó prometido que an-
„ dando el tiempo vendrian otros des-
„ cendientes suyos á moderar nuestras
„ leyes, y á dar nueva forma á nues-
„ tro gobierno. Y porque las señas
„ que traeis conforman con este vati-
„ cinio, y el Príncipe del Oriente,
„ que os envia, manifiesta en vuestras
„ mismas hazañas, que es descendiente

„ de tan ilustre progenitor, tenemos „ ya determinado que se haga en ob- „ sequio suyo todo lo que alcanzaren „ nuestras fuerzas. Me ha parecido „ conveniente poner esto en vuestra „ noticia, para que hableis sin emba- „ razo en sus proposiciones, y atribu- „ yais á tan alto principio estos exce- „ sos de mi humildad."

No es ponderable el gozo que experimentó Cortés al oir noticias tan favorables para sus designios, y tuvo gran cuidado de que su respuesta no excitase la menor duda en el ánimo de Motezuma, acerca de la verdad de aquellos antecedentes. „ Ya se ha cum- „ plido, le dixo, la profecía del gran „ Quezalcoal, y nosotros somos los „ descendientes pronosticados: no obs- „ tante, el poderoso Monarca que me „ envia no quiere acordarse de sus an- „ tiguos derechos á este pais, sino pa- „ ra abrir el comercio entre ambas mo- „ narquías, y conseguir por este me- „ dio vuestro desengaño. En este su- „ puesto solo exîge que por vuestro

» propio interes abandoneis vuestros
» errores, y abraceis la religion verda-
» dera, pues vos y vuestros vasallos
» vivis engañados en la que profe-
» sais, adorando unos leños insensibles,
» obra de vuestras manos, y de la fan-
» tasía de vuestros sacerdotes; porque
» solo hay un Dios verdadero, princi-
» pio eterno de todas las cosas.

» Este Dios único, sin principio ni
» fin, crió de la nada con su infinita
» omnipotencia esa fábrica maravillo-
» sa de los cielos, el sol que nos alum-
» bra, la tierra que nos sustenta, y el
» primer hombre, de quien procede-
» mos todos, con igual obligacion de re-
» conocer y adorar á nuestra primera
» causa. Esto pues es lo que desea de
» vuestra Magestad el Rey mi Señor,
» y esto lo principal que os propone,
» como el medio mas eficaz para que
» pueda estrecharse con durable amis-
» tad la confederacion de ambas co-
» ronas."

Oyó Motezuma esta plática con señales de agitacion y desagrado, por-

que reputaba por sacrilegio oir hablar en desprecio de sus dioses; y con mucha dificultad pudo reprimirse, hasta que Cortés acabó su razonamiento, que levantándose entonces con precipitacion, dixo: „ Yo acepto con toda „ gratitud la confederacion y amistad „ que me proponeis del gran descen- „ diente de Quezalcoal; pero todos „ los dioses son buenos, y el vuestro „ puede ser todo lo que decis sin ofen- „ sa de los mios." Con esto puso fin á la conferencia; y despues de haber repartido entre los Españoles varios regalos de consideracion, volvió á su palacio.

El dia siguiente pasó Hernan Cortés á visitarle con toda la pompa posible, llevando consigo á los Capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, y Diego Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion, entre los quales fue Bernal Diaz del Castillo, uno de los historiadores mas fidedignos de esta conquista. La confe-

rencia fue mucho mas larga que la del dia antes. Hizo el Emperador infinitas preguntas, en órden al modo de vivir de los Europeos y á sus costumbres; y como una de las miras principales de Cortés era su conversion, aprovechaba todas las ocasiones para hacer recaer la plática sobre asuntos de religion. Vituperó con especialidad la aborrecible y bárbara costumbre de sacrificar hombres, y comerse sus carnes; y aunque por entonces no pudo convencer á Motezuma de que se debia mirar á los enemigos como hermanos, consiguió por lo menos, que desterrase de su mesa los platos de carne humana.

Por último, trató el Emperador de que los Españoles viesen la magnificencia de sus templos. Llevólos con este fin al mayor que habia en México; y consultados los sacerdotes, no halláron inconveniente en que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba; pero con la condicion de que fuese con el debido co-

medimiento. El mismo Motezuma tomó á su cargo enseñarles quanto habia; explicóles todo; les dixo los nombres de sus ídolos, y les manifestó el género de culto que á cada uno se le daba. Llamaban al principal Viztcilipuztli ó Huchilobos, como le nombraba el vulgo de los Españoles.....

Parecióles tan ridículo á los niños este nombre, que no pudiéron contener la risa al oirle; por cuyo motivo suspendió el padre un breve rato la narracion, y luego continuó de esta manera.

Lo que os ha sucedido á vosotros ahora, les sucedió igualmente á los Españoles, quando Motezuma llegó á exponerles algunos de los absurdos del culto que tributaban á sus dioses los Mexicanos. ¿Os parece pues que hiciéron bien en echarse á reir?

ALGUNOS. No, señor.

EL PADRE. ¿Y por qué?

FEDERICO. Porque irrita y desagrada en extremo ver que se rian de lo que nosotros miramos como cosa gra-

ve y digna de atencion; y el hacerlo, ademas de que indica muy mala crianza, puede acarrear grandes disgustos.

EL PADRE. No se dió Motezuma por entendido de aquella imprudencia; pero se volvió á mirar á los que se reian, como quien deseaba reprimirlos. A cuyo tiempo Hernan Cortés, llevado del zelo que ardia en su corazon, le dixo: Permitidme, Señor, fixar una cruz delante de esas imágenes del demonio, y vereis si merecen adoracion ó menosprecio. Enfurecióronse los sacerdotes al oir semejante proposicion, y Motezuma quedó confuso y mortificado; sin embargo, volviendo sobre sí, pudierais, respondió, conceder á este lugar las atenciones por lo menos que debeis á mi persona. Con esto salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el atrio, y continuó diciendo algo mas reportado: Bien podeis, amigo, volveros á vuestro alojamiento, que yo me quedo á pedir perdon á mis dioses de lo mucho que os he sufrido.

Os haré ahora una breve descripcion de sus sacrificios, cuya atrocidad manifiesta el horrible extremo, á que pueden llegar la ceguedad y el delirio de los hombres. Es imposible que no se os ericen los cabellos al oirla; y creo firmemente, que si jamas os ha ocurrido dar gracias á Dios por haberos hecho nacer en un tiempo, en que apenas se conoce un culto tan abominable, lo hagais en esta ocasion.

Las principales ceremonias de la religion de los Mexicanos consistian en los sacrificios de sangre humana. Muchas veces declaraban la guerra á los pueblos comarcanos, sin mas objeto que hacer prisioneros para inmolarlos en las aras de sus dioses, y comerse luego sus carnes, perdonando en los combates la vida á sus enemigos, solo con el fin de que se la quitasen despues con mas crueldad las cuchillas de sus sacerdotes. El número diario de estas infelices víctimas era tan grande que algunos historiadores (aunque quizá con bastante ponderacion) le

hacen subir hasta veinte y cinco mil. Quando por estar la nacion en paz, llegaban á faltar prisioneros que degollar, representaban los sacerdotes al Emperador, que sus dioses tenian hambre: entonces por medio de una órden Real se publicaba que los dioses apetecian un banquete, con lo qual se declaraba la guerra á todos los pueblos inmediatos; y así que habia un número suficiente de prisioneros, procedian aquellos sanguinarios sacerdotes á la celebracion de la abominable fiesta en la forma siguiente.

Conducian las víctimas al atrio del templo; poco despues se presentaba uno de los sacerdotes con un ropon blanco, y en la mano un ídolo horrible de harina amasada con miel, cuya deformidad aumentaban el color verde de los ojos, y la amarillez de los dientes. Subíase en una piedra muy elevada, desde donde enseñaba á cada uno de los prisioneros aquella espantosa figura, diciéndole: este es tu dios: se baxaba luego, y poniéndose á la

cabeza de aquellos infelices, se dirigia al lugar del sacrificio, en donde le aguardaban los demas sacerdotes. El principal de ellos en tan detestable exercicio se llamaba Topilzin: traia un ropon colorado, á manera de dalmática, con flecos al canto, y en la cabeza una especie de corona, formada de plumas verdes y amarillas. Colgábanle de las orejas unos como zarcillos de oro, engastadas en ellos ciertas piedras igualmente verdes, y debaxo del labio, junto al medio de la barba, una pieza, como canutillo, de una piedra azul. Tenia el rostro negro como el azabache, y en la mano una cuchilla aguda y ancha de pedernal. Asistian á su lado otros cinco ministros con sus vestimentas sacerdotales, desempeñando cada uno la parte que le tocaba.

Desnudos se adelantaban los desgraciados prisioneros uno tras otro. Cogian los sacerdotes al primero, y le tendian sobre una piedra muy grande destinada para el efecto. Dos le tenian de los brazos; dos de los pies;

otro del cuello con un collar que le echaban antes, y otro finalmente (me estremezco al referirlo), poniéndole la mano izquierda en el pecho, le abria con la derecha en canal, y le arrancaba de cuajo el corazon, levantándolo despues hácia el sol, como para ofrecerle los vapores que despedia.

Aquí se detuvo el padre, no permitiéndole la compasion que prosiguiera: manifestáronla los niños con profundos suspiros; y despues de un largo rato de patético silencio, volvió el padre á tomar la palabra, continuando su relacion de esta manera.

Concluida tan horrorosa operacion, se volvia el exêcrable Topilzin al ídolo, cuyo espantoso rostro frotaba con el corazon de la víctima, pronunciando entre dientes ciertas palabras misteriosas; mientras tanto los demas sacerdotes echaban á rodar el cadáver por las gradas del templo. Aguardábale abaxo el dueño, por cuya mano habia sido hecho prisionero, y se le

llevaba á su casa, para comérsele luego en compañía de sus amigos.

¿Puede oirse cosa mas horrible que esta? Pues otra queda que lo es todavía mas. Tenia aquella supersticiosa gente otro género de sacrificio, al qual llamaban racaxipe-valiztli, que quiere decir desollamiento de personas. Dábanle este nombre, porque en ciertas fiestas tomaban uno ó mas esclavos, segun el número que querian, y quitándoles el pellejo, se lo vestia uno de los sacerdotes, el qual andaba por las casas y mercados, cantando y baylando, y todos tenian que darle limosna, pues al que no lo hacia le restregaba la cara con una punta del pellejo, dexándosela llena de asquerosidad y sangre cuajada. Esta inmunda estafa, con que se enriquecian los sacerdotes, duraba hasta que el cuero principiaba á corromperse. Pero basta ya de objetos tan horrorosos; y yo seguramente hubiera formado escrúpulo de afligir vuestro espíritu con la descripcion de semejantes exemplos de

exêcrable inhumanidad, si por ellos no viniéramos en conocimiento de los motivos, por los quales la divina Providencia permitió que un puñado de aventureros europeos se atreviese á acometer á una nacion tan poderosa, y consiguiese sojuzgarla.

Quisiera yo ahora que nos dixeran los extrangeros, que tanto han declamado contra nuestras conquistas en América, lastimándose de la suerte de los Indios, ¿si los males que suponen que les causáron los Españoles, son comparables con los que os he referido? ¿si el despotismo y la crueldad, que exercian en aquellos naturales sus Caciques y sacerdotes, eran mas tolerables que el gobierno y la religion de sus conquistadores? ¿si las leyes y costumbres de aquellos pueblos eran mas blandas y rectas que las que nosotros introduximos? Dóyles de barato que fuesen tan grandes, como ponderan, los excesos que cometiéron los Españoles en aquella parte del mundo; ¿podrán no obstante, sin faltar á la

verdad y á la justicia, llamar infelices á los habitantes de la América, por haber sido conquistados por nosotros? ¿Podrán afirmar con razon, que nuestras conquistas destruyéron la poblacion en aquellas regiones, quando antes solo los sacrificios consumian anualmente un número tan grande de hombres, que casi se hace increible? Qualquiera que exâmine desapasionadamente el estado de la América, antes de su descubrimiento, los vicios, torpezas y horrores que reynaban en ella, comprehenderá con facilidad quanto deben aquellas provincias á los ponderados excesos de los Españoles, y no dexará de atribuir á disposicion de la benéfica Providencia una conquista, cuyas circunstancias, al paso que la hacen admirable, colman de gloria á la nacion Española, á pesar de las calumnias y de la envidia de los extrangeros.

Pero ya es tiempo de que volvamos á Cortés. El qual apenas se pasáron aquellos primeros dias, en que le

tuvo embelesado el feliz éxîto de su atrevida empresa, echó de ver todo el peligro en que le habia metido su arrojo. Advirtió entonces que se habia aventurado mas de lo que convenia, y que su suerte y la de todo su exército estaba en manos de un Príncipe, cuyas verdaderas intenciones aun no eran bien conocidas.

Desde el principio no habian cesado los Tlascaltecas de aconsejarle que estuviese sobre aviso, manifestándole el rezelo que tenian, de que Motezuma se hubiese determinado á recibirlos en México, solo para atraerlos á una celada, de la qual no pudiesen escaparse. Daban mucha verosimilitud á la sospecha de los Tlascaltecas el carácter de aquel Soberano, y la situacion de la ciudad, puesto que bastaba romper las puentes de las calzadas, para cortar la retirada al exército: en cuyo supuesto se hallaba Cortés enteramente separado de la tierra, y cercado de un pueblo inmenso, á cuya superioridad sin duda no hubieran po-

dido resistir su valor ni sus armas. A estos justos motivos de inquietud se agregó luego otro funesto accidente, que comenzó á calificar de fundado el rezelo, y de necesarias las providencias.

Recibió Cortés, por medio de dos soldados Tlascaltecas, que llegáron disfrazados en trage de Mexicanos, una carta de Veracruz, por la qual supo, que poco despues de su salida de aquel establecimiento, en donde, como hemos visto, dexó por Gobernador á Juan de Escalante, un General de Motezuma, llamado Qualpopoca, al frente de un exército considerable, trató de castigar á los pueblos, que con el abrigo de los Españoles se habian separado de la obediencia de su Soberano. Eran tales las extorsiones que cometia, que aquellos infelices acudiéron á Juan de Escalante, para que los amparase con las armas, ofreciéndose á ayudarle con todo el resto de su gente. Procuró Escalante consolarlos, tomando por suyo el agravio que pade-

cian; y habiendo sido inútiles los medios amistosos, que antes de llegar á los términos de la fuerza empleó para que cesasen aquellas hostilidades, juntó un corto número de Indios, y con quarenta Españoles atacó á Qualpopoca, y le derrotó completamente. Sin embargo, esta victoria fue muy costosa; porque Juan de Escalante perdió su caballo, y quedó herido mortalmente con otros siete soldados, uno de los quales, llamado Juan de Argüello, cayó vivo, para mayor desgracia, en manos del enemigo, cuya intencion fue presentarsele á Motezuma; pero habiendo muerto en el camino, de resulta de sus heridas, le cortáron la cabeza; y despues de haberla llevado en triunfo por varias ciudades, como una prueba incontrastable de que los Españoles no eran inmortales, la enviáron á México.

Sintió Hernan Cortés, como debia, tan infausta noticia; comunicó el caso á sus Capitanes, y retirado á su aposento, pasó toda la noche en dis-

currir de que manera precaveria el peligro, de que se contemplaba amenazado. El dia siguiente al amanecer, mandó llamar á algunos de los Indios aliados de mejor discurso, para preguntarles si habian advertido ú oido alguna especie, por la qual pudiese venir en conocimiento de los verdaderos designios de Motezuma; y los informes que recibió de ellos le confirmáron en sus rezelos, y en la determinacion que ya habia discurrido: porque le dixéron que aunque el pueblo estaba divertido con sus fiestas, los nobles andaban pensativos y misteriosos, dexándose conocer el recato en sus corrillos; que ademas, por algunas expresiones de sospechosa interpretacion, no estaban léjos de creer, que trataban de romper las puentes en caso necesario; y dos ó tres de aquellos Indios habian oido decir, que pocos dias antes traxéron de regalo á Motezuma la cabeza de un Español, y que la mandó esconder y retirar, despues de haberla mirado con asombro, por ser muy fiera y desme-

surada: señas que convenian con la de Juan Argüello, y novedad que puso á Cortés en mayor cuidado, por el indicio de que hubiese cooperado Motezuma en la faccion de su General.

Con esto ya no fue menester mas para que se resolviese á poner en execucion el arbitrio que habia meditado, proponiéndoselo á sus Capitanes, y persuadiéndolos á que le adoptasen como el único recurso que les quedaba.

NICOLAS. ¿Y quál sería su designio?

EL PADRE. ¡Ha! eso es lo que habeis de acertar vosotros. Poneos pues en su lugar, haceos cargo de todas las circunstancias, y luego decid allá para vosotros: si yo hubiera sido Cortés, y me hubiese hallado en situacion igual á la suya ¿qué hubiera hecho para salir de aquel apuro? Mañana quando nos juntemos otra vez, cada qual expondrá su dictámen; y si alguno diere con el medio que discurrió Cortés para librarse de aquel peligro, continuaré mi historia; de lo contrario, será preciso que tomemos otras veinte y

quatro horas para indagarle.

UNOS. Yo le acertaré.

OTROS. Yo tambien, yo tambien.

EL PADRE. Sea enhorabuena: me alegraré que todos le encontreis. Ea pues, hasta mañana.

RELACION XXIX.

El dia siguiente, estando ya reunida la familia menuda, era de ver la agitacion que manifestaban los niños, anhelando por echar á lucir los alcances de su discurso; pero nadie se atrevia á romper el silencio, porque el padre les habia prevenido, que ninguno en la sesion siguiente se adelantase á exponer su dictámen, sin que antes se le preguntase. La violencia que con este motivo padecian, les obligaba á hacer tales contorsiones y visages, que á qualquier extraño que los hubiese visto, se le hubieran figurado todos convulsos.

El padre, que como hemos notado varias veces, solia en semejantes

casos caminar al paso de la tortuga, quando advertia que la viveza de sus tiernos oyentes se desmandaba, gastó en esta ocasion tal cachaza, que hubiera perdido la paciencia el mas sufrido. Ultimamente, despues de haber quitado del medio mil cosas que no le estorbaban, y haberse sonado repetidas veces, dió principio á la narracion, pero con tales rodeos, frases y metáforas, que jamas las produxo iguales la eloqüencia asiática mas extravagante, concluyendo por fin aquel pesado preámbulo con la pregunta siguiente: ¿Qué hubieras hecho tú, Federico, si te hubieras hallado en lugar de Cortés?

FEDERICO. ¡Gracias á Dios, que ya puedo hablar! Yo le hubiera dicho á Motezuma abiertamente lo que me habian referido, mirándole al mismo tiempo de hito en hito, para ver si mudaba de color, y en caso de hallarle culpado, le hubiera declarado la guerra.

ALGUNOS. Eso es lo que yo tambien hubiera hecho.

MATIAS. Yo no, señor: aquella misma noche me habria retirado sin ruido con todo mi exército, para ponerme en salvo, mientras aun estaba en tiempo.

NICOLAS. Quita allá, cobarde. Yo hubiera enviado un corto destacamento con un par de cañones á ocupar las calzadas, á fin de que no pudiesen romper las puentes, y entonces nos hubieramos visto las caras con los señores Mexicanos.

ALGUNOS. Seguramente: yo hubiera hecho lo mismo.

EL PADRE. ¿Y tú, Fernando, qué dices?

FERNANDO. Que hubiera mandado cortar la cabeza á Motezuma.

EL PADRE. ¡Jesus! ¿habias de haber sido tan inhumano?

FERNANDO. Sí, señor: ¿por qué me habia él de querer matar á mí y á mis soldados?

EL PADRE. Aun no estaba bien averiguado si efectivamente era esa su intencion; solo se sospechaba.

FERNANDO. Pues bien: me hubiera cerciorado antes.

EL PADRE. Eso era lo que exîgia la prudencia.

ANTONIO. Papá, ahora me toca á mí.

EL PADRE. Bien, uno tras otro.

ANTONIO. Yo me hubiera apoderado de Motezuma, le habria tratado con mucha distincion; pero no le hubiera puesto en libertad, sino quando ya no tuviera motivo de temer nada de su parte.

EL PADRE. ¡Ola! ¿Ha salido eso positivamente de tu cabeza?

ANTONIO. No, papá. Si he de decir á vmd. la verdad, en cierta ocasion leí algo de esa historia.

EL PADRE. De ese modo ya no es dificultoso acertar. Sin embargo, mirarémos ese recurso como si realmente le hubieras discurrido tú; y en este supuesto continuaré mi relacion. Con efecto, hijos mios, lo que resolvió el arrojado Cortés fue prender al poderoso Motezuma en su misma capital,

y entre millares de vasallos, que casi le idolatraban. ¿Habeis oido jamas exemplo de intrepidez y arrojo igual á este?

TODOS. No, señor: parece una cosa increible.

EL PADRE. Combinado pues el atrevido designio, y aprobado por todos los Capitanes, se trató de ponerle en execucion; con cuyo objeto dispuso Cortés que se formase la tropa en el patio del quartel, á fin de que estuviese pronta para acudir adonde fuese menester: mandó ocupar á la deshilada las calles que conducian al palacio; y llegada la hora en que solia visitar al Emperador, partió á la corte con cinco Capitanes de su satisfaccion, y al disimulo treinta soldados de los mas valientes.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las habian introducido como trage militar. Salió Motezuma, segun su costumbre, á recibirlos: ocupáron todos sus asientos: se retiráron los criados, como ya lo estilaban; y poniendo Hernan Cortés

los intérpretes en el lugar que solia, principió á dar su queja por la perfidia de Qualpopoca, mostrándose sumamente sentido de que en tiempo de paz, y contra el derecho de gentes, hubiese acometido á sus compañeros. Acriminó, como delito que merecia el mayor castigo, el haber muerto los Mexicanos á un Español que hiciéron prisionero, vengando en él á sangre fria la propia ignominia con que volviéron vencidos; y concluyó, diciendo que como la voz general suponia á S. M. autor de aquellas hostilidades, se veia precisado, como Ministro del mayor Rey de la tierra, á exîgir una satisfaccion por la ofensa que habia recibido su amo.

Perdió Motezuma el color al oir semejante cargo; pero negó con juramento haber tenido parte, ni poco ni mucho, en aquel suceso, añadiendo, para mayor prueba de verdad, que al punto daria órden de que prendiesen á Qualpopoca y á sus cómplices, y los traxesen á México.

Depuso entonces Cortés la severidad del semblante, replicando con tono amistoso, que por lo que tocaba á él, quedaria plenamente satisfecho con aquella declaracion; pero que para desimpresionar á sus soldados, era necesario otro convencimiento, pues con dificultad llegarian á persuadirse, que Qualpopoca hubiese cometido aquel desafuero sin órden expresa de su Soberano, á menos que él se determinase á darles una prueba convincente de su amistad y confianza: en cuya consideracion, iba resuelto á suplicarle, que sin hacer ruido, y como que nacia de su propia eleccion, se fuese por algunos dias á vivir al alojamiento de los Españoles, donde seria tratado con toda la veneracion debida á su dignidad y persona.

Confuso quedo Motezuma entre la cólera y la admiracion al oir tan extraordinaria propuesta, guardando un profundo silencio, mientras Cortés proseguia, haciéndole presente que su solicitud nada tenia de indecoroso,

mediante ser aquel alojamiento otro palacio suyo, donde solia residir algunas veces; hasta que por fin recobrando Motezuma el ánimo y la palabra, respondió con alguna impaciencia: que los Príncipes como él no se daban á prision, ni sus vasallos lo permitirian, aun quando él fuese capaz de humillarse á semejante baxeza.

Cortés, que no queria apelar á la violencia, sino en caso muy preciso, procuró inclinarle á su voluntad, ya con palabras halagüeñas, y ya con amenazas; pero fuéron inútiles todos sus esfuerzos. Por fin, despues de tres horas de altercacion, viendo uno de los Capitanes, llamado Juan Velazquez de Leon, lo mucho que se aventuraba en la tardanza, dixo en voz alta, y muy enojado: Dexémonos de palabras, y tratemos de prenderle ó matarle. Reparó en ello Motezuma, preguntando, qué decia tan descompuesto aquel Español, y Doña Marina satisfizo á su curiosidad, añadiendo que peligraba su vida, si desde

luego no cedia á las instancias de aquella gente. No fue menester mas para que perdiese enteramente el ánimo, pues conoció entonces que se hallaba en poder de unos hombres invencibles, de cuyo atrevimiento debia temer qualquier exceso, si resistia mas tiempo: por tanto, juzgó conveniente ceder á la suerte; y sin dar lugar á mas réplicas, se levantó de la silla, diciendo á los Españoles: Yo me fio de vosotros: vamos á vuestro alojamiento, que así lo quieren los dioses, pues vosotros lo conseguis, y yo lo determino. Llamó despues á sus ministros, para declararles, que por ciertas consideraciones de estado habia resuelto mudar su habitacion por unos dias al quartel de los extrangeros; y aunque á todos dexó admirados aquella inesperada resolucion, nadie se atrevió á oponerse. Mandó pues prevenir al punto sus andas; ordenó que se traxesen presos á Qualpopoca y á los demas Capitanes de su exército, complices suyos, y salio de su palacio con toda la comitiva

que acostumbraba, pero escoltado por los Españoles, que le cercaban con pretexto de acompañarle.

Así que se principió á divulgar la voz de que se le llevaban los extrangeros, se llenáron de gente las calles, no sin algun indicio de tumulto, porque todos daban grandes voces, y se tiraban al suelo, unos despechados, y otros enternecidos. Pero Motezuma con exterior alegria procuraba tranquilizarlos, y haciéndoles seña con la mano les decia, que aquella no era prision, sino ir por su gusto á vivir unos dias con sus amigos. De esta forma se sosegó algun tanto el pueblo; y los Españoles llegáron al quartel sin contratiempo con su prisionero.

Eligió él el quarto que queria habitar, y nuestra gente le obsequió, por órden de Cortés, con todas las demostraciones posibles de acatamiento y veneracion, no omitiendo cosa alguna que pudiese hacer llevadera su suerte. No solamente se permitió que entrasen todos sus criados, como en su mis-

ma casa, sino tambien los nobles y ministros que fuesen á verle, precaviendo no obstante, baxo pretexto de evitar confusion, que se juntase de una vez demasiada gente. El mismo se esmeraba en manifestar serenidad y agrado, avergonzándose quizá de que sus vasallos llegasen á entender la opresion que padecia; y trataba á los Españoles con tal generosidad y cariño, que no era posible creer que hubiese recibido el menor disgusto.

Llegáron en este intermedio Qualpopoca, un hijo suyo, y otros Capitanes sus subalternos; y Motezuma, con el fin de ocultar mejor su complicidad, los remitió á Cortés para que los juzgase. Hízoseles consejo de guerra; y como resultasen reos de haber violado el derecho de gentes, fuéron condenados á muerte, con la circunstancia de ser quemados vivos delante del palacio Real. Fieles hasta entonces á su Príncipe, negáron haber tomado las armas de órden suya: sin embargo, viendo que ya iba de veras su castigo,

perdiéron la constancia y el ánimo, confesando lo que antes habian negado; pero Hernan Cortés, sin dar oidos á este descargo, que despreció como invencion de los delinqüentes, los mandó llevar sin tardanza al suplicio.

Con razon, hijos mios, os habreis quedado atónitos y pasmados, al contemplar el atrevimiento inaudito, con que Cortés se apoderó de la persona de un Monarca poderosísimo, en su misma capital, arrogándose su propia autoridad y jurisdiccion; no obstante, conviene que suspendais un poco vuestra admiracion, para imponeros en otra circunstancia, que os dexará todavía mas aturdidos.

Para construir la hoguera en que habian de perecer aquellos infelices, que quizá solo eran culpados por haber obedecido á su legítimo Soberano, mandó Cortés, de su propia autoridad, y á presencia de un pueblo inmenso, sacar de los almacenes Reales todas las flechas, rodelas, lanzas, arcos, y demas armas que habia; y estando ya

para executarse la sentencia, se atrevió á otro arrojo, que pasa todos los límites de la credibilidad.

Acompañado de dos ó tres Capitanes y de un soldado con unos grillos en la mano, marchó en derechura al aposento de Motezuma; y despues de haberle saludado con el respeto que solia, se revistió de gravedad, y con tono severo le dixo: Que ya los reos habian declarado, que de órden suya tomáron las armas contra los Españoles, y que por consiguiente exîgia la justicia, que él tambien sufriese algun castigo. Dicho esto, mandó con imperio que le pusiesen las prisiones; y sin dar lugar á réplicas, le volvió las espaldas. ¿Y bien, qué os parece, niños?

TODOS. ¡Qué atrevimiento!

EL PADRE. Fué tanto el asombro de Motezuma quando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo largo rato como fuera de sí, y luego prorumpió en lágrimas y lamentos, te-

miendo ir él tambien al cadalso. Los criados que le asistian, acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos, y metiendo por los anillos mantas delgadas, para que no profanase sus carnes la dureza del hierro.

Executada la sentencia en Qualpopoca y sus compañeros, volvió Cortés al quarto de Motezuma, y con rostro sereno y tono amistoso le dixo: que ya quedaba satisfecha la justicia, habiendo purgado él su yerro con aquella breve intermision de su libertad; y sin mas dilacion le mandó quitar los grillos, ó como pretenden algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por su mano. Recibió el Emperador con grande alborozo este alivio, pasando de improviso del extremo del dolor al del placer: abrazó dos ó tres veces á Cortés, y no acababa de cumplir con su agradecimiento, olvidando en los arrebatos de la alegría, que el que entonces le qui-

taba las prisiones era el mismo que se las habia mandado poner antes.

ANTONIO. Hace un buen rato que estoy acá cavilando, para indagar qué fin llevaria Cortés en humillar de aquella suerte al pobre Motezuma.

EL PADRE. Eso no es muy fácil de averiguar. Quizá su objeto seria abatirle en términos, que ya no tuviese espíritu para tomar ninguna determinacion. Si esta fue su mira, no hay duda que lo consiguió completamente; porque Motezuma quedó desde entonces como anonadado, y la seguridad y el poder de los Españoles en México parecian estar ya cimentados del modo mas sólido y duradero. Sin embargo, no bastaba todo esto para el advertido Cortés. Buscaba sin cesar un medio de facilitarse la salida de aquella ciudad, en que estaba encerrado como en una isla, abriéndose un camino, que siempre estuviese á su disposicion, aun en el caso de que se les antojase á los Mexicanos romper las puentes. Con este fin ponderaba

freqüentemente la utilidad y estructura de las naves europeas, para excitar en Motezuma el deseo de verlas; y habiéndolo conseguido, se encargó él mismo de proporcionarle semejante satisfaccion. Para esto dispuso al punto que se traxesen de Veracruz las xarcias, velas, y otros despojos de los navíos que se deshiciéron: acudió de órden de Motezuma infinidad de trabajadores Mexicanos para cortar y conducir la madera, y en breve tiempo se construyéron dos bergantines. Estrenólos el mismo Motezuma con gran complacencia; y como despues gustaba de pasearse en ellos á menudo, se aprovechaba Cortés de aquel recreo, para reconocer la laguna y sus inmediaciones: diligencia que luego le fue sumamente útil.

Desde entonces este célebre Capitan dirigió sus operaciones con mas rapidez y resolucion á la entera conquista de aquel Imperio. Despachó á todas sus provincias á varios Españoles, para que se informasen tanto de

su extension y sus límites, quanto de los parages en que habia minas de plata y oro; y últimamente propuso á Motezuma que prestase vasallage al Rey de España, aunque escriben algunos, que el mismo Motezuma lo ofreció de su propia voluntad, discurriendo este arbitrio para despedir á los Españoles.

A este efecto convocó á los principales del Reyno; les traxo á la memoria la antigua profecía de Quezalcoal, cuyo cumplimiento á su parecer habia llegado; y en aquel presupuesto les declaró como estaba resuelto á reconocer por sucesor de aquel Imperio al gran Monarca del oriente, y era su voluntad que se le pagase tributo. Al acabar este razonamiento se le saltáron las lágrimas, y los Mexicanos, conociendo su turbacion, principiáron tambien á consternarse, con tales indicios de alteracion, que fue necesario, para evitar funestas resultas, que Cortés tomase la mano, diciendo: Que la intencion de su Rey no era desposeer

i Motezuma de su dignidad, sino re-ibirle á él y á todos sus vasallos baxo u proteccion. Semejante protesta, y el exemplo del Emperador, tranquilizá-on los espíritus, y á continuacion se prestó la obediencia al Rey de España con las formalidades y ceremonias que se tuviéron por convenientes. Selló Motezuma su dependencia con un regalo de mucho valor, ordenando á todos los Caciques que hiciesen otro tanto.

RELACION XXX.

EL PADRE. Juntóse en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se halló que subia á unos seiscientos mil pesos, comprehendidos quinientos en plata, metal que entonces era en México menos comun que el oro; porque como aquel no se encuentra en pepitas tan fácilmente como este, y los Mexicanos no sabian beneficiarle, poco provecho sacaban de sus abundantes minas, y

todo lo que tenian, así de uno como de otro, le adquirian sin mas operacion que lavar la tierra de las minas, ó extraerle de la arena de los rios; en cuyo exercicio tampoco eran muy solícitos, pues no daban á estos metales la estimacion que nosotros, sirviéndose de ellos únicamente para sus galas.

De todas aquellas riquezas hizo Cortés cinco partes. Apartó la primera para el Rey; la segunda para él; otra para satisfacer los gastos de la expedicion; y lo demas se repartió entre los Capitanes y soldados, á proporcion de su clase, sin olvidar á los que quedaban en Veracruz: por cuyo motivo, no siendo la porcion que cupo á cada individuo, tan grande como ellos la esperaban, se suscitáron quejas, y murmuraciones mal encubiertas; pero Cortés, cediendo parte de lo que legítimamente le habia tocado, restableció la buena armonía, saciando la codicia de sus compañeros.

A quantas solicitudes hiciéron los Españoles accedió siempre Motezu-

ma con gran condescendencia; pero se mantuvo inflexible, quando se trató de que él y sus vasallos mudasen de religion. En vano empleó Cortés repetidas veces su eloqüencia, para manifestarle que el culto de sus ídolos era brutal y horrible; en vano se esforzó por hacerle conocer la verdad y dulzura de la doctrina de Jesucristo: inútiles fuéron siempre los ruegos y las amenazas; y regularmente se concluia la conferencia, suplicándole Motezuma, que por entonces no le hablase sobre semejante particular.

Refieren varios historiadores, que irritado Hernan Cortés por tanta resistencia, determinó derribar los ídolos, y convertir en iglesia el adoratorio principal; que salió á executarlo; pero que habiéndose armado los sacerdotes, y conmovido toda la ciudad, lo único que se consiguió por bien de la paz, fue que se limpiase una capilla, y levantase un altar dentro del mismo adoratorio, donde se colocó la cruz de Jesucristo y una imágen de su Madre san-

tísima, con otras circunstancias de menos importancia: resolucion de que con fundados motivos duda nuestro célebre historiador Solís. Suponen que de esto resultó, que se pusiesen de mala fe los Mexicanos, y que Motezuma, de acuerdo con los sacerdotes, principió á discurrir el modo de deshacerse de los Españoles, ocurriéndole la sagaz estratagema de dar voluntariamente la obediencia al Rey de España, para que con eso quedase evacuada la comision de aquellos extrangeros, y no les quedase pretexto para permanecer mas tiempo en México. Lo que con mas verosimilitud despertó á Motezuma de su letargo, fue una conjuracion, tramada en menoscabo de su autoridad, por el Cacique de Tezcuco, sobrino suyo, la que frustró Cortés con su acostumbrada prudencia. Como quiera, ello es cierto que aquel Monarca deseaba con ansia que los Españoles se volviesen á su tierra; y así, luego que por su parte y la de sus principales vasallos se entregáron los

tributos, destinados para el gran Rey del Oriente, hizo llamar á Cortés, y con cierta severidad no acostumbrada, le dixo: que en el supuesto de que ya habia desempeñado el encargo de su amo, esperaba que dispondria sin tardanza su partida.

Esta breve explicacion de su voluntad, insinuada con tono imperioso, sorprehendió á Cortés en términos, que temiendo alguna novedad, ordenó recatadamente á uno de sus Capitanes, que hiciese tomar las armas á sus soldados, y los tuviese prontos para qualquiera acontecimiento. Recobrando despues toda su entereza, se volvió á Motezuma, y aparentando una suma indiferencia, le respondió: que ninguna cosa deseaba tanto como volver á su patria; pero que hallándose sin navíos, como era sabido, se veia precisado á hacer construir otros antes; por cuya razon le suplicaba que le franquease los auxîlios necesarios.

Agradó tanto á Motezuma esta respuesta lisonjera para sus deseos,

que no pudo dexar de manifestarlo, abrazando con extremos de alegría á Cortés, á quien dixo al mismo tiempo: que su disposicion tranquilizaria á sus dioses y vasallos, que todos anhelaban porque se ausentasen los Españoles. Bastáron estas pocas palabras, para que Cortés penetrase, no sin alguna inquietud, las verdaderas ideas del pueblo y de los sacerdotes, y juzgó necesario desviar el peligro, en que se hallaba su persona y el éxîto de su empresa, continuando en disfrazar cautelosamente la intencion que llevaba. Con este objeto mandó en público, que se construyesen los baxeles correspondientes; pero en secreto encargó al director de la obra, Martin Lopez, que procurase alargarla quanto pudiese, sin que se notase el estudio en la tardanza, esperando que con esta dilacion quizá daria tiempo á que llegasen de España los socorros que se prometia.

Pero mientras andaba Cortés en estas disposiciones, sobrevino otro accidente, que descompusó todo su plan,

lamando la prudencia y el valor á nue-
vo cuidado. Recibió órden de Mote-
zuma de que inmediatamente fuese
á verse con él: y llegado á su presen-
cia, le puso delante de los ojos una de
aquellas pinturas, hechas al estilo me-
xicano, en lienzos blancos de algodon,
y que allí servian como de cartas, en
la qual iban dibuxados diez y ocho na-
víos europeos, con varios caractéres,
que expresaban como ya habian dado
fondo en la costa.

Grande fue el gozo que experi-
mentó Cortés con semejante noticia,
lisonjeándose de que en aquellas em-
barcaciones vendrian de Castilla sus
comisionados con crecidos refuerzos, y
los despachos del Rey, confirmándole
Capitan General de aquellos descubri-
mientos; pero mayor fue su consterna-
cion, quando recibió cartas de Gonza-
lo de Sandoval, Gobernador entonces
de Veracruz, en que le daba aviso de
que aquella esquadra la enviaba Die-
go Velazquez contra él y su gente,
cuyo paradero llegó á su noticia, por

los trámites que voy á exponeros.

Cortés, como ya hemos visto, despachó á España un navío con muestras de las grandes riquezas del pais que iba descubriendo, y la pretension de que se le nombrase Gobernador de él. Fueron encargados de esta comision Francisco de Montijo, y Alonso Hernandez Portocarrero, con órden expresa de que de ningun modo tocasen en la isla de Cuba; antes por lo contrario debian dexarla á la derecha, apartándose quanto pudiesen, y doblar la punta de la Florida, por el canal de Bahama; que así se nombra el paso que hay entre la Florida y las islas Lucayas. Observad en mapa primero, y os hareis cargo de la derrota que se les mandó que siguiesen. Pero Francisco de Montijo, que poseia alguna hacienda en Cuba, estimulado del deseo de verla de paso, no cuidó de cumplir literalmente las órdenes de su xefe; y con haber dado fondo en la costa de aquella isla, poco faltó para que lo echase á perder todo. Porque Diego Velazquez, á quien

sin cesar desvelaban sus zelos y su rencor á Cortés, tenia distribuidas diferentes espías; y habiendo sabido por este medio lo que pasaba en el establecimiento de Montijo, despachó dos baxeles muy veleros, para que se apoderasen del navío de Cortés; mas por fortuna sus comisionados fuéron advertidos del riesgo con tiempo, y tuviéron la felicidad de escaparse, prosiguiendo su camino á España sin otro embarazo.

Aquí fue quando llegó á lo sumo el enojo de Velazquez. Resolvió armar una poderosa esquadra para que buscase á Cortés adonde quiera que fuese, y le traxese preso con todos los principales que le seguian; y mientras se ocupaba en hacer los aprestos correspondientes, supo que ya habia llegado á España el navío que se le escapó en Cuba; y al mismo tiempo tuvo noticia del paradero de Cortés, y del éxîto de su expedicion.

Aceleró entonces con mas ardor el armamento, y en pocos dias juntó

una esquadra de diez y ocho navíos, con ochocientos infantes, ochenta caballos, y doce piezas de artillería: fuerzas superiores á las de Cortés de una mitad por lo menos, y que con respecto al pais y á aquellos tiempos, podian llamarse formidables. Nombró por Comandante de ellas á un tal Pánfilo Narvaez, sugeto de bastante capacidad, pero demasiado amigo de su opinion, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle el título de Teniente suyo, nombrándole Gobernador, quando menos, de todas las tierras descubiertas por Cortés.

Figuraos ahora un instante el apuro de nuestro valeroso Capitan, cuya situacion se hacia cada vez mas funesta. Aventurarse á marchar contra un exército europeo dos veces mayor que el suyo era temeridad; y de no hacerlo, se seguia forzosamente la precision de abandonar á México, malogrando todas las ventajas conseguidas. Por otra parte, ¿como podia lisonjearse de vencer á un enemigo que le igua-

laba en valor y conocimientos militares, y cuyas fuerzas eran muy superiores á las suyas, tanto en el número, como en la calidad, por ser nuevas y descansadas? El aguardarle en México era exponerse á la fatal contingencia de ser acometido á un mismo tiempo por dos enemigos igualmente formidables, porque era muy verosímil que los Mexicanos, así que le viesen en peligro, tomasen las armas contra él; y por fin su ruina era inevitable, si se entregaba voluntariamente, sujetándose al juicio de un hombre, que solo pensaba en vengarse.

Al paso que le agitaban tan penosas reflexiones, recibia continuamente noticias que aumentaban con progresion su cuidado. Supo como se habian pasado al contrario algunos soldados suyos, informándole de quanto necesitaba saber: poco despues tuvo aviso de que Narvaez habia mandado publicar, que Cortés y los que seguian sus banderas eran unos traidores, que sin órden de su Rey, habian tratado

de sojuzgar á los Mexicanos, y que él y su exército llevaban el encargo de reprimir los desafueros de aquellos rebeldes, y castigar su osadía: que por consiguiente convidaba al Monarca y á la nacion mexicana á que hiciesen causa comun con él, para que consiguiese apoderarse de aquella gavilla de foragidos.

Es fácil conocer quan bien le sonarian á Motezuma y á sus vasallos, ya disgustados, semejantes rumores. Y á la verdad se traslucia con sobrada evidencia su alborozo, y lo dispuestos que estaban á ladearse al partido de Narvaez; pero contenia los efectos de su inclinacion la serenidad que aparentaba Cortés. Era tal el dominio que este hombre tenia sobre sí mismo, que por muy grandes que fuesen los cuidados de su interior, jamas se le salió al rostro la señal mas mínima de turbacion. En efecto, tambien entonces desmintió con semblante sereno las imposturas de Narvaez, afirmando que aquellos Europeos que acababan

de llegar eran vasallos de su mismo Rey, y que él no tardaria en marcharse en su compañía. Pero por mucha tranquilidad que manifestase exteriormente, no dexaba de experimentar en su pecho los embates de la tempestad, que debia ocasionar en él su situacion. Empleó la sagacidad, de que se hallaba dotado, en discurrir las medidas que adoptaria en tal frangente; y despues de haber pesado con madurez todas las circunstancias, tomó una resolucion, que solo pudiéron sugerírsela su valor á un tiempo y su talento. Determinó pues tentar primero el camino de la paz, haciendo tales partidos á Narvaez, que no pudiese rehusarlos; y en caso que este paso no surtiese el efecto que deseaba, apelar á la decision de las armas.

La primera diligencia fue inútil; porque contemplando el presuntuoso Narvaez como cosa de ninguna dificultad vencer á un enemigo de tan cortas fuerzas, se negó á todo ajuste; por cuya razon tuvo Cortés que po-

ner por obra el segundo recurso. Nombró desde luego por Gobernador de México á Pedro de Alvarado, sugeto de experimentado valor, y muy estimado de los Mexicanos, dexando baxo sus órdenes unos ochenta soldados, á quienes encargó que obedeciesen á su Capitan; que se llevasen bien con el vecindario, y sobre todo, que sirviesen y respetasen á Motezuma, el qual por su parte prometió voluntariamente, que no desampararia á los Españoles que quedaban en su compañía, ni haria mudanza en su habitacion, durante la ausencia de Cortés.

Ahora ya le teneis á este hombre incomparable á punto de salir á buscar, con el corto resto de su gente, á un enemigo tan superior á él en fuerzas, y tan irritado contra su persona, que no puedo menos de dudar del feliz éxîto de una empresa de tanto arrojo: sin embargo, nosotros hemos de acompañarle; pero como hoy por ser ya tarde no podríamos ir muy lejos,

diferiremos la partida hasta mañana por la mañana.

RELACION XXXI.

EL PADRE. Ea, hijos, vamos acompañando á nuestro Cortés en una expedicion, que quizá podrá ser la última escena trágica de su vida.

ALGUNOS. ¡Pobre Cortés!

EL PADRE. Tenia Pánfilo de Narvaez sentado su quartel en Zempoala. Gonzalo de Sandoval, dexando la colonia de Veracruz al cargo de los Indios confederados, se apresuró, segun las órdenes recibidas, por unirse á Cortés. Juntáronse á doce leguas de Zempoala; sin embargo, no pasaba todo el exército de doscientos sesenta y seis hombres; y aunque á la verdad estas fuerzas eran muy cortas, no desmayó su intrépido xefe, perseverando en la resolucion de buscar al enemigo en la campaña.

No obstante, para su descargo intentó otras dos veces negociaciones de

paz, haciendo todos los esfuerzos posibles, para que viniese Pánfilo de Narvaez á los términos de la razon; mas no solo tuvo el desconsuelo de ver desechadas sus proposiciones con altivez y desprecio, sino que supo que Narvaez, arrebatado de cólera, habia puesto talla á su cabeza, para estimular á algun traidor á que le matase: pero muy persuadido y satisfecho estaba del amor y de la fidelidad de su gente, para que le asustase esta indecorosa conducta de su enemigo.

Adelantóse por lo contrario hácia Zempoala; y ya solo distaba una legua, quando Narvaez, contemplando aquel atrevimiento como una ofensa que merecia castigo, resolvió darle batalla; y con este objeto marchó al punto contra él con todas sus fuerzas. Conociendo Cortés, que si empeñaba el combate en campo abierto, daria lugar á que se aprovechase de su superioridad el mayor número, se situó con tanta ventaja al otro lado de un

riachuelo, que tuvo al enemigo todo el dia en expectacion; hasta que al caer el sol se levantó un nublado, que despidió tanta agua, que los soldados de Narvaez principiáron á clamar por volverse al quartel, faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habian tenido poco antes aviso de que Cortés se mantenia al otro lado del rio; y como este habia crecido en términos de hacerse intransitable, conjeturáron que no habia que rezelar por aquella noche: en cuyo supuesto diéron por conveniente la retirada, y la pusiéron en execucion desordenadamente, caminando al quartel, menos como soldados que como fugitivos.

Cortés entonces, siguiendo su costumbre de resolver con expedicion y valor, formó al instante el designio de acabar la guerra de una vez con su ruina, ó la de su contrario. Determinó por tanto sorprehenderle, durante

la obscuridad de aquella noche lluviosa, prometiéndose del orgullo de Narvaez, y del cansancio de sus soldados bisoños, hallarlos descuidados y desprevenidos. Convocó á los suyos sin mas dilacion, y manifestándoles su designio, advirtió con gran complacencia, que no tenia necesidad de animarlos para una faccion de tanto peligro, pues todos unánimes estaban dispuestos á emprenderla. Dividió entónces su gente en tres pequeños cuerpos: encargó el primero á Gonzalo de Sandoval; nombró por Comandante del segundo á Cristóbal de Olid, y él se puso á la cabeza del tercero.

Cerró enteramente la noche, que fue de las mas tenebrosas. Con la avenida sonaba el riachuelo en términos, que parecia un rio caudaloso, y para llegar á la orilla opuesta era necesario pasarle á nado. El peligro de ahogarse era muy grande; pero no bastaba para reprimir el ardor de unos hombres tan arrestados. Metióse Cortés el primero; siguiéron los demas á porfia su exem-

plo; y aunque tuviéron el agua hasta la garganta, llegáron al otro lado, sin mas contratiempo que la pérdida de dos hombres.

Mojados como estaban, se formáron sin dilacion en órden de batalla, y con el mayor silencio principiáron á caminar la vuelta de Zempoala, llevando cada uno su espada, un puñal y una pica muy larga, al estilo de aquel pais; arma, de que los proveyó la sagacidad de su General, á fin de que la usasen contra la caballería enemiga, por haber observado que era de suma utilidad para este efecto.

Sucedió ni mas ni menos lo que Cortés habia previsto. Fue tan grande la negligencia de Narvaez, que solo tenia puestas dos centinelas. Sorprehendiéron á la una y la hiciéron prisionera; la otra consiguió escaparse, y asustada corrió al pueblo, diciendo á gritos que el enemigo estaba encima. Pero Narvaez, que por una parte tenia una necia confianza en la superioridad de sus fuerzas, y que por otra

despreciaba á un contrario, á quien por prudencia debia temer, no solo no hizo caso del aviso, sino que le graduó de delirio de un hombre cobarde y sobresaltado, pareciéndole impracticable, que Cortés se atreviese á buscarle con tan poca gente, dentro de su alojamiento, y en noche tan obscura y tempestuosa.

Aun duraba la disputa entre Narvaez y el soldado, que se afirmaba en haber reconocido el exército enemigo, quando se dexáron oir de improviso las voces de Cortés y sus compañeros, que con la rapidez de un rayo invadiéron el pueblo. Entonces, aunque tarde, conoció Narvaez su error, y se dió priesa á armarse, para defender el adoratorio en que estaba alojado; pero los soldados de Cortés le embistiéron con tal ardor y violencia, que no diéron lugar á que se disparase mas que un cañon: y Sandoval, que mandaba la vanguardia, se apoderó al punto de toda la artillería, arrojando hasta la última grada al enemigo, que peleaba ya

desordenadamente. Allí principió otra vez el combate con mas teson y encarnizamiento. Narvaez, que se hallaba en el adoratorio, animaba á los suyos con la voz y el exemplo, y Gonzalo de Sandoval no hacia poco en mantenerse, forcejando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la inferioridad del sitio. Socorrióle con oportunidad Cristóbal de Olid; y Hernan Cortés se arrojó á lo mas ardiente del conflicto, facilitando el avance de uno y otro.

Ocurrióle en esto á un tal Martin Lopez, soldado de Cortés, pegar fuego á la paja que cubria el adoratorio. Narvaez, por no morir abrasado, tuvo que salir con los suyos, y peleando valerosamente, por abrirse camino, recibió de uno de los soldados que asistian á Sandoval, llamado Pedro Sanchez Farfan, una lanzada en un ojo, que le derribó al suelo, sin mas aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Echóse sobre él Gonzalo de Sandoval, y poco

menos que árrastrando le baxáron por las gradas; le pusiéron dos pares de grillos, y le entregáron al último esquadron. Los de Cortés entonces apellidáron á voces la victoria, al paso que los otros, consternados y confusos, se retiráron á otros torreones del adoratorio, haciendo consistir su mayor resistencia en poner estorbos á la entrada. A vista de esto, mandó Cortés que volviesen la artillería contra los torreones; intimó á los que se resistian, que se entregasen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra, y dispuso que, á manera de pregon, se publicase indulto general, en favor de los que voluntariamente se rindiesen. Estas disposiciones, y otra circunstancia que ocurrió con gran oportunidad para Cortés, contribuyéron no poco á que depusiese las armas un exército dos veces mayor que el suyo.

NICOLAS. ¿Qué circunstancia fue esa?

EL PADRE. Oidla. Los soldados de Narvaez desde las ventanas de los tor-

reones descubrian á diferentes distancias algunas luces, que interrumpiendo la obscuridad, parecian á sus ojos mechas encendidas; y como entonces las armas de fuego no tenian llave como en el dia, sino que se disparaban con mechas, del mismo modo que ahora los cañones, entendiéron que Cortés traia un exército formidable.

HENRIQUE. Diga vmd., papá, ¿y qué luces serian aquellas?

EL PADRE. ¿Has visto nunca ciertos gusanitos que hay, que se llaman luciérnagas?

HENRIQUE. Sí, señor; que son unos insectos que despiden de noche un género de luz muy clara, la qual proviene de un humorcillo que tienen en el vientre.

EL PADRE. Esos mismos. Pues aquellas luces eran luciérnagas; porque como en América son de mayor tamaño y resplandor, no fue extraño que las creyesen mechas encendidas.

FEDERICO. Pero habiendo ya algun tiempo que esos hombres estaban en

aquella tierra, era regular que hubiesen visto muchas veces semejantes insectos.

EL PADRE. Así parece; sin embargo, quizá por su desidia no pararian la atencion en eso. Ved aquí, hijos mios, un exemplo, de donde podeis inferir la utilidad de aquel precepto, que os inculco á menudo; esto es, que jamas dexeis de exâminar qualquiera cosa que se os presente por primera vez, aunque sea muy pequeña: al contrario, si el tiempo y la ocasion lo permitiesen, debereis reconocerla con cuidado, y consultar á los inteligentes, como el único medio de adquirir diariamente conocimientos útiles. El no haber observado este principio, fue la causa principal de que un cuerpo considerable de tropas bien armadas, quedase vencido por un puñado de gente.

Trató Cortés á los prisioneros con grande humanidad; les hizo tambien algunos regalos, y dexó á su eleccion el seguir sus banderas, ó volverse á la isla de Cuba. Prendados de un proce-

der tan noble y generoso, que nunca pudo ser mas oportuno, prefiriéron casi todos el primer partido; y Cortés tuvo la satisfaccion de ver disiparse á un tiempo el peligro mayor en que habia estado en su vida, y aumentado su exército con ochocientos hombres de refresco: circunstancia por la qual si antes su poder era considerable, con respecto á aquella parte del mundo, llegó entonces al mas alto grado de pujanza.

Así que Narvaez volvió en su acuerdo, poco faltó para que no se muriese de dolor y vergüenza, al verse con prisiones, y en poder de un enemigo, á quien antes habia mirado con tanto desprecio. Hernan Cortés, que acudia incansablemente á todas partes, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narvaez, mirándole con semblante de hombre, que no acababa de conocer su desgracia, le dixo: Tened en mucho, Señor Capitan, la di-

cha que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero: á lo qual respondió Cortés: De todo, amigo, se deben las gracias á Dios; pero sin género de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas menores que se han obrado en esta tierra. Cuidó luego de que se asegurase bien su persona, y el dia siguiente le envió á Veracruz.

Pocos dias disfrutó Hernan Cortés el placer de tan gloriosa victoria, porque se ofreció desde luego otra novedad, que le puso en nuevo cuidado. Llegó de México un expreso con la desagradable noticia de que los habitantes de aquella ciudad se habian levantado contra los Españoles, y que Pedro de Alvarado apenas podia defenderse encerrado en su alojamiento. Con el expreso vino tambien un criado de Motezuma, pidiendo á Cortés de parte de su amo, que sin pérdida de tiempo pasase á sosegar aquella sublevacion.

No podré indicaros con certeza los

motivos de semejante rompimiento, porque acerca de este punto hallo no poca discordancia entre los historiadores. Sin embargo, cotejando todas las relaciones, siempre resulta, á mi parecer, que lo que mas contribuyó á aquel desórden, fue el que Pedro de Alvarado, aunque era sugeto de bastante capacidad y valor, no tenia toda la prudencia y moderacion de su General.

Como quiera que fuese, era tan urgente el aprieto, que Cortés no tuvo que perder tiempo para ir á socorrer á los Españoles de México; y con razon se pudo contemplar dichoso por haber acabado con Narvaez, antes que aquel desagradable accidente llamase su asistencia á otra parte. Tripulados bien los navíos, para mas seguridad, con gente á su devocion, se puso al frente de su exército, que entonces sin duda podia llamarse formidable, y á gran priesa se dirigió á la capital, por el camino de Tlascala. Ofrecieronse aquellos fieles republicanos todas sus tropas para que le ayudasen; pero

Cortés, manifestándoles su agradecimiento, admitió solo dos mil hombres.

Prosiguió con ellos su marcha; y por fin llegáron á México, sin haber hallado mas obstáculo que una suma escasez de víveres, y grandes señales de desafecto en los pueblos por donde transitaban. Su entrada en aquella capital fue esta vez muy diferente de la primera. Halló quemados los bergantines; todo el pueblo en un silencio que parecia cauteloso, y tan desiertas las calles, que tampoco se encontró á ningun Español hasta llegar al alojamiento. Allí se abrazáron unos á otros con las mas vivas expresiones de júbilo, manifestando la gente de Alvarado su gozo por verse socorrida con tanta oportunidad, y la de Cortés el duplicado contento que le causaba la victoria pasada, y la satisfaccion de ver de nuevo á sus compañeros: y el mismo Motezuma, que en cumplimiento de su palabra aun se mantenia en el quartel de los Españoles, mostró

tomar parte con sinceridad en el comun regocijo.

Cortés con el nuevo refuerzo que habia conseguido, y el aprecio que hacian de él los Mexicanos, hubiera sosegado fácilmente aquella sedicion, si él mismo no se hubiese apartado de su conducta ordinaria. Pero engreido por la constancia, con que siempre le habia asistido la fortuna, principió á mirar con desprecio qualquier peligro á que pudiese verse expuesto; y juzgó superfluo ocultar ya con cautela sus verdaderos designios. En efecto, refieren algunos historiadores, que desde entonces dió en tratar á Motezuma con la mayor altivez; y que al parecer le abandonó su prudencia de tal manera, que solo opuso orgullo y menosprecio al enojo de toda una nacion irritada.

Este, hijos mios, es un exemplo instructivo, por el qual conocereis el grado de insolencia y estupidez, á que pueden llegar aun los hombres de mejor disposicion, quando por algun

tiempo todo se les proporciona á medida de sus deseos. En este caso suele adormecerse su razon en términos, que cometen unos excesos, de que no hubieran sido capaces antes: tan cierto es que el hombre no ha nacido para gozar aquí en la tierra de una perfecta y contínua felicidad, y que sin recurso seria perdido, si todas las cosas le saliesen á su gusto. Las prosperidades contínuas causan en el alma los mismos efectos, que en el cuerpo las bebidas fuertes, usadas con exceso: al contrario de las adversidades y disgustos, que fortifican el espíritu, como la quina entona y fortifica al enfermo extenuado. Tened presente, queridos hijos, todo esto, para no dexaros sorprehender, quando en el discurso de vuestra vida os sucedan lances extraordinarios, y no murmurar de la benéfica Providencia, si tal vez os presentare el cáliz de la amargura. Apuradle por lo contrario con valor, complaciéndoos de antemano por las nuevas fuerzas que adquirirá vuestro corazon para obrar

con integridad y justicia. Y con esto ya basta por hoy.

RELACION XXXII.

EL PADRE. Quisiera yo concluir aquí mi narracion, ó que otro se pusiese en mi lugar para continuarla.

ALGUNOS. ¿Por qué, papá?

EL PADRE. Porque como la mayor parte de lo que sigue se reduce á guerras, estragos y muertes, me causa pena referiros tantas calamidades.

FEDERICO. ¿Y le parece á vmd. que eso no podrá sernos de alguna utilidad?

EL PADRE. ¿De qué manera?

FEDERICO. Sirviéndonos de exemplo para quando seamos grandes.

EL PADRE. Dices bien: y pues que deseais aprovecharos de la continuacion de mi historia, para detestar cada vez mas las acciones malas, y exercer con mayor complacencia la virtud, me convengo á proseguir, sin pasar por alto ninguna de las circunstancias mas notables.

TODOS. ¡Gracias, papá!

EL PADRE. Continuemos pues enhorabuena.

Lisonjeándose Cortés de que seria fácil contener á los Mexicanos con la fuerza, dispuso que saliese Diego de Ordaz, uno de los Oficiales de mas valor, con quatrocientos hombres, entre Españoles y Tlascaltecas, á reconocer si el pueblo estaba tranquilo, ó si se disponia para nuevas hostilidades. Tratando Ordaz de evacuar su comision, principió á marchar con buen órden por las calles de México, y á poca distancia descubrió una tropa de gente armada, que al parecer le presentáron los enemigos para cebarle. Avanzando entonces con ánimo de hacer algunos prisioneros para tomar lengua, se encontró de improviso con un exército de innumerable muchedumbre, que le buscaba por la frente, y con otro á la espalda, que le cerraba el paso á la retirada. Embistiéronle uno y otro con igual ferocidad, al mismo tiempo que se dexó ver en las

ventanas y azoteas tercer exército de gente popular, que ofuscaba la luz del dia, llenando el ayre de piedras y armas arrojadizas.

Diego de Ordaz, que por fortuna tenia desembarazo y capacidad, lejos de turbarse en aquel conflicto, ordenó al momento su gente, segun lo exîgian las circunstancias, mandando executar una evolucion, que en el dia llaman los militares formar en quadro. Con esto, dió quatro frentes á su exército, colocando en ellas las lanzas y espadas, y en el centro las armas de fuego, á fin de que con las primeras se resistiese á los que acometian por los lados, y con las segundas se rechazasen las ofensas de arriba. Verificada esta formacion, no se detuvo en aguardar al enemigo, sino que marchó contra él, dirigiéndose adonde estaba mas espesa la muchedumbre. No tardáron los Mexicanos en retroceder desordenadamente: Ordaz se abrió camino con el acero; y por último se consiguió la retirada, que no dexó de costar algu-

na sangre, porque volviéron heridos el mismo Diego de Ordaz, y los mas de los suyos, quedando muertos un Español y ocho Tlascaltecas.

Pensaban los nuestros que con este escarmiento desmayarian los Mexicanos, y que ya no se atreverian á intentar nuevos acometimientos; pero á poco de haber entrado en el quartel la gente de Ordaz, advirtiéron á lo lejos que el enemigo avanzaba á manera de torrente impetuoso, con apariencias de querer dar un asalto general. Preparóse Cortés para la defensa, y se dió principio al combate con un furor y encarnizamiento, de que hasta entonces habia habido muy pocos exemplares.

Embistiéron los Mexicanos con tal gritería, y haciendo tal estrépito con sus bocinas y demas instrumentos marciales, que apenas se percibia el estruendo de los cañones. Todos se manifestaban resueltos á vencer ó morir tanto, que á pesar del horrible destrozo que hacia la artillería, se ade

lantaban de tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, y se volvian á cerrar animosamente, pisando muertos, y atropellando heridos.

Llegáron muchos á ponerse debaxo del cañon, y á intentar el asalto con increible denuedo, valiéndose de sus instrumentos de pedernal para romper las puertas, y derribar las paredes. Unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas: otros hacian escalas de sus propias picas para ganar las ventanas ó terrados; y todos se arrojaban al hierro y al fuego como fieras irritadas.

Continuáron todo el dia con el mismo furor, hasta que despues de haber perdido un número inmenso de gente, se retiráron al acercarse la noche, mas bien por la supersticiosa costumbre de no pelear en ausencia del sol, que porque diesen esperanzas de haberse decidido la qüestion. Antes por lo contrario, se atreviéron poco despues á turbar el sosiego de los Españoles, poniendo fuego por diferentes

partes al quartel; y creciéron las llamas con tanta rapidez y vigor, que costó un trabajo increible extinguirlas.

El dia siguiente, apenas se dexó ver la primera luz de la mañana, se presentáron otra vez los Mexicanos, y tuviéron los Españoles que andar de nuevo con las armas en la mano, aunque fatigados con el combate del dia anterior, y la tarea de la noche pasada. Contemplo superfluo haceros una relacion circunstanciada de los demas reencuentros que hubo, por ser todos poco mas ó menos iguales á los primeros; y bastará con que sepais por mayor, que no habia forma de que se aplacase la cólera de aquellos Indios enfurecidos, á pesar de que fuéron vanos todos sus esfuerzos para tomar el quartel, y de que Cortés, en varias salidas que hizo, dexó tendidos en el campo de batalla á muchos millares de ellos, y reduxo á cenizas una gran parte de la ciudad. Sin detenernos pues en estas particularidades, pasaremos desde luego á un aconteci-

miento, que precisamente ha de excitar toda vuestra compasion, y que yo tampoco podré referir sin enternecerme.

En una de aquellas refriegas quedáron heridos muchos soldados, y tambien Cortés salió con un flechazo en la mano izquierda, y dos pedradas en una rodilla. Con este pretexto se retiró á su aposento, para discurrir á sus solas los medios de salir de la funesta situacion en que se veia; y ya principiaba á soltar las riendas al discurso, quando se tocó un arma muy viva en el alojamiento. Corrió al punto á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general, que intentáron los enemigos. Nunca fue mas necesaria su presencia que entonces, porque los Mexicanos peleaban con mucho mayor teson y encarnizamiento que el que habian manifestado las otras veces, y solo su actividad y el valor de los suyos pudiéron frustrar los intentos de aquellos furiosos.

Estaban en lo mas vivo de la accion, quando Motezuma, ó bien de su propia voluntad, ó bien á insinuacion de los Españoles, determinó presentarse desde la muralla á los sediciosos, para ver si con su presencia lograba contenerlos. Tomó por tanto las vestiduras Reales, se puso la diadema y el manto imperial, y no omitió las joyas con que solia adornarse en los actos de mayor solemnidad. Con este aparato, y con los principales Mexicanos que duraban en su servicio, subió al terrado; y asomándose uno de ellos al pretil, dixo en voces altas, que previniesen todos su atencion y reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos.

Cesáron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, se convirtiéron las voces en respetuoso silencio. Dexose ver entonces de la muchedumbre, manifestando en el semblante una severidad apacible. Dobláron muchos la rodilla quando le

descubriéron, y los mas se humilláron hasta poner el rostro en el suelo. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia: mandó que se acercasen algunos, llamándolos por sus nombres: los honró con el título de amigos y parientes: agradeció el afecto con que deseaban su libertad; y luego continuó su arenga, procurando persuadirlos de que permanecia voluntariamente en el quartel de los Españoles, tanto para imponerse en sus usos y costumbres, quanto para dar á conocer el aprecio que hacia del Monarca que los enviaba, y concluyó, diciéndoles: que ya aquellos extrangeros estaban resueltos á marcharse, y que por consiguiente les ordenaba á ellos, al paso que les concedia un perdon general, que depusiesen las armas, y volviesen á sus hogares.

Acabó de esta manera su oracion, sin que nadie se atreviese á responderle. Duró algun rato el silencio; pero luego principió á remolinarse la ple-

be, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion. Llegó el desacato á desprecio: dixéronle á grandes voces, que ya no era su Rey, que dexase la corona y el cetro por la rueca y el uso, llamándole cobarde, afeminado, y prisionero vil de sus enemigos. Perdianse las injurias en los gritos, y él se esforzaba con el semblante y con la mano por dar lugar á sus palabras, quando empezó á disparar la muchedumbre, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Procuráron cubrirle con sus rodelas dos soldados, que puso Hernan Cortés á su lado, previniendo este peligro; pero no bastó su diligencia para que dexasen de alcanzarle algunas flechas, y con mas rigor una piedra que le hirio en la cabeza, rompiendo parte de la sien, cuyo golpe le derribó en el suelo sin sentido. Sintió Cortés en lo mas vivo del corazon este suceso; y habiendo mandado retirar á su quarto al desgraciado Monarca, acudio con nueva irritacion á la venganza; pero se ha-

lló sin enemigos en quienes descargar su enojo; porque al mismo instante que viéron caer á su Rey, ó pudiéron conocer que iba herido, se asombráron de su misma culpa, y huyendo sin saber de quien, ó creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses, se dispersáron, corriendo á esconderse del cielo con aquel género de confusion, que suele quedar en el ánimo, al acabarse de cometer algun enorme delito.

No tardó el infeliz Motezuma en volver en sí; pero tan despechado, que fue necesario detenerle, para que no se quitase la vida. Fuéron inútiles quantos esfuerzos hizo Cortés para tranquilizarle, porque se negaba pertinazmente á todo género de consuelo, y en los arrebatos de su furor se quitaba las vendas, y desviaba los medicamentos. Esta violenta agitacion de su espíritu, y su obstinacion en no querer tomar alimento alguno, aceleráron su muerte, pues espiró al cabo de tres dias, detestado de sus vasallos; y hasta

el postrer aliento desechó las exhortaciones de Cortés y del Padre Olmedo, que hiciéron quanto les sugirió su zelo, para inducirle á que abrazase la religion cristiana.

Este fue el trágico fin de un Príncipe, que al parecer nació para servir de exemplo de la inconstancia de la fortuna. Desde la cumbre de la grandeza se vió por un acontecimiento del todo imprevisto, esto es, por la llegada de unos extrangeros, cuya exîstencia ni siquiera conocia, lanzado en un instante al abismo mas grande de humillacion. ¿A quién un año antes le hubiera pasado, ni tampoco por la imaginacion, tan repentina y lastimosa caida? Esto, hijos mios, debe enseñaros á no esperar que la felicidad de este mundo sea duradera, y servirnos de estímulo para adquirir los bienes intelectuales, los únicos que no estan sujetos á mudanza. ¿Y quáles os parece á vosotros que son estos bienes?

ANTONIO. La virtud y la prudencia

HENRIQUE. Y la instruccion.

EL PADRE. Esos son con efecto. Conviene pues, que trabajemos toda la vida, para juntar un caudal abundante de ellos, en la seguridad de que nadie, ni la misma muerte, podrá quitárnoslos. Pero veamos ahora lo que sucedió luego en México.

No intentáron los Indios faccion particular que diese cuidado, en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas; pero apenas faltó, quando procediéron á la coronacion del nuevo Soberano, para volver despues con mas ardor á las hostilidades contra los Españoles.

FERNANDO. ¿A quién eligiéron por Emperador?

EL PADRE. A un sobrino de Motezuma, llamado Quetlavaca, que era Cacique de Iztapalapa, ciudad de que ya tenemos noticia.

FEDERICO. ¿Aquella por donde pasó Cortés al ir á México, y que está situada cerca de la laguna?

EL PADRE. La misma. Volvió pues el nuevo Emperador á la guerra contra los Españoles, principiando con

una operacion que los puso en grande apuro. Mandó guarnecer con gente escogida el techo y las torres de un vasto adoratorio que dominaba el quartel, disponiendo de antemano que subiesen muchas piedras y vigas, para que desde allí, aprovechando la ventaja del sitio, molestasen á los nuestros, lanzándolas al patio principal del alojamiento. Cortés, que entonces pensaba seriamente en retirarse de México, viendo que esta disposicion le impedia hacer los preparativos para la partida, juzgó indispensable ante todo desalojar al enemigo de un puesto tan ventajoso. Cometió esta expedicion al Capitan Escobar, poniendo á su cargo los soldados de mejor calidad; y él entretanto con la demas gente pasó á desembarazar las calles inmediatas, para asegurar las espaldas de los que asaltasen el adoratorio.

Dióse principio á la accion, ocupando los Españoles todas las bocas-calles: al mismo tiempo acometió Escobar, penetrando hasta el atrio infe-

rior, sin hallar oposicion, porque los Indios le dexáron adelantar advertidamente, para ofenderle mejor desde mas cerca; y llegada la ocasion se coronáron de gente los pretiles, é hiciéron la descarga, disparando sus flechas, y arrojando por las gradas, que segun dicen algunos no eran menos de ciento, gruesas vigas encendidas y grandes piedras, con tanto ardor y concierto, que le obligáron á detenerse. Tres veces volvió al asalto, y á pesar del valor con que peleáron él y su gente, las tres veces fue rechazado.

Cortés, que en todo este tiempo no se habia estado con las manos cruzadas, noticioso de la situacion de Escobar, corrió inmediatamente á socorrerle. Apeóse del caballo, se hizo atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y con tanta resolucion, que dexó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Venciéronse con presteza los impedimentos; se ganó del primer bordo la última grada, y poco des-

pues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y de los chuzos. Defendia aquel puesto la mayor parte de la nobleza Mexicana, y en su resistencia se conoció lo que diferencia á los hombres el incentivo de la reputacion, porque unos se dexaban hacer pedazos, antes que rendir las armas, y otros se precipitaban de lo alto, persuadidos á que mejoraban de muerte si la tomaban por sus manos. Pero sobre todo fue notable y digna de memoria la hazaña, que discurriéron dos Indios valerosos en el ardor de la batalla, y el denuedo con que intentáron executarla. Resolviéronse á dar la vida por la patria, creyendo acabar la guerra con su muerte; y era el designio de los dos, precipitarse á un tiempo del pretil, por donde faltaban las gradas, llevándose consigo á Cortés. Anduviéron juntos, buscando la ocasion; y apenas le viéron cerca del precipicio, quando arrojáron las armas, para poderse acercar, como fugitivos que iban á rendirse. Llegá-

ron á él con la rodilla en el suelo, y asiéndole en ademan de pedir misericordia, se dexáron caer con la presa en las manos, dando mayor violencia al impulso, con la fuerza natural de su mismo peso. Despidiólos de sí Cortés, no sin alguna dificultad, agarrándose al mismo tiempo al pretil, donde se mantuvo tan firme, que los dos agresores cayéron solos; y aunque en su muerte reconoció el peligro en que le habian puesto, no pudo dexar de sorprehenderle aquel atrevimiento, que por la parte que tuvo de hazaña, léjos de excitar su enojo, mereció su admiracion.

No cesó el combate hasta despues de haber perecido toda la guarnicion del adoratorio, que, segun algunos historiadores, se componia de trescientos nobles de la primera distincion, de los quales solo seis quedáron vivos: prueba evidente de que tambien aquellos bárbaros sentian los estímulos del honor.

Mientras Cortés vencia por este

lado, cargaban las fuerzas del enemigo á las calles, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquellas avenidas, por cuyo motivo, así que acabó de apoderarse del adoratorio, se dispuso inmediatamente para ir tras de la victoria, tambien por aquella parte. Cobró por tanto su caballo; afianzó la rienda en el brazo herido, tomó una lanza, y partió al socorro, haciendo que le siguiesen los demas caballeros. Al primer choque rompió la multitud enemiga, hiriendo y atropellando sin perder golpe, ni olvidar la defensa; pero cegado de su mismo valor se adelantó á todos; y quando volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venia cargando todo el tropel de los fugitivos. Resolvió tomar otra calle, creyendo hallar en ella menos oposicion, y á pocos pasos encontró una partida numerosa de Indios mal ordenados, que llevaban preso á su grande amigo Andres de Duero, porque dió en sus manos, cayendo su caballo, y le valió para que no le quitasen la vida el ir

destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demas, con que pudo el preso desembarazarse de los que le oprimian, para servirse de un puñal, que le dexáron por descuido quando le desarmáron. Hízose lugar con muerte de algunos, hasta cobrar su lanza y su caballo; y unidos los dos amigos pasáron la calle á galope, rompiendo por las tropas enemigas, hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró siempre Hernan Cortés esta accion como una de sus mayores felicidades.

Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no pareció conveniente pasar á mayor empeño, tanto por no hacer mas sangrienta la victoria, quanto porque no era posible seguir el alcance sin desamparar el alojamiento. Hízose la seña de recoger, y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fue sin mas pérdida que la de algunos heridos.

RELACION XXXIII.

EL PADRE. El dia siguiente se mantuviéron los dos partidos en inaccion. Cortés se ocupó en continuar los preparativos para la retirada, y los Mexicanos aparentáron no tener ánimo de proseguir las hostilidades. Sin embargo, muy léjos estaba de ser sincera tan repentina disposicion á la paz, porque nunca pensáron con mas ardor que entonces en exterminar enteramente á los Españoles; y aquel sosiego solo provenia de que habian discurrido otro modo de poner en execucion su designio. Acordáron pues sitiarlos por hambre, y cortarles la retirada, rompiendo las puentes que daban paso al camino de Veracruz: terrible proyecto, que á la verdad podia ser muy fatal para nuestra gente.

Pero Cortés, que estaba acostumbrado á precaver todos los accidentes, no se descuidó en tomar sus medidas para este. Hizo construir á toda priesa

un puente portátil de vigas y tablones, para ocupar las aberturas de las calzadas; y concluida esta obra, mandó que todos estuviesen dispuestos para marchar la noche siguiente, esperando que las tinieblas favorecerian su retirada, ó que la supersticion de los Mexicanos de no pelear en ausencia del sol, les impediria que le molestasen; mas esta vez le salió errada la cuenta.

Llegada la noche, dividió el exército en tres columnas. Puso la primera ó la vanguardia al cargo de Gonzalo de Sandoval; reservó el centro para sí, y encargó la retaguardia á Pedro de Alvarado, y á Juan Velazquez de Leon. Hizo despues un breve discurso á los soldados, procurando convencerlos de la necesidad, en que se hallaban, de abandonar las riquezas que habian juntado, á fin de estar mas ágiles y expeditos para manejar las armas. Aprobáron algunos su dictámen; pero otros se quejáron tan altamente de esta disposicion, que se vió precisado á mitigarla, añadiendo, que por lo menos no

llevasen sino lo que conociesen que no podia embarazarles. Conformáronse los mas cuerdos con esta advertencia, al contrario de los codiciosos, que no haciendo aprecio de ella, cargáron con un peso, que no tardó en causar su última ruina.

Seria poco menos de media noche, quando se dió principio á la marcha. Emprendióla el exército con el mayor silencio, y favorecian el intento la obscuridad y la lluvia. Llegáron sin hallar oposicion hasta el primer canal de la calzada que conducia á Tacuba: camino que por dos razones prefirió Cortés: la primera, por ser precisamente el mas corto; y la segunda, porque esperaba con algun fundamento, que los Mexicanos al romper los puentes, hubiesen olvidado el de aquella parte, por ser del todo opuesto al camino que traxéron los Españoles quando entráron en México. Mas no tardó en manifestarse falsa su conjetura; pues así que llegáron al primer puente, advirtiéron que ya estaba deshecho. Co-

locáron el que llevaban consigo; pero con el peso de los caballos y de la artillería, aferró tanto en las piedras que le sustentaban, que no quedó capaz de poderse mudar á los demas canales, como se habia ideado; ni llegó el caso de intentarlo, porque antes que acabase de pasar el exército el primer tramo de la calzada, fue necesario acudir á las armas.

Habian dispuesto los Mexicanos su faccion con admirable maestría. Observáron con vigilante disimulo los movimientos de sus enemigos, y juntáron y distribuyéron sin ruido la multitud inmanejable de sus tropas, sirviéndose de la obscuridad y del silencio para lograr acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, y entráron los Indios al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyéron sus gritos, y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dexáron sentir los golpes de sus flechas.

Viéronse los Españoles cercados

por todas partes, sin esperanza de vencer, ni salvarse, pues era tal el furor con que peleaban los Mexicanos, que así que uno perecia, ocupaba otro inmediatamente su lugar; y en vez de disminuirse su número, se iba aumentando de suerte, que ya no bastaban las fuerzas al continuo exercicio de las espadas. Empleáron los nuestros todo su valor para abrirse camino; pero llegó el caso de que ni servian las armas de fuego, ni aprovechaba la mejor táctica; por manera, que cansados de matar, quedáron sin aliento para poder resistir á la multitud de enemigos, que á modo de torrente impetuoso proseguian cargando de todas partes. Retrocediéron por tanto los que iban delante, y resultó de esto tal confusion, que con la obscuridad andaban desordenadamente mezclados, infantes y caballos, Españoles y Mexicanos, ofendiendo cada uno al que hallaba á su lado, sin distinguir si era amigo ó contrario.

Cortés entretanto con un cuerpo de cien hombres, penetrando animosa-

mente por entre la muchedumbre, pasó la segunda division de la calzada, y luego la tercera, sirviéndole de puentes los Indios muertos, que fuéron tantos, que bastáron para cegar los canales, y facilitar el paso á los Españoles. Llegó á tierra con aquel corto trozo de gente; pero viendo que la mayor parte del exército quedaba atras, juntó algunos soldados, de los que no estaban heridos, y volvió con ellos á la calzada para socorrer al resto de sus compañeros, á quien estrechaba terriblemente el enemigo. Mas no anduvo mucho trecho, porque se encontró luego con Pedro de Alvarado y unos quantos Españoles y Tlascaltecas heridos, los quales diéron noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia. Angustióle no poco este funesto aviso, aumentando sobremanera la afliccion de su espíritu, no menos las voces lastimeras de los que perecian, que los lamentos de los infelices, que habiendo caido vivos en poder del enemigo,

eran conducidos al templo para ser sacrificados. Quebrábasele el corazon al oirlos: hizo quanto pudo para libertarlos; pero fuéron inútiles todos sus esfuerzos, porque ya no era posible penetrar hasta ellos, y de consiguiente tuvo que contentarse con recoger los pocos que consiguiéron huir, los quales tambien estaban tan quebrantados, que no hubieran podido sostener un nuevo combate.

Por fin rayó el alba, y aquella primera luz del dia hizo mas patente el horrible destrozo de la noche pasada. Saltáronsele á Cortés las lágrimas al contemplar los muchos Españoles que habian perecido, parte ahogados, y parte a manos del enemigo; y sobre tantos motivos de sentimiento, miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos Capitanes principales, en cuyo número fuéron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo, y Juan Velazquez de Leon, causando la pérdida de este último un sentimiento ge-

neral, porque ademas de ser soldado de mucho valor, le respetaban todos por sus apreciables calidades, como á la segunda persona del exército. Perdióse la artillería, las municiones, el bagage, y todas las riquezas que habian juntado. Muriéron mas de mil Tlascaltecas, quarenta y seis caballos, los prisioneros Mexicanos, y al pie de trescientos Españoles, que por la mayor parte fuéron de los que cargáron con mas oro, cuyo peso miserable los hizo torpes en el combate, y tardos en la fuga. La noche en que sucedió este terrible fracaso, quedó perpetuada en Nueva España con el nombre de noche de la desolacion.

Hizo alto el exército cerca de Tacuba. No se reputó por conveniente detenerse allí mucho tiempo, porque estaba en armas todo el pais. Tlascala era el único parage que ofrecia un asilo seguro; pero para tomar el camino de aquella ciudad aliada, era necesario costear toda la parte septentrional de la gran laguna de México; y como los

Españoles se hallaban entonces en la parte occidental, tenian que emprender una marcha de muchos dias por tierras desconocidas, donde regularmente no encontrarian los víveres y refrescos de que necesitaban: sin embargo, no quedándoles otro recurso alguno, se pusiéron inmediatamente en camino.

No es fácil dar una idea de los peligros á que se halláron expuestos, ni de los inmensos trabajos que padeciéron en su retirada aquellos infelices, debilitados ya por los combates, el hambre y las heridas. Rodeados de vencedores orgullosos que sin cesar los estrechaban, se veian precisados á caminar por tierras desiertas, y casi intrasitables, que no les proporcionaban mas bastimentos que yerbas y raices. No pocas veces desmayaban baxo el peso de tantas calamidades; pero les infundia nuevo aliento el exemplo de su intrépido Capitan, el qual soportaba con admirable entereza la suma de aquellos males, sometiéndose á ellos

como el mas infeliz soldado. Era el primero en arrostrar todos los riesgos, y el último quando se trataba de disfrutar algun alivio, conservando siempre su acostumbrada presencia de ánimo, y su inagotable fecundidad de recursos.

Cinco dias habia que caminaban, sin haber llegado aun al término de tan penosa jornada. Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, que por fortuna consiguiéron escaparse de la batalla, y de la confusion de la noche de México, reparáron que los Indios que iban molestando la marcha, decian muchas veces: andad, tiranos, que presto llegareis donde perezcais. Diéron que discurrir estas voces, y solo el sexto dia, quando ya estaban los Españoles cerca de un llano, llamado de Otumba, se comprehendió el motivo que las originaba; porque al vencer una altura, se descubrio un exército poderoso, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista; último esfuerzo del poder

Mexicano. Reconocida por los nuestros la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Cortés á exâminar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones, y hallándolos mas inclinados á la ira que al miedo: llegó el caso, dixo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros. A continuacion puso en órden su gente, y con su acostumbrada serenidad avanzó sin pérdida de tiempo contra el enemigo.

Así como caen las espigas baxo la hoz del segador robusto, de la misma manera los Mexicanos, confusamente arremolinados, caian baxo las espadas de los Españoles, que no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Pero los Indios peleaban con tanta obstinacion, que corrian á llenar el puesto de los que morian; y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los Españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco.

Acudia Cortés á todas partes, llevando en su lanza el terror y la muerte. No obstante, le traia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los Indios, porque no era posible que se dexasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurriendo en los partidos que podia tomar, le ocurrió una observacion de las que solia depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los Mexicanos, que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte Real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó la resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario, para apoderarse de aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á varios Capitanes, para que le seguiesen y guardasen las espaldas, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el

intento, embistiéron á poco mas de media rienda, por la parte que parecia mas flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los Indios, temiendo como solian el choque de los caballos, y antes que volviesen á componerse, se arrojáron á la multitud confusa y desordenada, con tanto ardor y valentía, que rompiendo y atropellando esquadrones enteros, pudiéron llegar sin detenerse al parage donde estaba el estandarte del Imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los Capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el General de los Mexicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las vistosas andas, en que iba sentado. Desamparado ya de los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, saltó del caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, igualmente que el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Apenas le viéron

aquellos bárbaros en poder de sus enemigos, quando abatiéron las demas insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga, quedando por los Españoles el campo de batalla.

De esta manera una ocurrencia feliz salvó á todo el exército español, facilitándole una victoria no menos gloriosa que útil, pues fue tan considerable el botin, que bastó casi para indemnizar á los soldados de las riquezas que perdiéron en México, porque como los Mexicanos contaban con la victoria, iban prevenidos de galas y joyas para el triunfo.

Por último, el dia siguiente llegáron á los términos de Tlascala. Iban rezelosos de encontrar alguna mudanza en el ánimo de aquellos Republicanos; pero los nobles y generosos Tlascaltecas, lejos de vacilar en su fidelidad, á vista de los reveses de sus amigos, los recibiéron con tales muestras de obsequio y veneracion, que diéron á conocer claramente, que no era capaz de artificio aquel género de since-

ridad: raro exemplo de una amistad pura y desinteresada, que en algun modo servirá para mitigar los horrores de la relacion que á pesar mio he tenido que haceros.

En el seno de aquella nacion generosa descansó nuestra gente, y todos tuviéron sobrada comodidad para ocuparse en su restablecimiento, menos Cortés, que á pesar de que lo necesitaba mas que otro alguno, traia en el ánimo nuevos proyectos, que ofrecian continuo exercicio á su vigilante cuidado. Tuvo que hacer la guerra á varios pueblos confinantes con Tlascala, para separarlos de la confederacion con los Mexicanos. Fundó una ciudad, que llamó Segura de la Frontera: sosegó á los suyos que le requerian para que desistiese de la conquista de Méxi-co; y por fin quando menos lo esperaba, vió que la fortuna proseguia favoreciendo sus designios, pues le deparó por el camino mas extraño, y con la mayor oportunidad, un considerable refuerzo.

Tan lejos estaba el Gobernador de Cuba, Diego Velazquez, de temer que Pánfilo de Narvaez con las grandes fuerzas que llevaba pudiese haber sido vencido, que poco despues de su salida, y sin esperar noticias suyas, le despachó dos baxeles con víveres y municiones. Hiciéronse á la vela en derechura para Veracruz, y llegados al surgidero de San Juan de Ulua, Pedro Caballero, que mandaba en aquella costa, sacó á tierra con maña á la tripulacion, que viéndose entonces prisionera de Cortés, se avino con facilidad á servir baxo su mando.

Pero no paró aquí lo que la fortuna determinó hacer por su favorito, porque poco despues se presentáron delante de la misma costa otros tres navíos de mas que mediano porte.

FEDERICO. ¿Enviados tambien por Diego Velazquez?

EL PADRE. No. Formaban parte de una esquadra, que habia dispuesto un tal Francisco de Garay, Gobernador de la Jamayca, para hacer nuevos des-

cubrimientos. Es necesario advertir, que quando el exército de Cortés estaba en Zempoala, llegáron á la costa otras embarcaciones de Garay, con intento de conquistar por aquella parte, y por industria de Cortés, y lo mal que las recibiéron los Indios, tuviéron que retirarse. Sin embargo, perseverando Francisco de Garay en su resolucion, previno de nuevo armada; juntó mayor número de gente, y envió sus mejores Capitanes á la empresa; pero esta segunda invasion tuvo el mismo éxîto que la primera; porque apenas saltáron en tierra los Españoles, quando halláron tan vigorosa resistencia en los naturales del pais, que volviéron rotos y desordenados á buscar sus naves; y atendiendo solo á desviarse del peligro, se hiciéron á la mar por diferentes rumbos. Anduviéron perdidos algunos dias, y sin saber unos de otros, fuéron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de Veracruz, donde se alistáron en el exército de Cortés, que por medio de es-

tas extraordinarias casualidades consiguió un socorro de gente, víveres y municiones bastante para compensar las pérdidas pasadas.

Con esto, y despues de haber despachado nuevos comisarios á la Corte, para dar cuenta de todo al Rey, y otros á Santo Domingo para pedir socorros, é informar del estado de su expedicion á los quatro Religiosos de San Gerónimo, que presidian la Real Audiencia de aquella isla, encargada con suprema autoridad para entender en las dependencias de las otras islas, y de la tierrafirme que se iba descubriendo, dirigió todos sus pensamientos á la recuperacion de México, y á la entera conquista de aquel vasto Imperio. Avigoráronle sus fieles aliados los Tlascaltecas, y otras naciones confederadas, poniendo á su disposicion un exército de mas de setenta mil combatientes.

FERNANDO. Ya con fuerzas tan formidables no seria menester mucha habilidad para conquistar á México.

EL PADRE. No digas eso, Fernando; pues ahora oirás como los Mexicanos se habian vuelto otros, porque ya tenian un Emperador muy hábil y valiente.

CARLOTA. ¿Era el mismo que eligiéron poco tiempo hace, y que si no me engaño se llamaba Quetlavaca?

EL PADRE. No; porque ese, que mandó con mucha bizarría á los Mexicanos, la noche que los Españoles evacuáron á México, ya habia muerto.

FEDERICO. ¿Pereció acaso en aquella ocasion?

EL PADRE. No: vivió Quetlavaca todavía algun tiempo, y murió luego de viruelas: enfermedad que, segun la mayor parte de los historiadores, introduxo en América un negro que iba en el exército de Narvaez; aunque otros, á cuyo dictámen se inclina tambien nuestro Herrera, suponen que esta y otras enfermedades eran fixas y generales en las Indias, de cierto en cierto tiempo. Lo que no admite duda es que entonces hizo grandes estragos en aquella tierra, y que Quetlavaca

fue víctima de ella; por cuyo motivo eligiéron los Mexicanos por Emperador á un sobrino de Motezuma, llamado Guatimocin.

FEDERICO. ¿Y era hombre capaz?

EL PADRE. Era mozo de grandes prendas, muy generoso, y digno de la corona. Se aplicó desde luego á los negocios públicos; formó con mucho tino su plan de defensa, y así que tuvo aviso de los nuevos preparativos que hacian los Españoles, tomó las mas acertadas providencias para frustrar qualquier designio á que pudiesen aspirar, proponiéndose defenderse hasta perder la última gota de sangre.

Noticioso Cortés de todas estas disposiciones, no dexó de conocer los peligros y dificultades que tenia que superar; mas acostumbrado de mucho tiempo á vencer obstáculos, se puso con intrepidez al frente de su nuevo exército, y tomó sin mas dilacion el camino la vuelta de México. Pero hasta mañana no harémos que dé principio á la marcha.

RELACION XXXIV.

FERNANDO. ¿Va vmd. á proseguir, papá?

EL PADRE. Ahora mismo. Cortés pues, como os dixe, puesto al frente de su exército, dirigió la marcha para la capital del Imperio Mexicano. Al acercarse á Tezcuco, llegáron embaxadores con insignias de paz, los quales al paso que solicitaban de parte del Cacique de aquella ciudad, que Cortés se dignase de honrarle con hospedarse en ella, á cuyo fin tenia prevenido alojamiento para todos los Españoles, pedian con igual encarecimiento, que se mantuviesen las naciones auxîliares fuera de los muros, donde serian asistidas con quanto necesitasen. Como habia suficientes motivos para dudar de la sinceridad de aquel Cacique, se tomó la determinacion de admitir el ofrecimiento, pero sin olvidar las cautelas de la guerra, una de las quales fue diferir la entrada á la ma-

ñana siguiente. Esta precaucion salvó la vida á los Españoles, y á su advertido General; pues quando entráron al otro dia, encontráron la ciudad casi desamparada, y solo despues de mucho tiempo, quando ya Cortés hubo tomado entera posesion del pueblo, se presentáron, aunque con rezelo, algunos habitantes. Por ellos se supo que el Cacique, de concierto con los Mexicanos, habia dado disposicion para acabar en una noche con todos los Españoles; pero que con motivo de la tardanza, y de haber tenido noticia, por sus embaxadores, de las grandes fuerzas de Cortés, le faltó el ánimo para continuar su estratagema, teniendo por mas conveniente la fuga.

El castigo que dió Hernan Cortés al artificioso Cacique, fue privarle de aquella dignidad, que poseia injustamente, habiéndosela usurpado á su hermano mayor, á quien habia muerto con violencia, y puso en su lugar, á peticion de los principales del pueblo, á un hijo del Cacique difunto,

heredero legítimo de aquella especie de soberanía, y mozo de bella disposicion, y de tan noble y agradable presencia, que Cortés, al verle la primera vez, se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir, prometiéndole afectuosamente su proteccion. Con este nuevo acierto de su prudencia consiguió aumentar el número de sus aliados, porque el Cacique recien elegido debia precisamente, no menos por interes que por agradecimiento, ser partidario suyo; por cuya razon resolvió tambien sentar el quartel en aquella ciudad, hasta que se concluyesen los preparativos para la recuperacion de México.

FERNANDO. ¿Y qué preparativos necesitaba? ¿No podia marchar desde luego contra aquella capital?

EL PADRE. ¡Ola! para volverse despues con oprobrio y deshonra, ¿es verdad? No, Fernando mio. Cortés era valiente, y valiente como ninguno; pero tenia bastante prudencia para no intentar á ciegas y temerariamente una

empresa de tanta consideracion. Los Mexicanos estaban entonces en un pie respetable: habian tenido la precaucion de romper todas las puentes de las calzadas, levantando en las divisiones parapetos y trincheras, á fin de impedir que se colocasen en ellas los pontones levadizos. Guatimocin habia armado sus numerosas tropas con picas muy largas, para que pudiesen defenderse de muy lejos, y contaba sobre todo con una infinidad de canoas, que molestarian no poco á los Españoles por ambos lados de las calzadas, en caso de que se aventurasen á transitar por ellas.

En vista de lo qual comprehendió Cortés, que era inútil pensar en la conquista de aquella ciudad, entonces muy fuerte, sin tener antes una esquadrilla de buques pequeños, para dispersar las canoas, y sostener el ataque de las calzadas. No parecia posible hacerse con ella, porque ademas de que no habia en el exército sino dos ó tres carpinteros de ribera, era necesario

sacar el maderage de los bosques de Tlascala, y todos los Españoles no bastaban para traerle á Tezcuco. Sin embargo, siendo tal el carácter de Cortés, que al paso que crecian las dificultades, se aumentaba en él igualmente el empeño de vencerlas, supo tambien esta vez encontrar un arbitrio, disponiendo que los carpinteros se sirviesen de Indios para el corte de la madera, y lo demas que se pudiese fiar de su industria. Y mientras Martin Lopez, hombre hábil en esta clase de obras, entendia en la construccion de trece bergantines que se habian de llevar desarmados, sobre hombros de Indios, á la ribera mas cercana de la laguna, desde los montes de Tlascala, catorce ó quince leguas de áspero camino, se ocupó él en hacerse dueño de todas las cercanias de México, con el fin de impedirle los socorros, é incomodar de paso á los enemigos. De consiguiente se apoderó de todas las ciudades inmediatas, sujetando unas con la fuerza, y obligando á otras con medios mas sua-

ves á entrar en su confederacion. Traspasaba el alma de Guatimocin este fatal desamparo de sus infieles vasallos; y aunque fuéron inútiles quantos esfuerzos hizo para evitar sus funestas conseqüencias, no se apartó de la firme resolucion de defender hasta el postrer aliento la capital de su imperio.

Pero al mismo tiempo que Cortés traia el ánimo ocupado en estas disposiciones, se ofreció nuevo accidente, que pudiera haber acabado de un modo trágico con su empresa y su vida.

ALGUNOS. ¡Ay Jesus! Que lástima sería!

EL PADRE. Quando sepais el peligro que le amenaza, conocereis que esta vez, á pesar de su prudencia y entereza, le ha de costar mucho libertarse. Aunque los soldados de Narvaez, como ya hemos visto, se habian alistado voluntariamente en sus banderas, uno de los motivos principales de esta determinacion fue el creer que se harian ricos á poca costa. Pero así que viéron frustradas sus esperanzas, y

principiáron á discurrir en las grandes dificultades y riesgos que presentaba la conquista de México, se arrepintiéron de haberse inclinado á seguirle, anhelando por volverse á la isla de Cuba. Aprovechóse de esta disposicion de los ánimos un simple soldado, llamado Antonio de Villafaña, partidario secreto de Diego Velazquez, para formar una conspiracion, dirigida nada menos que á quitar la vida á Cortés y á todos sus amigos, y á elegir á otro General, menos inclinado á aquella empresa, que los conjurados juzgaban insuperable.

Tenian dispuesto fingir un pliego de Veracruz con cartas de Castilla, y dársele á Cortés quando estuviese á la mesa con sus confidentes, entrando todos con pretexto de la novedad; y así que se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion, para matarle á puñaladas, y executar lo mismo con los que se hallasen con él, juntándose despues para salir á correr las calles, apellidan-

do libertad: movimiento á su parecer bastante, para que se declarase por ellos todo el exército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demas que tenian por sospechosos.

Todo estaba ya prevenido, y solo faltaba un dia para la execucion del horrible atentado, habiendo sido tal la precaucion y el sigilo de los conjurados, cuyo número era considerable, que ni Cortés, ni sus amigos llegáron á concebir la mas mínima sospecha. Llegó la noche, y ya las tinieblas disimulaban la última junta de los asesinos, y encubrian el delito que meditaban; pero no podian ocultarle á los ojos de aquel que todo lo vé; para quien es luz la misma obscuridad, y cuya vista perspicaz penetra hasta los mas recónditos senos del corazon humano. Viólo pues Dios, y no hubo menester más para que se rasgára aquel denso velo, y la sangrienta trama quedase descubierta.

Con efecto, entráron de improviso los remordimientos mas crueles á des-

pedazar el corazon de uno de los conjurados. A medida que se acercaba la hora del asesinato, crecian en él la angustia y el horror en términos, que por mas que hiciese para resistirse, se vió por último precisado á entrar al aposento del General, y revelarle voluntariamente toda la trama.

Atónito quedó Cortés al oir semejante declaracion; pero acostumbrado á no embarazarse por nada, resolvió al momento prender á Villafaña, y asistir personalmente á su prision. Pasó luego á executarla, llevando consigo á varios de sus Capitanes, y le halló en su posada con tres ó quatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion, y Cortés despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos, con pretexto de hacer algun exámen secreto; y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho un papel, que contenia las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él el nombre de algunas personas, cuya infidelidad le puso en ma-

yor cuidado; pero recatándole de los suyos, aparentó ignorar quiénes eran los demas cómplices, ciñéndose á castigar al motor principal de la conspiracion, el qual convencido con la aprehension del papel, confesó desde luego su delito; y Cortés por sentencia de los jueces, nombrados para la formacion del proceso militar. le mandó ahorcar aquella misma noche, disponiendo que amaneciese colgado de una ventana de su alojamiento.

Sin embargo, no por eso dexó de quedar irritado y rezeloso, viendo quan crecido era el número de los delinqüentes; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados Españoles en el principio de su empresa. Para excusar pues el castigo de los culpados, sin desayre del sufrimiento, tendió la voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel, hecho pedazos, en que á su parecer tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y el dia siguiente juntó sus Capitanes y solda-

dos, y les dió noticia por mayor del castigo de Villafaña, y de la conjuracion que habia fraguado contra su vida y la de otros muchos que se hallaban presentes; añadiendo que tenia por felicidad suya el ignorar si habia tomado cuerpo el delito con la inclusion de algunos cómplices, aunque la diligencia que logró Villafaña para ocultar un papel que traia en el pecho, no dexaba dudar que los habia; pero que no queria conocerlos, y solo pedia encarecidamente á sus amigos, que procurasen inquirir si corria entre los Españoles alguna queja de su proceder, que necesitase de enmienda, porque deseaba en todo la mayor satisfaccion de los soldados, y estaba pronto á corregir sus defectos.

Respiráron con esta declaracion los que se hallaban culpados, dándose por seguros de que se ignoraba su delito; y sirviéron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad, para desmentir los indicios de la culpa. De esta manera Cortés, re-

primiendo prudentemente su cólera, evitó la pérdida de una pran parte de sus soldados, consiguiendo ademas convertir en fieles sequaces los que antes pudo haber temido como traidores.

Mas no ignorando, en fuerza del conocimiento profundo que tenia del corazon humano, que la ociosidad suele corromper aun á los hombres de mejor disposicion, resolvió ocupar á los revoltosos en alguna empresa, que no les dexase espacio para meditar nuevos proyectos. Presentósele muy presto la ocasion, porque tuvo aviso de que ya estaban concluidos los bergantines, y que solo faltaba traerlos desde Tlascala á Tezcuco; y siendo necesario para facilitar aquel tránsito peligroso por tierras mexicanas, que viniesen escoltados por Españoles, destinó para ello á los cómplices de Villafaña, nombrando por comandante á Gonzalo de Sandoval, Capitan de toda su satisfaccion y confianza.

La marcha fue de las mas particu-

lares y penosas. Componíase la vanguardia de tropas tlascaltecas, ocho caballos y cien Españoles: iban en el centro ocho mil tamenes con la tablazon, las xarcias, el herrage y demas aprestos; y aseguraban los costados diez mil Indios, formando la retaguardia otros cien Españoles, con otros quince mil Tlascaltecas. Ocupaba casi dos leguas todo el exército, cuya vanguardia tomó á su cargo el mismo Sandoval, fiando la retaguardia á un nuevo General de la República, llamado Chechimecal; pero este.....

LUISITO. ¿Y qué se ha hecho Xicotencal, que hace tanto tiempo que no hemos oido hablar de él?

EL PADRE. Xicotencal ya no vive.

ALGUNOS. ¿Cómo es eso?

EL PADRE. Ese feroz republicano jamas pudo mirar con indiferencia, que un extrangero le hubiese vencido, y así quando Cortés al retirarse de México volvió á Tlascala, tramó contra él una conspiracion. Malogrósele el intento, porque descubierto por el Senado,

se le hizo causa, y su mismo padre, qual nuevo Bruto, le condenó á muerte, entregándole al General Español, para que mandase executar la sentencia. Pero Hernan Cortés tuvo la generosidad de no consentir que se derramase la sangre de un soldado de valor, hijo de uno de sus mayores amigos; y de consiguiente no solo le perdonó, y le puso en libertad, sino que le llevó consigo á la nueva expedicion contra México.

Sin embargo, no bastó esta generosa indulgencia para vencer su natural altivez, y la aversion que tenia á los Españoles; pues al contrario, se valió de todos los medios posibles para desacreditarlos, y concitar contra ellos el odio de su nacion, hasta llegar al extremo de resolverse á desamparar el exército, con algunas tropas, que en fuerza de sus instancias ofreciéron seguirle. Quejóse de esto Hernan Cortés al Senado, el qual respondió, que aquel delito de amotinar los exércitos era digno de muerte, segun las leyes

de la República, y que así podia proceder contra Xicotencal hasta el último castigo, como se executaria si volviese á Tlascala. No obstante, valiéndose Cortés tambien esta vez de la dulzura, despachó algunos Indios para que procurasen reducirle, ó que por lo menos se detuviese hasta exponer la razon de su proceder; pero la respuesta, que fue no solamente resuelta, sino descortes, le puso en mayor irritacion, y envió luego en su alcance un cuerpo de Españoles para que le prendiese, y en caso de no reducirse le matase. Executóse lo segundo, porque se halló en él tan porfiada resistencia, que antes quiso morir que entregarse, peleando con extraordinario valor, hasta que cubierto de heridas cayó muerto en el suelo. Este trágico fin tuvo un hombre, que en otras circunstancias quizá hubiera sido un César ó un Aníbal.

ALGUNOS. ¡Qué lástima!

EL PADRE. Chechimecal, de quien os iba hablando, era un mozo del mis

mo temple, esto es, tan altivo y amigo de su opinion como Xicotencal, á quien se parecia tambien en lo temerario y presuntuoso; pero ademas tenia tal vanidad, que se agravió sobremanera de no ir en el puesto mas avanzado, diciendo que un General como él, que en el asalto de México habia de ser el primero que pusiese los pies dentro de sus murallas, debia ir siempre delante; y aunque Gonzalo de Sandoval procurase sosegarle, dándole á entender que aquel lugar que le habian señalado era el mejor del exército, por ser el mas expuesto, no hubo forma de convencerle, y se vió Sandoval obligado á quedarse con él para dar estimacion á la retaguardia.

Tenian que andar catorce ó quince leguas por caminos sumamente escabrosos. A cada paso se presentaban, para incomodar la marcha, cuerpos numerosos de Mexicanos, que al ver que en todas partes habia disposicion para recibirlos, se retiraban sin atreverse á venir á las manos. Por último, despues

de una marcha, en que se ofreciéron grandes dificultades y trabajos, tuvo Sandoval la satisfaccion de llegar con toda felicidad á Tezcuco, donde le recibió su General con las mas vivas demostraciones de gozo.

Hízose alto poco antes de entrar en el pueblo, por complacer á Chechimecal, que pidió algun tiempo para componerse y adornarse de plumas y joyas, diciendo que aquel acto de acercarse á la ocasion de tomar las armas, se debia tratar como fiesta entre los soldados: baladronada, que quando llegó á oidos de Cortés, le dió una idea poco favorable del valor y talento de aquel caudillo, porque estaba persuadido de que el verdadero mérito jamas se separaba de la modestia; y así no vuelve la historia á hablar mas de ese General fanfarron.

Mientras se trabajaba en armar los bergantines para echarlos al agua, ocurrió otro feliz accidente, que causó un júbilo universal en el campo de los Españoles. Llegáron á Veracruz qua-

tro navíos, despachados, segun la opinion mas verosímil, de la Española, con un refuerzo de doscientos infantes, ochenta caballos, armas y municiones, que se remitiéron inmediatamente á Tlascala, para que desde allí pasasen á Tezcuco, donde se recibió á un tiempo la noticia y el socorro.

Dióse entonces mas calor al apresto de los bergantines; y á pesar de que los Mexicanos hiciéron varias tentativas para destruirlos antes que se concluyesen, frustráron sus esfuerzos, no menos la vigilancia de Cortés, que el valor de su gente. Tratóse por fin de echarlos al agua, lo que se executó con la mayor solemnidad; y conseguida felizmente esta diligencia, al paso que los vientos henchian las velas, prorumpia el inmenso concurso en voces de júbilo, fixando la vista con admiracion ya en los bergantines que caminaban á velas tendidas, ya en el hombre admirable, que á pesar de todos los obstáculos, se habia hecho dueño de la laguna, que podia contem-

plarse como un baluarte inexpugnable de México.

Entonces fue quando determinó Cortés atacar aquella capital por tres lados, ocupando las tres calzadas principales de Tacuba, Iztapalapa y Cuyoacan. Para cuyo efecto dividió el exército en otras tantas partes, encargando á Pedro de Alvarado la expedicion de Tacuba con la primera, la de Cuyoacan al Maestro de campo Cristóbal de Olid con la segunda, y la de Iztapalapa con la tercera á Gonzalo de Sandoval, quedándose él con los bergantines, para sostener los ataques de todos, y acudir con los socorros donde lo exîgiese la necesidad.

Partiéron los tres Capitanes á ocupar sus puestos, y Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid consiguiéron romper de paso un aqüeducto de admirable construccion, que proveia á la ciudad de agua dulce, trayéndola desde una sierra distante algunas leguas: con cuya acertada diligencia pusiéron á los sitiados en el mayor apuro, prin-

cipiando por la falta de agua la serie de los males que tuviéron que sufrir luego.

Desde entonces no pasó dia en que no se derramase sangre. Los bergantines tenian que hacer frente á un número inmenso de canoas, y las tropas de tierra se veian en la precision de pelear continuamente con los enemigos que defendian las calzadas, los quales no eran menos temibles por su muchedumbre, que por su tenacidad. Y aunque no tardáron los Españoles en inutilizar las canoas, echando á pique una gran parte de ellas, y dispersando las restantes, no tenian el mismo éxîto sus operaciones en las calzadas; porque sin embargo de que todos los dias á fuerza de riesgos, se apoderaban de algunas de las trincheras, con que los Mexicanos habian fortificado los fosos y las entradas, tenian que abandonarlas despues por la noche, durante cuyo tiempo volvian los sitiados á ocuparlas: de suerte que á pesar de toda la sangre derramada, no se adelantaba

cosa alguna, y era de temer que los trabajos extraordinarios, á que tenian que entregarse diariamente los Españoles, fuesen destruyendo poco á poco todo el exército.

Considerando pues Cortés, que no le salian bien sus disposiciones, por estar reducido el sitio de México á este género de acometimientos y retiradas, en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente, sin ganancia que mereciese nombre de progreso, acudió á todo su valor, para adoptar un proyecto, cuya execucion acabase de una vez la contienda, ó bien con su propia ruina, ó bien con la del enemigo. Qual fuese el proyecto y sus funestas resultas, es lo que con vuestra licencia veremos mañana.

TODOS. Papá, por Dios díganos vmd.... á lo menos....

Mañana, mañana, replicó el padre, y con efecto dió fin á la relacion.

RELACION XXXV.

El dia siguiente así que llegó la hora de la continuacion de la historia, se sentáron los niños con grande impaciencia y silencio, esperando oir algun suceso muy notable. Confirmólos en su opinion el continente con que el padre tomó tambien su asiento en medio de ellos; y quanto mas tardaba en principiar, tanto mas se aumentaba el silencio y la expectacion: de conformidad que era tal el sosiego de aquella asamblea, que se podia oir volar una mosca, pues todos estaban como inmobles, colgados de la boca del padre, el qual por fin sin mas preámbulos empezó de esta manera.

Contemplando Hernan Cortés, como ayer os decia, que con la dilacion crecian las dificultades, resolvió aventurar una accion, que pusiese fin de una vez á tan dilatada guerra. Con este objeto dió las disposiciones necesarias para un asalto general, ordenando á los

Capitanes que mandaban las tres columnas, en que dividió el exército, que sin reparar en obstáculos penetrasen en la ciudad, para introducir en ella á un mismo tiempo el incendio y la ruina; y él se puso al frente de los que debian entrar por Cuyoacan, con ánimo resuelto de no dexar las armas hasta haber conseguido á qualquiera costa su intento.

Llegado el dia señalado, se dió principio á la accion, y no hay ponderaciones que basten para encarecer el ardor con que acometiéron los Españoles, y la tenacidad y valentía con que se defendiéron en los primeros ataques los Mexicanos. Las tropas que mandaba en persona Cortés, animadas con el exemplo de su General, hacian prodigios de valor: nada habia que pudiese resistir á sus esfuerzos. Con el auxîlio de los bergantines y canoas amigas pasáron el foso ó division de la calzada, que los Mexicanos habian ensanchado, derribáron los reparos y las trincheras con que habian fortificado

la márgen opuesta, y obligáron á los enemigos á acogerse á lo interior de la ciudad, donde tenian atajadas las calles.

Antes pues de cerrar con ellos tambien por aquella parte para desalojarlos, tratando Hernan Cortés, como prudente Capitan, de asegurar la retirada, encargó á Julian de Alderete, uno de los que llegáron de la Española pocos dias antes con el socorro, y que iba en calidad de Tesorero del Rey, que se quedase á cegar y mantener aquel foso. Trabóse luego la primera escaramuza, y Julian de Alderete con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los Españoles, juzgó que no era decente á su persona la ocupacion, á su parecer mecánica, de cegar un foso quando estaban peleando sus compañeros, y dexándose llevar de la ocasion, abandonó inconsideradamente aquel puesto de tanta importancia.

Súpolo Guatimocin, y conociendo la utilidad que pudiera sacar de aque-

lla imprudencia, dispuso que la mayor parte de sus tropas marchase inmediatamente á ocuparle, para cargar á los Españoles en la retirada. Advirtióse con efecto en los Indios una floxedad repentina, que pareció execucion de nueva órden, porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento; y porque se iba limitando el tiempo de que necesitaba para llegar antes de noche á su quartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y quemasen algunos edificios, para quitar los embarazos de la entrada del dia siguiente.

Pero apenas se dió principio á la marcha, quando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban los Mexicanos la bocina sagrada, porque solamente la podian tocar los sacerdotes quando intimaban la guerra, y concitaban los ánimos de parte de sus dioses, y cuyo sonido ronco y desapacible infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad. Viéronse al

mismo tiempo acometidos los Españoles por todas partes de una multitud innumerable de gente, que embistió con tanto furor, que no habia presencia de ánimo ni fuerzas que bastasen para resistirle. Entonces principiáron á doblarse con órden; pero creciendo por instantes el número y la furia del enemigo, se convirtió en fuga la que antes tuvo apariencia de retirada. Rotas las filas, huian desordenadamente Españoles y Tlascaltecas hácia el foso, esperando hallarle cegado; pero se aumentó la confusion y la angustia, quando se encontráron con mayor número de enemigos que lo guarnecian. Aquí fuéron inútiles los esfuerzos de Cortés para detener y ordenar á los suyos, porque cada uno pensaba en salvarse como podia. Pasó una gran parte á la calzada en los bergantines y canoas, y muchos se arrojáron atropelladamente al agua, donde halláron tropas de Indios nadadores, que los ahogáron ó los prendiéron vivos.

Quebrábasele el corazon á Cortés,

al ver el doloroso conflicto en que se hallaba su gente; y cuidando mas de la salud agena, que de la suya propia, ya sacaba á uno del agua, ya arrancaba á otro de las manos del enemigo, quando (me estremezco al referirlo) se apoderáron de él dos ó tres Capitanes Mexicanos, sin que bastase todo su valor á estorbarlo.

ALGUNOS. ¡Terrible lance!

OTROS. ¡A Dios, pobre Cortés!

EL PADRE. Acudiéron á socorrerle dos soldados Españoles, exponiendo generosamente sus personas para libertar á su General, lo que consiguiéron con tanto riesgo, que el uno de ellos perdió la vida. No fue menos desgraciado su camarero, llamado Francisco Guzman, que al darle su caballo, porque le habian muerto el suyo á flechazos, le hiciéron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad.

FERNANDO. Papá, me parece muy mal que la historia no inmortalice tambien los nombres de los dos soldados, que á tanta costa libráron á su General.

EL PADRE. No creas que los historiadores los pasan en silencio, pues refieren que el uno se llamaba Lerma, y el que murió en la execucion de tan notable hazaña Cristóbal de Olea.

Retiróse finalmente Hernan Cortés herido, y poco menos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que padeciéron los Mexicanos. Pasáron de quarenta los Españoles que se lleváron vivos, para sacrificarlos á sus ídolos; perdióse una pieza de artillería; muriéron mas de mil Tlascaltecas, y apenas hubo Español que no saliese maltratado.

Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, que á conseqüencia de las órdenes que tenian, habian executado su entrada al mismo tiempo, halláron igual oposicion, y poca diferencia hubo en las circunstancias de ganar los puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios, y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. No obstante, como faltó el contratiempo del foso grande, fue la

pérdida menor, aunque llegarian á veinte los Españoles que se echáron menos en ambas columnas; de lo qual resulta que se perdiéron en aquel dia al pie de sesenta.

Sentia Cortés en lo mas vivo del alma semejante descalabro; pero al entrar la noche acrecentáron su congoja el horror y la compasion, que excitó en su ánimo la vista de un espectáculo todavía mas espantoso y lamentable. Viéronse desde los quarteles los adoratorios de México coronados de hogueras y perfumes, y se oia el sonido de los instrumentos militares, acompañado de los disonantes coros de música, con que celebraban su victoria los Mexicanos, solemnizando con aquel aparato el deplorable sacrificio de los Españoles que prendiéron vivos. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente, haciendo tal impresion en los ánimos de los soldados aquella horrible perspectiva, que algunos se alargaban

á decir que oian los lamentos, y conocian los sugetos: ¡lastimoso espectáculo, á cuya vista ni Hernan Cortés pudo reprimir las lágrimas, ni dexar de acompañarle con la misma demostracion los que estaban á su lado!

Al paso que por este funesto acontecimiento desmayáron los Españoles, cobráron mas aliento los enemigos, y quedáron tan orgullosos, que aquella misma noche, poco antes de amanecer, se acercáron por las tres calzadas á inquietar los quarteles, y fué necesario todo el valor de los nuestros para conseguir que volviesen rechazados. Pero lo que dió mayor cuidado fuéron las estratagemas que discurrió Guatimocin, y puso en execucion el dia siguiente. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada: hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia; y últimamente, divulgó que

aquella deidad suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los exércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible, que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella quantos despreciasen este aviso.

Estaban tan acreditadas entre aquellas gentes las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadiéron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas, haciendo tal fuerza en su imaginacion el plazo de los ocho dias, que se determináron á desamparar el exército; y en las dos ó tres primeras noches faltó de los quarteles la mayor parte de los confederados, siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprehension, que hasta los mismos Tlascaltecas y Tezcucanos se dispersáron con igual desórden. Pero Hernan Cortés, que sabia sacar partido aun de los sucesos mas adversos, halló inmediatamente el me-

dio acertado, para remediar con ventaja aquel accidente. Mandó suspender toda hostilidad, durante ocho dias; dispuso que los bergantines se mantuviesen amparando su exército, bien atrincherado, y estuvo aguardando pacíficamente á que se cumpliese aquel corto plazo. Pasó con efecto el dia, en que habia de verificarse la destruccion de los Españoles; y tocando entonces los aliados con evidencia la falsedad del oráculo, volviéron en mayor número al exército con aquel género de nueva osadía que suele formarse del temor desengañado.

De este aumento de fuerzas, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles otros pueblos que se conservaban neutrales ó enemigos, con lo qual llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil combatientes á su disposicion, pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este casi sobrenatural remedio al

brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios.

Engrióse tan poco Hernan Cortés por tanta prosperidad, que al contrario desde entonces determinó obrar con mas prudencia y moderacion que antes. Repitió por este motivo los ofrecimientos de paz, con que varias veces habia convidado á los Mexicanos; pero estaba Guatimocin tan confiado en las vanas promesas de sus falsos dioses, y tan furioso contra los Españoles, que desechó con despecho todas aquellas propuestas, confirmándose cada vez mas en la resolucion de libertar á su patria ó morir. Comenzáron pues otra vez las hostilidades, y con ellas un bloqueo tan estrecho á la ciudad, que en breve llegáron á lo sumo los rigores del hambre; de que se originó luego, como regularmente sucede, una peste tan atroz, que los infelices habitantes morian á millares.

Cortés entre tanto adelantaba dia-

riamente sus puestos en las tres calzadas, y segun el nuevo plan que habia formado, no daba paso alguno, sin pensar desde luego en asegurar la retirada: de suerte, que á medida que avanzaban los Españoles, ocupaban aquel terreno las naciones confederadas, para no exponerse de nuevo al riesgo de de ser cortados. Llegáron de esta conformidad, por los tres lados, de que hablamos anteriormente, hasta los mismos arrabales, y sin embargo persistia Guatimocin defendiéndose con increible tenacidad. No obstante, el exército español proseguia avanzando sin detenerse; y entregando á las llamas las calles que sucesivamente ganaba, se fortificaba despues en ellas, levantando parapetos y trincheras con las ruinas de los edificios. El punto de reunion, en que, caminando por líneas diferentes, debian juntarse los tres Capitanes Alvarado, Olid y Sandoval con sus respectivas divisiones, era la gran plaza de los Mercados, llamada el Tlateluco.

Fue Pedro de Alvarado el primero que puso los pies en ella: llegó poco despues el trozo que gobernaba Cristóbal de Olid, y mandaba Hernan Cortés; y la multitud que desembocó en aquel sitio, huyendo del ímpetu de su gente, dió en las líneas que ya habia formado con otro intento Alvarado, y pereció casi toda, combatida por ambas partes; sucediendo lo propio á los que rechazaba en su distrito Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo parage.

Con esto ya los Españoles se hallaban dueños de las tres quartas partes de México. Ocupaba la otra, como mas fuerte y mejor defendida, Guatimocin, que se habia retirado á ella con la nobleza y sus principales ministros; y aunque Cortés tenia ánimo de apoderarse tambien de aquel distrito, deseoso por una parte de que cesase la efusion de sangre, y no ignorando por otra el estado deplorable de los sitiados, mandó suspender las hostilidades adelantando nuevas proposiciones d

paz. Recibiéronlas los Mexicanos con menos desagrado que las demas veces, y resultó una tácita suspension de armas, que duró algunos dias.

En este intervalo permanecian las dos naciones una enfrente de otra, sin mas separacion que un simple foso, reynando por ambas partes tanta tranquilidad, que solo daban á conocer que aun duraba la guerra las ridículas bravatas de algunos Capitanes Mexicanos, que salian de quando en quando á pedir batalla singular con el mas valiente de los Españoles; pero persistian poco en la instancia, y se volvian á retirar, tan ufanos del atrevimiento, como pudieran de la victoria.

Guatimocin durante este tiempo iba entreteniendo á los Españoles, de un dia á otro, con la promesa de que iria en persona á ajustar los capítulos de la paz; pero era su intento adormecer con varios pretextos la vigilancia del enemigo, hasta que se acabasen los preparativos para executar la retirada, que á peticion de sus vasallos ya tenia

resuelta. Llegó por fin el dia que señaló Cortés por último plazo; y al amanecer, Gonzalo de Sandoval, que entonces mandaba los bergantines, reconoció que se iban embarcando con grande aceleracion los Mexicanos en las canoas de la ensenada. Puso inmediatamente esta novedad en noticia de Cortés, y juntando sus embarcaciones, que tenia distribuidas en diferentes puntos, se fue acercando poco á poco para dar alcance á la artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas, en que iban los nobles, y casi todos los que tenian algun mando en la plaza, porque tenian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona del Rey, pudiesen luego apartarse á seguirle por diferentes rumbos. Así lo executáron, acometiendo á los bergantines con tanto arrojo, que sin detenerse al estrago que hiciéron las balas en lo distante, se acercáron muchos á recibir los golpes de las picas y las espa-

das. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remos seis ó siete piraguas por lo mas distante de la ensenada, y ordenó al Capitan García de Holguin, que partiese á darles caza con el bergantin de su cargo, que era el mas ligero de todos.

CARLOTA. ¿Qué son piraguas, papá?

EL PADRE. Piragua es una especie de embarcacion toda de una pieza, quadrada en los extremos como artesa, y que se diferencia de las canoas en ser mas grande, con los bordes muy altos, hechos de cañas embetunadas, y en que tiene quilla en lugar de ser chata.

Puso Holguin tanto calor en su diligencia, que á breve rato ganó la ventaja necesaria para volver la proa y dexarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Paráron todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas, y los Mexicanos de la primera dixéron á grandes voces, que no se disparase,

porque venia en aquella embarcacion la persona de su Rey; y para darse á entender mejor se baxaron, acompañando el ruego con demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua, se arrojáron á la presa Garcia de Holguin y algunos de sus Españoles. Adelántose á los suyos Guatimocin, y conociendo al Capitan en el respeto de los otros, le dixo: yo soy tu prisionero: iré adonde quieras llevarme, y solo te pido que atiendas al decoro de la Emperatriz y de sus criadas. Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su esposa para que subiese á él, tan lejos de la turbacion, que reconociendo á García de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió: no tienes que ocuparte en esa gente de mi séquito, porque todos vendrán á morir donde muriere su Príncipe.

No tardó Holguin en presentar su ilustre prisionero á Cortés, quien con la noticia que ya tenia de aquel feliz suceso, se adelantó á recibirle

con las demostraciones de atencion y respeto debidas á su valor y carácter. Correspondió Guatimocin con dignidad y entereza; y llegados á la puerta del aposento, entró delante con la Emperatriz, manifestando que no se desdeñaba de su prision, y que le lisonjeaban los miramientos de su vencedor. Sentóse luego con su esposa, y se volvió á levantar para que ocupase el asiento Cortés, tan dueño de sí en aquellos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto en que estaban, dió principio á la conferencia, diciendo: ¿Qué aguardas, valeroso Capitan, que no me quitas la vida con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que me ha faltado la de libertar á mi patria ó morir por ella.

Quisiera proseguir; pero se dió por vencida su constancia, y dixo lo demas el llanto, llevándose tras sí las

cláusulas de la voz y la resistencia de los ojos. Siguiole con menos reserva la Emperatriz, y Hernan Cortés no pudo menos de enternecerse. Hizo algun esfuerzo para consolar á los dos; pero temiendo irritar su dolor con un remedio inoportuno, se retiro, dexándolos solos, para que con mas libertad pudiesen desahogarse.

Apenas se divulgó la voz de la prision de Guatimocin, depusiéron las armas los Mexicanos, sin atreverse á mayor resistencia, y pasó el exército á ocupar el resto de la ciudad. Este memorable acontecimiento, que sucedió el dia 13 de Agosto del año de 1521, decidio de la suerte del grande imperio de México, que con la persona de su Monarca vino poco despues á poder de los Españoles.

Duráron algunos dias las fiestas y los regocijos, con que se celebró el feliz éxito de aquella empresa; pero presto se convirtio la alegria en querellas y descontento, á vista de lo escaso que fue el botin que habia de ser el

premio de tantos trabajos. Con efecto, no correspondiéron á las esperanzas las riquezas que se recogiéron despues de la toma de México, porque ademas de que las llamas consumiéron la mayor parte de las casas, y lo que habia en ellas, Guatimocin, así que llegó á temer que sería vencido, mandó echar á la laguna el tesoro Real; de consiguiente fue tan corta la parte que en el repartimiento les cupo á los soldados, que algunos la arrojáron con desprecio, y todos en general murmuraban sin reserva, tanto de Guatimocin, como de Cortés, teniendo la osadía de suponer que este último habia usurpado la mayor parte de aquellas riquezas.

De nada aprovechó todo quanto él hizo para apaciguarlos, pues Julian de Alderete tomó de su cuenta, con los demas Oficiales Reales, la queja de los soldados, y pidió en calidad de Tesorero del Rey, que se entregasen á su jurisdiccion al Emperador y á su Ministro, á fin de obligarlos á declarar en qué parage de la laguna habian ocul-

tado el tesoro. Negóse Cortés, como era debido á tan indiscreta demanda: pero hostigado de tantos clamores y aun amenazas, con que de contínuo le importunaban, tuvo la flaqueza de ceder, aunque con repugnancia; y el pobre Guatimocin y el Cacique de Tacuba, su primo y privado, fuéron puestos en el tormento.

Sufrióle Guatimocin con un valor y una constancia increible. No fue menor la firmeza con que le imitó su Ministro; pero apretándole demasiado el dolor, dió un fuerte grito, volviendo al mismo tiempo los ojos hácia su amo, como para pedirle que le permitiese descubrir el secreto. Entendióle Guatimocin, y mirándole con torvo ceño, le dixo: ¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas? Traspasáron estas palabras el corazon del Cacique, que sin volver á despegar los labios, espiró poco despues en presencia de su Soberano.

Acudió Cortés al grito de aquel infeliz, y lleno de confusion al ver tan lastimoso espectáculo, mandó con re-

solucion y enojo quitar á Guatimocin del tormento. Mas ¡ay!.... Pero basta por hoy; harto nos hemos entristecido.

RELACION XXXVI.

EL PADRE. Voy á levantar otra vez, hijos mios, el telon del teatro de nuestra historia, para que presencieis la última escena de la gran tragedia de México, y despues le dexaré caer para siempre.

ALGUNOS. ¿Con que aun no se acabó?

EL PADRE. Todavía no; pero falta muy poco.

TODOS. ¡Ay que lástima!

EL PADRE. Rendida la ciudad de México, no tardáron en entregarse todas las demas provincias de aquel vasto dominio. Omito la relacion circunstanciada de estos acontecimientos subalternos, porque contemplo que bastará con que sepais por mayor, que conquistada la capital, viniéron á la obediencia, primero los Príncipes tri-

butarios, y despues los confinantes; unos á la opinion, y otros á la diligencia de las armas, y se formó en breve tiempo aquella gran Monarquía, que mereció el nombre de Nueva España.

Pero entre tanto aun no habia recibido Cortés contestacion alguna de España, y por consiguiente ignoraba cómo miraria la Corte sus operaciones; hasta que por fin llegó á Veracruz un comisario del Rey, llamado Cristóbal de Tapia. A que no acertais á lo que iba.

FERNANDO. Eso claro está: á llevar á Cortés los despachos de Virey de México.

EL PADRE. Pues te equivocas de medio á medio. La comision de Tapia era de prenderle, formarle proceso, y ocupar su puesto.

HENRIQUE. ¿Es posible?

EL PADRE. No hay que dudarlo.

MATIAS. ¡Buen pago le daban!

EL PADRE. Por fortuna el tal Juez pesquisidor era un hombre de poco

talento, y ningun espíritu; y así el astuto Cortés supo embarazarle con tantas dificultades y tranquillas, que tuvo por mas acertado volverse sin hacer nada.

Sin embargo, con esto solo consiguió Cortés apartar por algun tiempo la tempestad que le amenazaba, mas no disiparla. No obstante, para desvanecer aquel nublado, envió nuevos comisionados al Rey, que lo era entonces, como repetidas veces he dicho, el Emperador Cárlos V. Venian con el encargo de hacer presente á S. M. las victorias y extendidas conquistas de Hernan Cortés, y poner igualmente á sus pies, ademas de muchas joyas de gran valor, el quinto de las riquezas recogidas en aquella tierra. Ocupado el Emperador hasta entonces en otros cuidados, habia cometido el conocimiento de aquellas dependencias á personas desafectas á Cortés; pero ya juzgó conveniente exâminarlas él mismo. Llenóle de asombro el conjunto de tantas hazañas; y haciendo igual eco

en su Real ánimo la extension de tan considerables conquistas, aprobó todo lo que Hernan Cortés habia obrado; le declaró por Gobernador y Capitan general de Nueva España, y nombró una junta particular, para que en ella se ventilasen las pretensiones del Gobernador de Cuba, Diego Velazquez. Conformóse la junta con la inclinacion del Monarca, como sucede de ordinario, y dando por nulos los cargos y las pretensiones de Velazquez, le señaló únicamente una indemnizacion por los gastos de la expedicion, prohibiéndole ademas, para mayor humillacion suya, que volviese á armar sin expresa licencia del Rey: providencia tan superior á las fuerzas de aquel orgulloso, que bastó para quitarle en breve tiempo la vida.

Cortés al contrario, elevado á la cumbre de la grandeza y de la gloria, prosiguió perfeccionando su obra con repetidos aciertos de su extraordinario talento. Hizo reedificar á México, formando una ciudad, que fue desde lue-

go, y es aun en el dia, la reyna de todas las ciudades de la América; repartió la tierra entre los que trabajáron en conquistarla, promoviendo con empeño la agricultura, las fábricas y el comercio; fundó colonias, abrió caminos, benefició minas, y por fin puso aquel pais en el estado mas floreciente que pueda imaginarse. Táchanle algunos de haber cometido, ó dexado que se cometiesen varios excesos y crueldades con los naturales. Citan por exemplo lo que se executó en la reduccion de Panuco (provincia que aquí podeis ver en el mapa), donde Gonzalo de Sandoval, á cuyo cargo estaba aquella expedicion, hizo quemar á treinta Caciques en presencia de sus hijos y mugeres. Pero lo que mas afean en él es la muerte de Guatimocin, á quien mandó ahorcar públicamente, con otros dos Caciques, privados suyos, por indicios que hubo de que quisiesen sublevarse, y matar á los Españoles. Sin embargo de que me inclino á creer, que las circunstan-

cias quizá justificarian semejantes extremos de rigor, me causa tal sentimiento esta última accion de Cortés, que desde luego dexaria de hablar de él, si lo que me queda que decir no sirviese para daros una nueva prueba de que las culpas aun en esta vida rara vez quedan sin castigo. Continuemos pues nuestra relacion.

Quando el Rey providenció en las cosas de Nueva España, aprobando todo lo hecho por Hernan Cortés, nombró tambien Oficiales Reales, que entendiesen en la administracion de la Real Hacienda. Llegados estos á México, trataron de extender demasiado sus facultades, y arrogarse una autoridad arbitraria, superior á la del mismo Virey. Pero Cortés, que, segun hemos visto, no tenia genio para aguantar que nadie se le subiese á las barbas, y menos hombres tan inferiores á él, se burló de sus ridículos esfuerzos, y continuo como antes, haciendo y deshaciendo con total independencia lo que tenia por conveniente. Corridos

por este proceder los Oficiales Reales, esgrimiéron la pluma contra él, remitiendo á España una pintura de su carácter y gobierno, capaz de poner en cuidado al Rey y á los Ministros, y excitar en ellos el rezelo de que pudiese alzarse con la conquista. Hizo tal impresion en la Corte este artificio, que se resolvió despachar á México un comisionado, para que le tomase rigurosa residencia, y en caso de hallarle culpado, le enviase preso á España.

A la sazon estaba Cortés ocupado en una expedicion sumamente dificultosa, cuyo objeto era someter á la corona de Castilla la vasta provincia de Honduras (que allí teneis en el mapa), y al mismo tiempo castigar á Cristóbal de Olid, el qual yendo de órden suya á reducirla, se habia levantado; y eran tantas las dificultades y los riesgos de esta jornada, que todas las incomodidades y trabajos, que hasta entonces habia padecido, no eran una sombra de los que tenia que arrostrar

en esta ocasion. Llegó entre tanto el Juez de residencia, que se llamaba Luis Ponce de Leon; pero á poco de haber desembarcado, cayó enfermo, y murió, subrogando en sus facultades á cierto Marcos de Aguilar, que tambien murió al cabo de dos meses.

Mas no por eso se disipó la tempestad, que amenazaba descargar su furia en Cortés; porque los Oficiales Reales prosiguiéron con tanto ardor en calumniarle, que confirmándose el Rey en sus sospechas, no solo creó para México un tribunal, que entendiese en el gobierno de aquellas provincias, y limitase el poder del Virey, sino que trató de enviar á D. Pedro de la Cueva, Comendador mayor de Alcántara, y hermano del Duque de Alburquerque, para que le cortase la cabeza. Supo Cortés lo que pasaba, y se irritó sobremanera al ver la ingratitud con que pagaban sus servicios: sin embargo, léjos de adoptar el dictámen de muchos de sus amigos, que le aconsejaban que se aprovechase de

su poder, y rechazase la fuerza con la fuerza, determinó someterse con resignacion á la voluntad de su Soberano, prefiriendo la muerte á la ignominia de ser reputado por rebelde.

Atormentábale no obstante el temor de verse tratado como un vil delinqüente en aquel mismo pais que habia sido el vasto teatro de sus grandes hechos; y no bastando toda su entereza para resistir á tan dolorosa idea, resolvió pasar á España antes que llegasen á México los que habian de juzgarle, con el fin de sujetar sus acciones al juicio mismo del Rey, y apelar á su justicia.

Excitó en la Corte la admiracion y el respeto de todos la presencia de un hombre tan célebre, cuyas memorables hazañas eclipsaban la gloria de los héroes mas esclarecidos, y disipó al momento todas las sospechas concebidas contra su persona la confianza con que se presentó delante del trono. Recibióle el Rey con las mayores demostraciones de aprecio y agradeci-

miento; y para no escasear con él favores ni distinciones, no solo le concedió el título de Marques del Valle de Guaxaca, sino que le dió en propiedad el de Atrisco con todas sus dependencias, y otras muchas rentas en Nueva España.

Pero quando se trató de restituirle su gobierno, se echó de ver claramente, que reputaban por cosa peligrosa volverle á colocar en un puesto, cuyo abuso ya habia infundido rezelos; y lo mas que pudo conseguir fue la confirmacion de su dignidad de Capitan general, y amplias facultades para hacer nuevos descubrimientos; pues por lo que toca á la administracion de justicia, se estableció un tribunal, que se llamó, y aun se llama en el dia, la Real Audiencia de México.

A esta capital volvió poco despues el nuevo Marques del Valle; pero desde entonces principió para él una serie interminable de pesadumbres y disgustos. Fuéron tales los que le acarreáron las contínuas competencias con

los Oidores, que no encontró otro arbitrio para evitarlos, que exponerse de nuevo á las incomodidades y riesgos, que indispensablemente traen consigo los descubrimientos y las conquistas de paises desconocidos. Con este objeto dispuso una esquadra en la costa occidental de México para el mar del sur, y despues de muchos trabajos y peligros, consiguió descubrir la California, que pertenece á la América septentrional. Me parece que no es necesario que os indique la situacion de esta península.

TODOS. No, señor: aquí está.

EL PADRE. Como á la vuelta de su penoso viage continuasen en inquietarle los Oidores y Dependientes Reales, se resolvió por fin á pasar otra vez á Castilla, para quejarse al Rey, é implorar su clemencia. Mas ¡ay! que no preveia el infeliz las nuevas, y todavía mas amargas penas á que iba á exponerse. Habiendo vivido siempre en contínuo exercicio, y ocupado en empresas militares, no habia tenido

ocasion de conocer la inconstancia de la Corte, ni la instabilidad del favor de los Grandes. Una y otra echó de ver entonces con harto dolor de su corazon. Recibiéronle con frialdad; ninguna atencion mereciéron sus instancias, y desecháron con desprecio sus pretensiones. Sus señalados servicios hechos á la patria ya estaban olvidados, ó por lo menos los suponian ya recompensados de sobra: en fin, aquel hombre tan célebre, tan grande, con tantos méritos, en una palabra, el inmortal Cortés, se vió despreciado en los últimos períodos de su gloriosa vida; y de la misma manera que en otro tiempo Colon, entregado ingratamente á la obscuridad y al olvido. En esta lamentable situacion pasó seis años, al cabo de los quales acabáron con él el sentimiento y las aflicciones.

TODOS. ¡Pobre Cortés!

EL PADRE. Murió en Castilleja de la Cuesta el dia 2 de Diciembre del año de 1547, á los sesenta y dos de edad; y sus huesos, conforme lo dexó

dispuesto en su testamento, fuéron llevados á Nueva España, porque quizá juzgaria, qual otro Cipion, que no merecia su ingrata patria el honor de guardar sus cenizas.

ALGUNOS. ¡Ay! ¿con que ya se acabó?

EL PADRE. Por ahora del todo; sin embargo, puede ser que por aquel tiempo sucediesen otras cosas en distinta parte del América..... Por fin me informaré; y en caso de que llegue á mi noticia algun suceso que merezca la pena.....

ANTONIO. Ya sé, papá, ya sé: apuesto á que habla vmd. con relacion á Pizarro.

TODOS. ¡Qué bueno seria eso!

Allá lo verémos, respondió el padre; y con esto dió fin á la relacion, y se disolvió la asamblea.